

INTUICIONES Y OBSESIONES

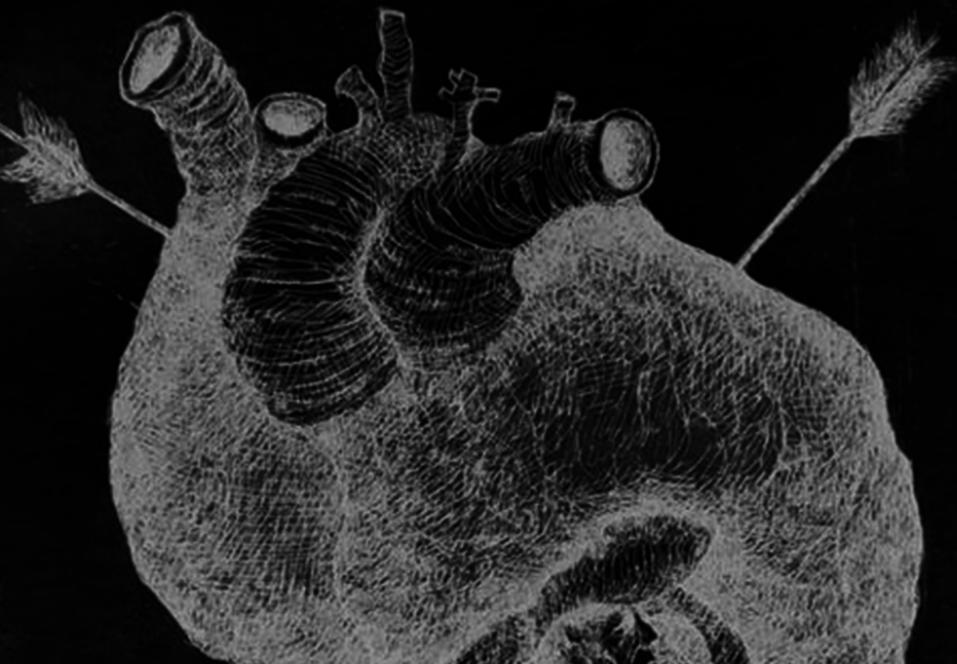
susana wald





Intuiciones y obsesiones

SMASH



Colección Libros
Imposibles



SUSANA WALD

**INTUICIONES
Y OBSESIONES**

CRÓNICAS DE UNA VIDA INTERESANTE

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2024-

Wald, Susana. 1955 / Intuiciones y obsesiones / Susana Wald,
--1ª ed.-- Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.
230 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 9 > <Digital>
1. Crónica húngara / chilena. 2. Literatura húngara / chilena. I. Título.

Primera edición, 2024.

Colección Libros Imposibles #9

Intuiciones y obsesiones

© Susana Wald

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico :

Floriano Martins

Corrección filológica:

La autora





PREÁMBULO

Despierto en el Trópico. Sucede algo totalmente misterioso y maravilloso. Amanece y aparece muy sutilmente la diferencia entre la tiniebla y la luz incipiente. Estoy en esa fase en que de repente paso del sueño, vivo, claro, lleno de imágenes, pero inasible, a la realidad en que me siento estirarme, asomarme lentamente a la conciencia de que soy, de que despierto, de que estoy. En el sueño también estaba y la presencia de todo era tan nítida como ahora que ya estoy despierta y sentada. ¿Qué misterios son estos que acompañan toda la vida? ¿Qué es lo que impulsa a estar en esta vida, entre otros seres que también se estiran al alba, comienzan su canto, se yerguen a sentir, observar, vivir el amanecer, la llegada de la luz, el comienzo de otro día? Vivir, percibir que hay otro, que hay otros, que hay algo dentro, es algo precioso y totalmente imposible de asir del todo. El cambio es constante, es lo que acompaña en cada hora diferente de la anterior.

Todos, seres humanos, animales, plantas, el aire mismo, constantemente cambian a mi alrededor y paso la vida entera tratando de asir el instante, o una totalidad, una tarea que es por completo inalcanzable. ¿Qué es esta cosa que llamamos vida? ¿De dónde nos viene? ¿Por qué estamos vivos?

Son preguntas que nos ocupan hace millones de años, desde que algún ancestro nuestro por primera vez pudo distinguir que existía, que había otro, que había amaneceres, que había vida y que había muerte. Tratamos de asir estos misterios de mil maneras, en las religiones, en las filosofías, en rituales de toda índole. Trato de detener el instante, de contemplar lo hondo de todo este misterio. En la juventud estuve absorta en el esfuerzo mismo de vivir, luego en la etapa siguiente en el esfuerzo de ayudar a vivir a los hijos que tuve la dicha de tener. Y ahora que tengo la suerte de asomarme a una etapa más de la vida —la vejez—, me puedo sentar y puedo tener algo de tiempo para pensar en el por qué de todo esto. Quizás lo vivido antes sea tan sólo el prelude para poder llegar a este momento, al momento en que se pondera el por qué. Por qué vivo, cómo

es el hecho de vivir, cómo es la vida, cómo es la muerte. No puede tenerse en todo el vivir tiempo más precioso que éste, esta época en que por fin puedo sentarme y mirar como asoma la luz, penumbrosa primero, azul gris luego y hecha de mil colores para cuando por fin el sol alumbra los valles en que vivo y mi conciencia. Estalla la mañana en el Trópico. En esta luz escribo estas líneas.

A mis setenta y dos años estoy en una fase en que escribir se me ha hecho una necesidad. Las páginas que reúno en este libro contienen textos que he escrito para alcanzar cierta claridad; no me parecen de gran originalidad, pero pueden dar una pauta de cómo una persona de mi generación puede asumir en su propia vida algunas ideas que han sido resultado de la labor de muchos. Quizás sea del agrado de quienes lean estas páginas ver este proceso.

En el curso de mi vida me toca desplazarme en un espectro de ideas que van desde el mundo de mi padre hacia el de mi madre, desde el mundo de ideas que surgen y se afianzan en el patriarcado hacia un mundo en que se retoman ciertos elementos que lo precedieron y que están volviendo a manifestarse en esta hora de caos y de nuevos comienzos.

En el mundo de mi padre, un mundo patriarcal, se desarrolló el siglo de las luces, el pensamiento cartesiano. Ese es un mundo basado en la palabra escrita, el uso de la razón, el régimen de la ley. Es un mundo de orden, de progreso, de la idea de que se puede lograr que la naturaleza sea obediente a las necesidades humanas. Es un mundo en que tras concebir que la naturaleza obedece a leyes exactas, se logra el desarrollo

industrial y una aparente puesta en regla de todo lo social y natural. Esta apariencia dio lugar al tiempo que mi padre llamaba “de la paz”. Esta paz duró (en Europa) algo más de medio siglo y acabó con la Primera Guerra Mundial. También acabó con la propuesta de la Relatividad, con la introducción de las imágenes, en fotografías y cinematografía que muy pronto fueron erosionando la palabra escrita.

La parte trágica de la vida de mi padre y la de la mayor parte de los varones de la generación en que él nació, fue ver el colapso de este mundo de orden, al tiempo que estuvieron atraídos a aspectos del pensamiento que le eran contrarios.

Mi madre no tuvo mayor interés en las ideas del Siglo de las Luces, ni fue partidaria de los métodos cartesianos. Ella se sintió atraída al mundo del Romanticismo, cosa que expresó claramente en su preferencia por la música de ese periodo, su amor al cine y la fotografía y muy en especial en su dependencia en las emociones. Al mismo tiempo la sociedad en la que se desarrolló ella y su familia estuvo regida por una disciplina prusiana muy conservadora del patriarcado y sus intereses y conveniencias. La educación que ella recibió la ejerció también en la vida de sus dos hijos y en todos los detalles que regían el entorno que ella formó. Esta contraposición contribuyó a un desenlace trágico en que ella misma sucumbió emocionalmente. No pudo desarrollar su impulso romántico, no pudo darse a sus emociones, al desenfreno, no logró vivir la bohemia que la atraía, y dejó de lado la música en la que era experta y profunda conocedora.

Como mujer joven me debatía entre estos dos mundos, y me sentía atraída al de mi padre. Me desarrollé en la admiración hacia sus ideas de orden y de razón, de conocimiento de las cosas y su modo de ser. Me preparé a una vida de artista, pero me interesé en la ciencia. Eduqué a mis hijos dentro del orden parecido al que concibió mi madre para mí y mi hermano. Pero al mismo tiempo, al paso de los años se produjo en mí un impulso que surgió en forma completamente inconsciente, y que me llevó hacia una tendencia a la rebelión.

Esta última se manifestó en que cambiara de pareja y de modo de vivir, y me abriera a manifestaciones del pensamiento como los que desarrolló el surrealismo.

Viví al mismo tiempo el periodo en que se dio impulso al feminismo, en cuyos comienzos no he sido militante, pero cuyo desarrollo he seguido con mucha atención.

Durante los cuarenta y varios años de vida como artista estuve y sigo estando entregada a la tarea creadora llevada en una modalidad que surge del inconsciente. Y llegué al momento en que, tras un sueño vigil-dirigido me encontré con una imagen que transformó mi vida y dio inicio al cambio que se expresa en los textos que se esbozan en este libro. En el curso de diez años de sondeos, tropiezos y trastrabilleos me fui inclinando a pensar y escribir de modo intuitivo, me alejé del pensamiento más académico y penetré en el mundo que para mí fue antes apenas un atisbo, el de las mujeres y de la simbología de lo femenino.

¿Efecto del proceso de envejecimiento? Quizás. Pero también efecto de la labor de las muchas mujeres y varones que van forjando un mundo que poco a poco va en dirección al Gran Cambio. En sus hombros estoy parada, con la cabeza apenas asomando del océano de la confusión y el tumulto de nuestra época.

YO, VIEJA

Tenía diez o doce años cuando se me ocurrió calcular la edad que tendría para cuando se acabara el siglo XX: sesenta y tres. Me parecía una edad pasmosa, un estado de vejez que no podía imaginar. Ahora que ha pasado esa fecha y que luego se van agregando otros años, me parece muy risible mi preocupación.

Creo que la imagen que tengo de mí misma se formó en mi juventud, quizás en mis veintes, y cuando cierro los ojos siento ser esa persona. Cada vez que me miro en el espejo me sorprende el aspecto de la señora que me mira desde ahí. Tiene el cuello increíblemente arrugado, con la papada colgando como de un pavo, las mejillas caídas, los ojos hundidos. Está obviamente cegatona detrás de los lentes, las orejas se le ven cada vez más largas —esto, por suerte se puede ocultar algo con el pelo que aún está creciendo—, la boca rodeada de arruguitas diminutas que deforman el esfuerzo de pintarse los labios. Por eso digo que “Soy joven, pero ya no se me nota.”

Me siento mucho mejor en la vejez de lo que era mi sensación de mí misma en la juventud. Tengo la sensación del yo que describo más arriba, pero a ella se agrega en mi vejez una sensación de plenitud que entonces no tenía. Me siento más segura de mí misma, aunque tengo dudas. Estoy en una situación en que me quedan dificultades financieras, pero ya estoy libre de las preocupaciones de proveer para los hijos. Ando buscando trabajo para complementar los fondos que no nos alcanzan, pero estoy libre de correr de un lado a otro para cubrir cheques sin fondos o pagar cuentas de la comida comprada a crédito, cosas que me tocaban en los sesentas del siglo pasado.

No tengo que trabajar tan duro para ganarme lo esencial para la vida, no tengo que ceñirme a un horario para atender a los que me rodean y para ir a trabajar, no necesito estar pendiente de cada minuto para lograr tener una hora para mi propio quehacer artístico. Esto último es esencial. Es un lujo tener tiempo y poder decidir qué hago con cada hora, en forma casi libre y desenvuelta.

Ahora tengo tiempo para leer y he podido aprender una enormidad de cosas desde que me he jubilado. Siempre he tenido el afán, qué decir, el vicio de la lectura. A mi madre le desesperaba que me veía leyendo todo el tiempo, en vez de hacer otras cosas.

En casa tenemos una considerable biblioteca, porque siempre he tenido el afán de los libros y hemos comprado muchos y seguimos comprándolos; ahora puedo sentarme y leerlos de cubierta a cubierta, cosa que antes casi nunca hacía.

Esto de leer ha agregado a mi condición de vieja un elemento de juicio, de conocimiento más a fondo, de visión en lo interior y exterior que me da una satisfacción enorme. A lo leído se agrega mi experiencia basada en la curiosidad por prácticamente todo que me ha acompañado durante mi vida entera. Quizás lo que más me ha dado esta sensación grata de la vejez es la conjunción de la experiencia y del tiempo ganado para explorar lo que me apasiona.

Es también grato que he podido decidir cuáles son las cosas que realmente me interesa hacer. En la plástica, dadas mis capacidades físicas, ya me cuesta hacer escultura que requiere de una fuerza que voy perdiendo. Pero tengo experiencia y capacidad mental, además de que todavía tengo bastantes músculos funcionando, como para emprender pinturas incluso de gran formato. Y siendo un poco más sabia que antes, me hago asistir por otros en lo que yo misma no alcanzo a hacer.

La vejez me ha puesto más alegre. Tengo, me parece, una buena noción de mis limitaciones, pero esas son certezas, no ya dudas, y dentro del parámetro de estas limitaciones me siento más libre en lo creativo.

En cuanto a las arrugas y mi visible apariencia de vieja, es muy curioso que ahora ya no me importan. Las primeras veces en que noté que la gente me percibía como vieja me fastidiaba, porque por dentro no me siento vieja y me molestaba que esta juventud interior no se filtrara hacia fuera. Ahora mi juventud de alma es para mí un talismán secreto, un amuleto, un tesoro que guardo detrás de la fachada de las arrugas, detrás de la

piel que cuelga del brazo o el vientre que abulta, detrás de la pérdida de la longitud y la delgadez de mi talle que era siempre mi orgullo.

Lo visible de la vejez, en lo de las arrugas y las canas y todo lo demás tiene también sus ventajas. Cuando pido boletos para *seniors* al pagar la entrada al subte en Toronto me los dan sin dudas y sin pedirme identificación que confirme mi edad. En México me tratan con respeto, corren a ayudarme a mover sillas o a llevar cargas —cosas que yo siempre rechazo porque me hace falta el ejercicio—.

Tiene también desventajas la vejez en que ya no consigo trabajo con tanta facilidad, sobre todo si me ven, y que los varones, en grupos muy machistas no me tratan tan bien como antes, porque en general les gustan las mujeres jovencitas, prácticamente núbiles, y no ven mi *sex appeal*, que yo sí lo siento todavía. Otro elemento que me ha ayudado muchísimo en los últimos años y que me ayuda en mi sensación de bienestar es que he tenido y sigo teniendo muy buen cuidado de mi salud. También logro tener tiempo para hacer ejercicio. En tiempos de crisis de este último periodo de mi vida he podido completar dos series de terapias con dos psicólogas brillantes que me han parado en mis patas y me han equilibrado considerablemente. Ya no sufro de las depresiones sin fondo, los hoyos negros en que me he visto precipitada antes, ya no me siento desamparada en las tinieblas interiores en que me tenía sumida la desesperación.

Ahora ya siento dentro de mí el punto de apoyo del que habla Arquímedes y puedo sobre este punto hacer palanca para mover mi mundo interior.

BALATON

Las primeras imágenes de la niñez que puedo evocar transcurren cerca de la playa del lago Balaton en Hungría, donde mis padres tenían una casa de veraneo:

El agua del lago es cristalina y en el lado donde estoy es muy poco profunda. Al parecer un adulto puede entrar hasta un kilómetro en el agua sin perder pie. La playa es de una arena de color muy claro, y de textura finísima. Estoy parada en el agua que me llega a media pierna y veo mis pies bien chiquitos en el agua. Veo la arena en que se marca el dibujo de las suaves olas del lago. Brilla el sol arriba, todo es muy tibio. Veo que se mueven los dedos de mis pies y que se forma una nube de arena en el agua que de repente los oculta. Bajo las plantas de mis pies está la caricia de la arena empapada de agua mientras se aquieta la nube, se posa y la arena tapa por entero mis pies ahora hundidos en la suave cobija. Levanto los pies, camino un paso y recomienzo el experimento. Poso los pies; muevo los dedos; se forma la nube de arena; luego se posa la nube mientras siento las plantas de los pies, y la arena se deposita, ocultando mis dedos.

Me queda de esto una sensación de total maravilla y delicia sin término.

Tengo un balde de hojalata con dibujos esmaltados en su exterior y en este balde llevo moldes que son también de hojalata y una pala de metal con mango de madera. Son los elementos con que juego muchas horas en el sol del verano, mojando la arena para poder hacer formas y para construir castillos, cuando algún tío que está de visita me ayuda. Esto de los castillos es otra maravilla. Se les puede hacer túneles y puentes, que si una se cuida no se derrumban. Bajo los puentes se puede verter agua y se producen pequeños ríos que fluyen hacia el agua del lago. Estos juegos no tienen horarios, ni principio, ni fin en mi memoria.

A la orilla del lago, pasado de la línea hasta la cual llegan las olas, hay sobre la arena unos depósitos de conchillas. A mi madre se le ocurre que estas conchillas harían un buen pavimento para los caminitos que hay entre las áreas de flores de nuestro jardín. Se convierte en mi tarea traer a la casa cada día un balde de conchillas para ir cubriendo esas superficies. Sospecho que otros también me ayudan. Se vierten las conchitas sobre la tierra apisonada y luego se empareja la superficie con un rastrillo. Durante todo un verano progresa este trabajo, el mayor de toda mi niñez, y tengo la sensación de que nunca se completa. Sin embargo me queda como ejemplo de que se puede hacer cosas bien en grande.

En el jardín de la casa me gusta ver cómo la muy débil brisa mueve las hojas de los álamos que son de color verde oscuro por un lado y de un pálido gris verdoso del otro. Los largos tallos de las hojas dejan que estas tiemblen a la menor brisa y las veo dar vuelta y aparecen los colores ora verdes, ora grises. Este temblor de hojas lo asocio a los tibios veranos de Szárszó, a orillas del Lago Balaton de Hungría. Hay una sensación de gran paz en ese verano de principio de los años cuarentas, anterior al momento en que la guerra llegó a envolvernos. Evocar las imágenes del lago, la arena y las hojas de los álamos siempre me da una sensación de sosiego, algo así como lo que debe de sentir la niña cuando la mecen en la cuna.

Hay momentos luminosos en mi infancia como esos, y los atesoro, pero la infancia en general la siento más bien envuelta en la incomprensible bruma de terror experimentado por los mayores que me rodeaban.

RAOUL WALLENBERG

Tuve que verlo, pero no recuerdo su rostro. Le debo la vida, así como la de mis padres y mi hermano. Los que le debemos la vida se cuentan en decenas de miles, quizás hasta cien mil. Era el fin de 1944 o comienzos de 1945. Un duro invierno, con mucha nieve y fríos muy intensos. Yo cumplía siete años un par de semanas antes, pero nadie tuvo tiempo de celebraciones; era un momento en que todas las energías estaban concentradas en salvarse. Los alemanes ocupaban Budapest, mi ciudad natal. Fue entonces que apareció allí Raoul Wallenberg, sueco de nacionalidad, miembro de una gran familia de diplomáticos y banqueros. Por preocupaciones de su socio en un negocio de exportaciones en Suecia, Wallenberg se enteró de las consecuencias de la campaña de persecución racial en Hungría, que barría a los judíos de las zonas rurales y ciudades provinciales, según un plan puntual implacablemente ejecutado por las huestes de Adolf Eichmann, oficial de la SS alemana, seleccionado para la tarea de eliminar de la faz de la tierra a todos los judíos húngaros. Según este plan, Budapest era el punto en que se cerraría la cerca en que ya habían perecido incontados miles, entre ellos toda la familia de mi abuela materna. En la perspectiva de más de cincuenta años, las generaciones jóvenes y personas de países que no han padecido eventos similares difícilmente pueden imaginar que puedan darse horrores como las que padecieron millones en la Europa de los treinta y cuarentas. Salvo, claro, que hayan leído en los diarios los relatos sobre las masacres de musulmanes en lo que fuera Yugoslavia, o los que dirigió Pol Pot en Camboya, o los más recientes de Ruanda —y hay otros ejemplos—. Los seres humanos son capaces de bajezas insondables, de ideas y de obsesiones que a veces nos parecen incomprensibles.

¿Por qué un grupo de seres odia a otro? ¿Por qué una persona puede considerar a otra inferior, desechable, innecesaria, e incluso peligrosa para su existencia? ¿Y por qué hay otros seres que tienen la visión de lo sagrado de la humanidad, de la imprescindible alma humana, de la luz en el ojo ajeno, para la cual todo sacrificio es poco?

Raoul Wallenberg estuvo animado por la sagrada obsesión de salvar a los perseguidos, fue poseído por el espíritu que lo llevó a incontables sacrificios, a soluciones de increíble originalidad e ingenio. Estuvo dedicado incansablemente, día y noche, a la tarea de salvar a gente que no conocía. Obtuvo apoyo internacional y dinero para su tarea. Organizó a un gran grupo de personas para que le asistieran. Uno de estos puede haber sido mi padre.

El evento que recuerdo es que nuestra familia ya había sido obligada a abandonar el departamento de mi infancia y estábamos en un edificio de cinco o seis pisos bajo protección de la Legación Sueca donde se amontonaba la gente de una familia por cuarto. En cierto momento mi madre que se veía muy agitada, comenzó a vestirnos a mi hermano y a mí. Recuerdo que me puso un vestido sobre otro porque se decía que no podíamos irnos sino con lo puesto. Mi padre le insistía en que no se apurara, que hiciera todo lo más lento posible para que fuéramos los últimos en abandonar el edificio.

Cuando nuestra familia, junto con centenares de otras ateridas de frío estuvo en la cola reunida en la nieve, en medio de la avenida esperando que la caravana partiera hacia el exterminio, apareció Wallenberg con sus ayudantes y logró separar nuestro grupo del resto de los condenados. Eso lo recuerdo bien, aunque no recuerde su rostro. Nos llevó a la Legación Sueca, donde pudimos esperar la ocupación de nuestra ciudad por el Ejército Soviético, parte de los Aliados, que acabaron en Europa, en abril, con ese proceso que llamamos la Segunda Guerra Mundial.

Recuerdo que en la Legación Sueca la gente se acomodaba como podía, encima y debajo del piano en la sala, ocupando los rincones en los pisos. Me tocó dormir en un sillón para mí solita, en la mañana cuando en un bombardeo aéreo ejecutado por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos le atinaron a una escuela secundaria que sin que los civiles supieran había sido usada como arsenal. El estallido que se produjo fue colosal. Volaron todas las ventanas de la ciudad. Los médicos que había entre la gente reunida en la Legación se pusieron inmediatamente a la tarea de extraer los trozos de vidrio de caras y manos de la

gente. La única que no tuvo necesidad de ello era yo que había estado durmiendo al lado de la ventana. Parece que los trozos de vidrio volaron por encima mío. Después de este incidente toda la gente quedó refugiada en el sótano del edificio de la Legación, en un hacinamiento total.

Mi madre, decidida a no permitir que tuviéramos piojos, nos sacaba del sótano y nos llevaba cuando podía arriba, para lavarnos. Recuerdo que el agua, que seguramente no estaba caliente, la sentía tibia en el intenso frío. Mientras mi madre lavaba a mi hermano recuerdo haberme acercado a la ventana y ver desde un segundo o tercer piso a soldados del Ejército del Soviet, arrastrándose de puerta en puerta, en la nieve, luchando con el Ejército Alemán en retirada, en su esfuerzo de llegar a la intersección de nuestra calle con una avenida.

Raoul Wallenberg no se salvó de las consecuencias de esa terrible guerra. Cayó en manos del Soviet, estuvo preso en el Gulag el resto de su vida. No sabemos dónde lo encontró la muerte.

LA DESCOMPOSICIÓN

Cuando mujer joven, frecuentaba un criadero donde compraba pollos y huevos. En ese lugar un día me regalaron un pollo ya pelado, que había muerto prematuramente por quizás qué causa: no se trataba de comerlo.

Me lo llevé a mi taller y lo tuve bajo la ventana varios días durante los cuales lo estuve dibujando repetidas veces, con pluma y tinta, en forma bastante expresionista, según recuerdo. Ya en las primeras horas se posaron unas moscas sobre el cadáver y las dibujé, según las veía. Un día más tarde surgieron sobre las carnes del pollo las blancas larvas de mosca cuyos huevos fueron depositados antes y las hice también parte de la serie de dibujos que resultaron en un interesante estudio de la forma natural en que se da la descomposición. Esto no tenía nada de feo para mí, la experiencia fue más bien de fascinada observación del proceso.

No tengo idea qué pasaría con esos dibujos que eran bastante grandes.

ARTISTA

En mi diario de adolescencia me encontré con varias notas sobre el hecho de que ya a los dieciséis años yo estaba convencida de ser artista y que me turbaba que cuando lo mencionaba a los que me rodeaban no me hacían caso o no me creían. De los dieciséis a los setenta y dos van cincuenta y seis años, un tiempo larguísimo como para pararme a defender la dignidad de mi obra artística. Sin embargo es cierto que todo sucede en mi vida en un ritmo muy lento, y muchas cosas me llegan en épocas que me parecen tardías. O quizás es este un problema epocal y generacional para las personas de mi género.

EL CURIOSO Y LA MÉDIUM

Mi padre decía que lo que lo animaba a vivir era la curiosidad. Quería saber qué pasaría en el mundo, qué más podría pasar. Tenía un afán historicista y creo que la mayor sorpresa que habría podido tener para satisfacer su curiosidad habría sido poder vivir hasta la caída del Muro de Berlín para poder apreciar los cambios que siguieron a ese evento, tales como el colapso de la Unión Soviética.

Yo heredo de mi padre la curiosidad, pero creo que lo que me anima a seguir viviendo es algo más complejo, es la necesidad de ser una especie de médium cuyo lenguaje se encuentra en lo visual y lo literario, lenguajes a través de los cuales puedo expresar los cambios de los que yo misma soy parte pasiva y activa.

Esta condición de médium la siento cada vez que termino una obra y me siento a “verla” y me doy encuentro sorprendida de lo que veo. Lo que “sale” de dentro no parece tener mucho que ver con mi yo consciente. Es algo que viene más allá, quizás algo compartido de lo que resulto ser médium.



TESTIGO

Parece que heredo el concepto griego del destino como algo misterioso que se desenvuelve dentro y fuera de nosotros. Es una idea muy distinta a la de la predestinación por la que empecinadamente abogaban Lutero y Calvino, idea que me parece abominable. Me interesa en cambio la idea de C. G. Jung quien adjudica eventos y actos al inconsciente colectivo y personal. Es dentro de este último hilo de pensamiento en que me esfuerzo a entender la razón de fondo por la que he optado por la vida en Oaxaca, lugar remoto cuya cultura es tan distinta a la que considero propia. El intento de sondear este asunto ha llegado incluso a poner en juego mi salud y tuve que hacer un esfuerzo consciente mayor para convencerme en los niveles más subterráneos de mí misma que quería yo solucionar este dilema.

Hace años entiendo que es difícil que yo aporte opiniones en el medio en que vivo porque soy extranjera y no puedo entrometerme en asuntos de política. Y es la política lo que más ocupa la atención de la gente de Oaxaca.

Un amigo escritor me hizo ver que mi rol en las circunstancias que se desarrollan en esta zona del sureste de México es el de *testigo*. Este rol le parecía muy importante a mi interlocutor, y me insistió tanto en ello que me hizo cavilar. No soy de aquí, pero aquí estoy. No soy partícipe, no puedo interactuar, pero puedo observar, dar testimonio, puedo llegar a conclusiones, puedo aportar lo mío, puedo contribuir a la fecundación de ideas, compartir lo esencial.

Es así que llego a entender que sí tengo razones para estar viviendo en medio de la población de aquí, compartiendo su entorno y todos los eventos que van dando forma a su vida. Mi vida también está involucrada en lo que me rodea y en lo que participo.

Las dificultades con que me enfrento me estimulan a trabajar con más ahinco. No es la vida cómoda la que produce energía.

La tenacidad de lo vital, sea de ideas, de seres o de cosas, se manifiesta ante los obstáculos. Este es un aspecto de la vida que se puede considerar como algo cruel. Por mi parte siento que es simplemente la forma esencial en que se desarrollan los seres vivientes.

Durante mucho tiempo mis llegadas a Oaxaca eran de índole pasajera, de movimiento continuo. Este constante movimiento se ha quietado. Espero que lo que puedo contribuir sean aportaciones positivas para los que me rodean. Este es el puerto al que ha llegado la barca de mi destino. No es un puerto sosegado, es un lugar de conflictos, de dolores, pesares, de lucha, en fin. Lucha que no es guerra, sino esfuerzo fértil cuyos resultados se van esbozando poco a poco.

En los años de mi estadía en Oaxaca he concebido que hay otra razón para mi permanencia en este lugar. Esa razón la veo en que puedo contribuir a esta sociedad un elemento que aquí está ausente. Este elemento concierne la suerte de la mujer que nace en esta parte del mundo.

Yo apenas estoy asomando a la conciencia de la situación de la mujer y de lo femenino en general, y en eso de la toma de conciencia estoy en una fase que ha sido superada por mujeres de la generación siguiente a la mía, de mujeres que han podido saltar etapas que en Oaxaca aún están por abarcarse. El atraso en que yo me encuentro corresponde al atraso de esta parte de la sociedad mexicana.

Llegar a concientizar este concepto me ha hecho hallarle un sentido a la vida. Durante muchos años de mi desarrollo no sabía a ciencia cierta por qué vivo, por qué he nacido, cuál es la tarea que me hace estar en este planeta, ser parte de la vida que hay en ella. Percibir, aunque sea un destello, un ápice de esa tarea, da sentido a todo, integra mi ser con los otros y me alienta a seguir. Poder decir que la vida tiene sentido es algo increíblemente importante. Algo que agradezco de veras.

ACERCA DE LOS VIAJES

Esto de los viajes forma un *pattern* en mi vida. No todos los viajes que hice fueron por gusto, pero todos me han traído alegrías. Es cierto, como decía Javier Zeller, volviendo de su primer viaje solo a Europa a los diecisiete años, que es en los viajes cuando más se aprende.

Un aspecto de los viajes, especialmente los que se hacen por tierra, es que se entra en contacto con gente de culturas y costumbres muy diversas. Soy hija de un vendedor viajero. Quizás la razón por la que tengo tanto placer en viajar es un ansia de satisfacer la curiosidad que surge en mi primera infancia: saber adónde habría ido mi papá que tantas veces estuvo ausente. Quizás por eso experimento un verdadero *wanderlust*. Mi diccionario Oxford de inglés y castellano define la palabra “*wanderlust*” como “ansias de conocer mundo”. La palabra está compuesta de *wander*, que tiene que ver con pasear, deambular, vagar o andar como nómada, y *lust* que es una forma de búsqueda de placer que el mismo diccionario asocia con la lujuria. El viajar de un lugar a otro, de un país a otro, puede sin duda ser placentero y también puede causar angustias porque se caracteriza por una constante acumulación de vivencias que son los que dan a conocer el mundo. Y si se asocia el viajar con los placeres así llamados de la carne, con los placeres de la lujuria, tiene que considerarse esos placeres en todos sus matices, tanto alegres como dolorosos, tanto luminosos como tenebrosos. Esto de deambular puede darse a tropezones entre piedras, o en tormentas de nieve en que no se alcanza a ver la mano, o sobre soleadas y tibias playas en verano.

La vida misma es un viaje. Se pasa de una etapa a otra, como en los trayectos en que se cambia de paisaje, de una altura a otra: se sube, se baja, se pasa por regiones oscuras unas y otras claras. El viaje de la vida es un viaje único, irrepetible, maravilloso y terrible, lleno de misterio.

Se parte desde la carrera del semen que encuentra el huevo en competencia con millones de otros y es el único que lo

penetra. En un frenético multiplicarse de células se desencadena la vida y el viaje. Se flota en el agua primordial dentro del barco que nos lleva a través de sensaciones borrosas de sonidos y movimientos; nos crecen uñas, pelo, dedos, ojos; escuchamos la voz de la madre y su música en sordina. Luego nos toca lo que es probablemente el viaje más difícil de todos, el viaje en que partimos desde el vientre al mundo: nos aprietan, somos llevados, arrastrados, sufrimos pasando aprisionados por un estrecho que nos deforma para de repente asomarnos a la luz, a la sequedad. Salimos del agua y entramos al aire, vamos de la vida del pez al del mamífero, tocamos tierra, sentimos el roce de ropas y manos sobre nuestra piel. Este es sin duda uno de los traumas mayores de la vida, un hito del viaje inolvidable y sin embargo olvidado.

EL AGUA

Entiendo a los que sufren pánico junto al agua porque es un elemento que puede matar. De hecho, he leído que todos morimos ahogados, que la muerte es un proceso en que, cuando agonizamos, nuestro pulmón se inunda de líquido. ¿Será cierto?

Yo me siento completamente a gusto en el agua, claro, cuando no está demasiado fría o demasiado caliente o cuando no hay demasiado oleaje o demasiada resaca. Me estorban los demasiados.

Estoy nadando en agua cristalina. Siento que el agua acaricia mi cuerpo y me siento en mi elemento: este es el lugar ideal. Sólo saco la cabeza para respirar. Gozo. Pienso en las ballenas que deben también tener momentos así, cuando no hay que buscar comida, no hay que luchar contra alguna agresión, se puede estar simplemente en el agua, rodando de lado a lado, de frente a espalda, doblándose, subiendo por otro poco de aire, sumergiéndose y mirando la claridad, la luz, la delicia acuosa. Nos deslizamos (la ballena y yo) suave, perezosamente, con movimientos lentos y sin sentido exacto, pero armoniosos y fluidos como el agua misma. El movimiento del cuerpo dentro del agua es lento, elástico, continuo, sutil. Exhalo en el agua y las burbujas recorren mi cuerpo y la rodean antes de subir a la superficie. La luz del sol bajo el agua es en sí un placer y una caricia. El agua luminosa sobre la piel hace diseños inquietos que cambian y se mecen, lentamente. Se desliza sedosa el agua sobre la mejilla, el pelo, entre los dedos de las manos, pasando por encima de los dedos de los pies. Agua sedosa que acaricia la garganta, los pechos, la espalda y las pantorrillas. Abrazo suave y tierno, abrazo de agua.

Me tocó viajar por alta mar cuando mi familia emigró de Europa a América del Sur. Fue sin duda la experiencia total del agua.

Días y días flotando sobre profundidades incalculables y en todo caso amenazantes, sobre un barco que te aseguran que es muy de confiar, pero que lleva cincuenta años navegando. Se ve agua en toda la redondez del horizonte. Porque si hay un lugar en que el horizonte se siente redondo, ese lugar es altamar. Las olas mueven el barco, el movimiento es constante, todo lo penetra, todo lo modifica. Todo se mece: la superficie del agua mece el barco y en el barco se mece tu mesa, tu silla, tu cama, el piso del baño mientras te duchas en agua que sabe a sal. Si el viento no encrespa demasiado las olas y hay un día de sol, el color del agua en alta mar es inigualable: verde oscuro, constante, con brillo del sol, dependiendo de la hora. Se da la repetición *ad infinitum* de olas y movimiento, una sensación de eternidad que no se percibe en tierra firme. El mar es atrayente y es aterrador, acogedor y asesino. Y el mar está lleno de vida. Hay delfines que nadan detrás del barco, que nos acompañan en el viaje que parece no tener fin, que parece no tener rumbo, que parece tiempo detenido. Hay peces que saltan del agua y parecen volar un instante para luego caer de nuevo en un arco gracioso. Se siente la sugerencia de que hay mucho más en las profundidades de estas olas que constantemente se repiten.

Hay quien dice que no le gusta el mar. A mí me atrae en forma irresistible: llama el mar a la aventura, llama a explorar, a ver qué hay al otro lado de su superficie, qué hay en su fondo, qué se esconde, dónde viene el cambio del destino, la sorpresa, la novedad, cuando lo desconocido se convierte en realidad tangible. Y los puertos, ¡ah, los puertos!

Nos tocó recalar en varios puertos en ese viaje memorable. Paramos un día en cada parte y todas las horas disponibles las pasábamos recorriendo el puerto. El barco partió de Génova —de por sí una ciudad fascinante—, paró primero en Barcelona y luego en Las Palmas de la Islas Canarias. En este puerto, que entonces era pequeño, me tocó ver por primera vez laderas de colinas cubiertas de platanares. Luego comenzó la travesía del Atlántico para llegar primero a Rio de Janeiro, luego a Montevideo y finalmente a Buenos Aires. A mi corta edad de entonces nunca había visto tantas ciudades en tan pocos días. Y todas eran puertos, lugares de encuentro entre lo inabarcable y lo humano, entre el peligro y el cobijo, entre el agua y la tierra.

En cada parte había algo que ver, algo que siempre era más de lo que se podía visitar en el tiempo escaso que teníamos. Algo espectacular o algo íntimo, algo tierno o algo imponente.

En Barcelona conocí parientes que no vi antes ni después y nos enteramos de las penurias de falta de todo en los años de gobierno de Francisco Franco.

En Las Palmas nos llamó la atención la entonces pequeñez del lugar donde nos parecía que difícilmente había más de diez automóviles y que todos parecían estar tocando sus bocinas a cada rato o al unísono.

En Río de Janeiro gozamos del espectáculo mayor. Subimos al Corcovado, una montaña que cae a pique por un lado hacia el mar, un mirador de ensueño desde donde podíamos ver, a los pies de una inmensa estatua de Cristo con los brazos extendidos a modo de cruz, todo el puerto y gran parte de las playas que lo rodeaban. En el puerto estaba también visible el barco que nos había traído hasta ahí y que debíamos alcanzar antes que partiera, en circunstancia de que a nuestro taxi se le había acabado su combustible. Este fue probablemente mi primer contacto con la mentalidad tropical y latinoamericana en que no prima precisamente la preocupación por el mañana ni por la prevención y almacenamiento apropiado de cosas como el combustible. Mi padre no hablaba portugués, pero le externó en húngaro al chofer del taxi su extrema irritación. Éste pareció entender y logramos llegar al barco, llevados en la pendiente sobre todo por la gravedad. La delicia de la visión desde la cumbre y este incidente quedaron en un mismo casillero de mi memoria.

Montevideo no me tocó conocerlo. Buenos Aires, en cambio, se convirtió en mi hogar durante los años de mi desarrollo como joven mujer. Lo siento mucho como ciudad y también como puerto. Me gusta caminar por las dársenas a la orilla del río-que-parece-mar de color pardo. Me gusta ese lugar de encuentro de muchos ríos hechos un gran Río de la Plata, con el gran océano. El río todavía se ve río, pero ya respira el aliento de las mareas. Es río, pero late como mar.

CLIMAS, PLANTAS Y SELVA OSCURA

He vivido en climas muy variados. En la niñez he experimentado las estaciones como se las siente en Canadá, con la única diferencia de que el invierno de Hungría ha sido más breve. Los inviernos de la niñez los recuerdo tan fríos o casi tan fríos como los que viví en los 1970as en Ontario. Quince grados bajo cero no eran desusados en Budapest donde en invierno comenzaba a nevar más tarde: recuerdo que yo rogaba para que hubiera nieve para mi cumpleaños, a comienzos de diciembre, y que eso no siempre se daba. Luego la primavera llegaba más temprano.

Cuando era muy niña me regalaron un paraguas rojo, tamaño infantil. Protegida con el paraguas llegué a disfrutar mucho la lluvia. Me paraba bajo las goteras, en la vereda, para desesperación de mi madre. En el sur de México gozo cuando llueve, porque la lluvia es la única fuente de agua en la zona bastante árida del mundo donde vivo. Lo que se menciona es si hay o no lluvia. No hay mucha variación de temperatura entre las estaciones, no se experimenta la enorme diferencia entre el verano y el invierno de las regiones del norte, ni se nota mucha variación entre las horas de luz de cada día. En esta zona no hay ríos que tengan caudal aprovechable, ni lagos, de modo que la fuente de agua para todo el año es lo que cae en la estación de lluvias. Durante “la seca” se aprovecha el agua que puede haberse retenido en las represas (muy pocas, por cierto) y lo que se ha filtrado en el subsuelo y que luego se extrae de los pozos. Así que la lluvia, con la experiencia que tengo ahora de la zona tropical árida, me parece esencial, aún cuando llega con fuerza temible y bastante destructora.

La nieve también me encanta; en especial la nieve que es como polvo, que cae cuando la temperatura es menor de diez bajo cero, el aire está seco y cristalino. Cuando niña me encantaba andar en trineo. Recuerdo haber andado incluso en

trineo grande, arrastrado por caballos y recuerdo la magia de la nieve que me resulta aún ahora muy atrayente.

He visitado el altiplano de Atacama, el lugar más seco del globo y me gustó también ese paisaje desnudo, lunar o marciano, con temperaturas muy extremas de calores y fríos en un mismo día. Hay algo de muy especial en los desiertos, aunque confieso que lo que más me gusta son los bosques y las áreas selváticas, ya sean calientes o frías. La vegetación lujuriente, llena de vida, insectos (aunque sean molestos algunos), con animales de toda especie, me fascina. He visto selvas frías en la Colombia Británica y selvas calientes cerca del Golfo de México, en áreas increíblemente calurosos, donde el sudor te corre por el cuerpo y no se puede andar con ropa ajustada a la piel.

Esencialmente me gusta la variedad y he tenido mucha suerte en la vida, he podido experimentar diferencias grandes en climas y paisajes en que también prefiero la variedad. Gozo la montaña y me gusta el mar, los lagos, los ríos. Me gusta muchísimo la Cordillera de los Andes, en su inmensidad sólo comparable con los Himalayas. En mi juventud en Santiago de Chile me paraba en la mañana en la calle a mirar (¡aaahh!) esos gigantes. Me preguntaban qué miraba, yo decía que la montaña y alguien observó: ¿Qué tiene de rara? ¡Siempre ha estado ahí! Exactamente por eso.

Me gustan los paisajes amplios. No soy persona apropiada para valles estrechos y cerrados. Gocé enormemente el hecho de poder percibir la redondez de la tierra en mi viaje por la pampa de Atacama, donde en el aire seco y sin polvo no se percibe cabalmente la distancia. Mientras manejaba veía aparecer una loma adelante, más allá de donde se perdía la vista en la Carretera Panamericana. Avanzando, dos o tres horas más tarde se podía apreciar que la tal loma era simplemente la cima de una enorme montaña que había asomado por el horizonte de la Tierra. Me han contado que en el Ártico de Canadá también se puede percibir, en los días de frío, esta sensación de inmensidad. La misma sensación de espacio e inmensidad la sentí cruzando

la verde pampa argentina: centenares de kilómetros de tierra y horizontes completamente planos en las cuatro direcciones cardinales, paisaje todo cielo, todo con semblanza de cosa interminable. Una vastedad sobrecogedora. Supongo que las llanuras de Canadá han de provocar emociones parecidas. Sólo he podido percibir esta vastedad al bajar de las Rockies, yendo hacia el este, pasando de Calgary.

El mar lo vi por primera vez en la playa del Lido de Venecia, cuando ya tenía más de once años y no me impresionó. En cambio, las olas del Pacífico, en el litoral de Chile, me han parecido fenomenales, también me ha gustado ver ahí tanto animal, las focas (que he visto por primera vez cerca del puerto de Valparaíso), las aves marinas —que espero que se sigan viendo aún—.

Mi deporte favorito es mironear. Me gusta sentarme y ver pasar las horas. Nuestro jardín en Huayapan es eternamente cambiante. Me gusta sentarme en un café de París y ver el cambio constante en el paisaje urbano de gente, vehículos, personas que llegan al bistro, las que vienen de la panadería comiendo un trozo de *baguette* fresco que traen bajo el brazo. Del mismo modo gozo la visión constantemente cambiante de las nubes, la luz, las sombras sobre la montaña de Huayapan y la actividad incesante de los pájaros, ranas que saltan, en tiempo de lluvia, conejos que cruzan el pasto como rayo, o alguna ratita de campo que corre, gorda, redonda, para esconderse bajo una piedra.

Flores. El jazmín del Cabo me fascina; quizás de qué fondo de la infancia me viene el gusto por este arbusto cuyas flores blancas de cuatro pétalos tienen un aroma dulce, tierno. A mi madre le compraba violetas, cuando estaban en estación. Ella era muy entusiasta de las lilas, tanto blancas como moradas, que recuerdo eran abundantes y maravillosas en Budapest. En Buenos Aires, si íbamos de visita, llevábamos de regalo gladiolos, flores majestuosas, de colores y texturas variadísimas; las vendían en una florería que estaba cerca de casa adonde íbamos a menudo también a comprar plantas que

mi madre cultivaba en maceteros. En Toronto me fascina ver cómo aparecen al primer calorcillo de la primavera los *crocus* y luego los tulipanes.

Las flores, como la juventud, tienen escasa permanencia, quizás por eso nos gustan; también es fascinante su abierta y bellísima sexualidad. No tengo preferencia por ninguna, me gusta incluso una que cultivamos en el jardín de Huayapan, que crece sobre un tipo de cactácea: forma una especie de bola rosada parduzca; de repente explota y se abre la flor como un enorme plato con cuatro grandes solapas. Esta flor tiene un olor, dicen, a carne podrida; si es cierto, ese olor es muy leve. En todo caso esta flor les encanta a las moscas y eso me divierte. En los meses de octubre y noviembre, en el valle de Oaxaca, en todo lugar que se deje silvestre, surgen millones de flores amarillas. Existen especies distintas, algunas son plantas bajas, de tallos robustos, otras crecen en delgados y altísimos tallos y se mecen a la menor brisa. Estas flores amarillas siguen el curso del sol, se inclinan hacia su luz. Hay flores amarillas grandes, que crecen en unos arbustos muy robustos y altos, me dicen que son parientes de los girasoles; estos también siguen el curso del sol.

Se supone que las plantas no se mueven; cierto, no se desplazan en el terreno, pero un arbusto silvestre que abunda en Huayapan y que produce unos pomponcitos rosados bellísimos tiene hojas dobles que si las tocas se pliegan como manos en oración.

Los platanares dan unas enormidades de floración como sólo el Trópico es capaz de producir. La penca de plátano misma es la parte femenina de la flor, de un metro de largo, y la parte masculina, de otros ochenta centímetros es muy visible y espectacular.

En tiempo de lluvia no podemos andar en el jardín sin estar pisando unas florecillas realmente diminutas, pegadas al suelo; hay entre ellas unas miniaturas con petalcitos de color amarillo y con el centro negro; otra especie, tiene forma distinta más parecida a una minúscula orquídea, de color rosado; una tercera

variedad, tiene forma de las flores del trébol, de color morado muy oscuro, como sangre seca. Todo entre las verdísimas hojas del pasto.

En la época que recuerdan como “el Tiempo de Muertos,” cerca del dos de noviembre, florece todo, justo cuando acaban las lluvias y comienza la sequía de muchos meses.

Para mí existe también otro tipo de vegetación. Dante, al inicio de su gran poema entra en la “selva oscura” y queda despavorido. No es para menos. Si consideramos la selva oscura como analogía del inconsciente, es sin duda el lugar desconocido, ignoto, no explorado que semeja el que se señala en los mapas de hace siglos con la advertencia: *hic sunt leones*. Dante de hecho ve bestias salvajes que lo amenazan y sólo se atreve a seguir su camino cuando “encuentra” a Virgilio, la figura poética de la antigüedad que para él es el ancla y guía de su obra.

En 1999 empecé a trazar dibujos que forman la serie que he llamado “en la selva oscura”, nombre que alude a la aventura de todos los que entramos en la zona de los leones. “Selva” es también traducción de mi apellido paterno, y por tanto un elemento importante de mi identidad. Se puede extrapolar esto a decir que el elemento inconsciente, que se manifiesta en emociones y gobierna las decisiones de mi vida, me viene, no sólo de mi madre, a quien siempre siento como su fuente, sino de mi padre también. A falta de guía personalizada, yo me sumerjo en la música con que acompaño mi trabajo. Esta serie de dibujos la inicié tras un largo periodo seco, desierto de trabajo visual, tras una “noche oscura del alma” y fue la manera en que pude llegar de nuevo a poner en imágenes aquello que, según Leonardo da Vinci, no se puede expresar en palabras.

Para esta serie usé una técnica de mi invención siguiendo el ritmo y capricho de la música que a modo de andamiaje me llevaba a los ritmos y caprichos que me dictaba la selva oscura. La técnica tiene un encanto cuando se usa para dibujar cosas como desnudas, pero aplicada a los vericuetos de la selva

oscura que surge en la onda musical produce un aspecto que resulta siempre sorprendente.

VIAJE A VERACRUZ

A veces se hace un viaje para descansar. Este fue uno en que anduvimos a la aventura, sin saber qué encontraríamos, en una zona de México que nos era por completo ignota, con el ánimo de dejar atrás las preocupaciones y pasar tres días de vacaciones.

• *Orizaba*

En Orizaba encontramos un hotel simpático y bastante grande, donde se estaba celebrando ese sábado una boda, un evento multitudinario de esos en que los participantes venidos de diversas ciudades, luego de mucho bailar y gozar se quedan a alojar.

El hotel tenía grandes salas en que vi unos arreglos florales extraordinarios fabricados con enormes hojas de palmera que se habían seccionado y retorcido para hacer formas caprichosas, bellísimas, especies de ostensorios vegetales del tamaño de una persona, entrelazadas con flores, algo muy especial. Los arreglos los vimos en la mañana siguiente de la noche en que se dio una fiesta muy gozada cuyos restos eran estos fenómenos florales. Las salas en que estuvo la fiestoca, daban a la orilla de un río y un jardín delicioso, tupidísimo de plantas tropicales de la zona, que rodeaba a dos piscinas. Aquí era evidente a qué se debía la constante ida y venida de automóviles que escuchamos desde nuestra habitación toda la noche de ese sábado cuando llegamos a Orizaba y luego la mañana del domingo.

Pocas veces había visto yo tanto auto en un lugar tan apretado; pero para la tarde del domingo el hotel quedó vacío. Nosotros aprovechamos la paz y nos quedamos dos días, porque nos llamó la atención que desde que llegamos se notaba a todos, incluso los que con seguridad nada tendrían que ver con la boda, relajadísimos y contentos.

De noche, y ya haciendo menos calor, paseamos en el centro de Orizaba, repleta de gente. Era un centro antiguo de la ciudad

un poco abandonado, convertido en lugar popular con ventas en tiendas y veredas. Nos llamó la atención el edificio de lo que fuera antes el ayuntamiento, prefabricado en metal en el siglo diecinueve, embarcado desde Europa y armada para maravilla de los locales en un par de días. También vimos una iglesia colmadísima con los que asistían a una misa.

Al día siguiente visitamos un exconvento recientemente rescatado y convertido en museo de pintura de artistas del Estado de Veracruz. Llegamos ahí en un taxi. Le pregunté al chofer qué tal era la vida en Orizaba. Me dijo: ¡Tranquila y alegre!, lo que me encantó, porque confirmaba nuestra sensación al observar la gente.

En el museo que visitamos había una extraordinaria y conmovedora exposición temporal de dibujos, más de setenta, del pintor y vulcanólogo Gerardo Murillo quien se autodenominó Dr. Atl. Este artista presenció, incluso en detrimento de su salud, la formación del volcán ahora llamado Parícutín, en Michoacán. Este volcán lo visitamos hace ya varios años, con Rosario Ortiz, la maravillosa amiga que me consiguió el encargo del mural que hice para el ExConvento de Tiripetío. Los dibujos en carboncillo del Dr. Atl, dramáticos y plenos de fuerza, me llevaron de vuelta a la experiencia increíble de ver ese lugar en que la tierra todavía humea, caliente, aunque las explosiones y el fluir de la lava que describen los bocetos hayan cesado hace más de cincuenta años. Muy apropiada exposición para una ciudad como Orizaba, construida bajo la sombra del bellissimo volcán del mismo nombre.

• *Veracruz*

De Orizaba fuimos a Veracruz, y por ser éste un paseo de vacaciones, nos alojamos en un hotel de lujo. Fue una experiencia gratísima, dormir con el rumor de las olas en la noche tras las temperaturas tórridas durante el día pleno de sol. Recorrimos desde las afueras de la ciudad de Veracruz playas enormes, y vimos una cantidad de hoteles y lugares turísticos que yo no sospechaba que existía.

Fue una estadía gratísima: un excelente chef producía maravillas que comimos con fruición. Nos sentamos en la playa al atardecer en este ya tercer día que pasamos sin hacer nada, es decir, simplemente dejando fluir el tiempo. La única cosa de trabajo fueron superar los tropiezos de buscar alojamiento. Luego descansamos en muebles comodísimos comiendo muy bien, durmiendo mejor, despreocupados, sin que nadie supiera dónde estábamos, sin teléfonos que nos pudieran interrumpir, en el sol y en la vegetación lozana y abundantísima de lugares húmedos tan distintos de nuestro jardín, muy árido en el tiempo de la seca.

• *Xalapa y Tehuacán*

Xalapa es ciudad capital del muy rico Estado de Veracruz, adonde fluye la riqueza de las refinerías el petróleo. Este es un centro cultural importante. Hay en Xalapa una excelente universidad con una espléndida biblioteca. Visitamos un museo antropológico excepcional. Entrar en este lugar ya corta el aliento. El edificio en que están los artefactos arqueológicos es en sí un logro extraordinario. Parece que no es muy antiguo, diez años, o algo así, pero comunica una sensación de maravilla por sus dimensiones y por el hecho de que siguiendo, supongo, la topología del lugar, se aleja desde la entrada hacia abajo en un lento descenso una distancia que parece enorme, de por lo menos cien metros, en un amplísimo corredor escalonado que se va descendiendo mientras se pasa en cada nivel a un salón de amplísimas dimensiones o a una sección de jardín que abre de ésta, para contemplar un aspecto especial de las culturas precolombinas de la zona del Golfo de México. El punto más alto del museo corresponde a la época más antigua, el misterioso periodo del que no se conoce el nombre verdadero y que se denomina olmeca, inicio, cuna de las ideas y religiones del Antiguo México.

Este descenso del pasado remoto hacia épocas más recientes provoca una sensación inversa a la acostumbrada en los esquemas visuales en los que el presente se muestra en la parte superior y el pasado como algo que se traza más abajo. Un esquema para ver lo que está encima del terreno, vivo, hacia un esquema enterrado, muerto. Al dar vuelta este esquema el

arquitecto del edificio y los curadores del museo invierten de forma muy curiosa la jerarquización de la imagen de pasado y presente, de cultura madre a cultura derivada, de muerto a vivo.

Esto se justifica de algún modo si se considera que en este museo existe la mayor colección existente de cabezas colosales y de tronos monumentales de la cultura olmeca. Se está trabajando mucho en dilucidar el mudo misterio que representan estas cabezas labradas en piedra sin herramientas de metal, muy perfectas en su ejecución y de estética muy atrayente. A la dificultad de su factura se agrega el hecho de que las cabezas y los tronos fueron encontrados en áreas lejanas a las canteras de donde proceden las piedras. Todo ello lleva a considerar la necesaria complejidad de la cultura que las creó y la posible importancia del mensaje que transmiten. No puede una contemplar estas imágenes de forma indiferente. Susurran, aúllan algo. Quieren que se les preste atención, requieren respuestas y más que nada exigen respeto. Las cabezas representan personajes masculinos. Todos los personajes de la época de la que provienen las cabezas, las que se representan en tronos o los que se ven en artefactos de formato más pequeño, son de hecho masculinos.

En las culturas mesoamericanas, como en muchas otras, es muy importante la idea del heroísmo. Los héroes son en general masculinos y su heroísmo sólo se equipara al de las mujeres que mueren durante el parto. Ellos y ellas tienen reservado un lugar especial de respeto y de luminosidad en un espacio abstracto ubicado hacia el norte.

Entre las muchas cosas que llaman la atención en el museo están las figuras humanas de cerámica de tamaño natural como las que se desenterraron en China, sólo que estas representan mujeres plañideras.

En este museo está también representada una cultura que exalta la figura femenina sensual, frecuentemente alegre y juguetona. Esta cultura es más reciente, se ha encontrado sus artefactos en una zona muy húmeda y calurosa, y en el museo, siendo una cultura más reciente, ocupa un área baja.

Xalapa está en una zona húmeda, lo que fuera una selva oculta en brumas constantes y de llovizna persistente. Gran parte de las selvas se ha talado y el clima está cambiando. Ya sale más el sol que antes. El clima de Xalapa se ha aprovechado muy hábilmente en la creación de un fantástico parque alrededor el Museo. El parque está formado por vegetación tropical maravillosa, con vistas amplísimas sobre espacios abiertos rodeados de árboles maduros de gran belleza. El recorrido del museo incluye la salida a este parque y al lento y pausado ascenso hacia la entrada en la cima de la suave colina, hacia la calle cuyo ruido y tumulto se ha olvidado por completo en el recorrido mágico de este espacio tan especial.

Desde Xalapa emprendimos el largo camino de vuelta a Oaxaca. Interrumpimos el viaje tedioso para conocer la ciudad de Tehuacán, nombre que evoca cada botella de agua mineral que compramos en todo México, que nos sorprendió por lo plácido con su provinciana plaza central llenísima de gente gozando la frondosa sombra en el calor sofocante del mediodía. La vida ahí parecía pausada y perezosa, fuera del tiempo frenético en que viven las grandes ciudades. Los minutos y las horas pierden importancia, una se dedica a la buena comida, el dulce no hacer nada, el mironear a los que pasan, a los niños que juegan, el ver cambiar la luz poco a poco. Placer de otra época cuyo tiempo sin embargo no ha pasado aquí y que es la esencia de lo que buscan todos los turistas que llegan a México.

UN LUGAR

En el libro *Long Shadows* de Erna Paris (2001) aparece una frase que me llama la atención: “A place destroyed is always a place (Se destruye un lugar y sigue siendo un lugar)”.

Esto me evoca varias cosas. El lugar en que yo he crecido de niña, el Budapest de finales de los 1930as y principios de 1940as no existe ya tal como fue, y sin embargo algo queda de él.

En forma más dramática se puede decir por ejemplo que de los lugares habitados o transitados por personas en el Desierto de Atacama no queda a primera vista nada. Sólo se percibe un paisaje desolado, y sin embargo si se está ahí aunque sea algunas horas, se sienten presencias. Esta sensación de presencias para mí nada tiene de esotérico; pienso que los seres dejamos algo de nosotros mismos que no por ser difícil de ver, de medir o de ser invisible es menos real.

A Budapest la bombardearon en forma salvaje durante la Segunda Guerra Mundial y luego fue reconstruida con mucho dinamismo. El Budapest de ahora no es el que fue cuando yo era niña y sin embargo bajo la apariencia del Budapest de ahora existe ese Budapest que ha desaparecido. Esta existencia del lugar se da durante un tiempo en la mente de los que hemos vivido ahí, en nuestra memoria (este es el aspecto del problema que preocupa a Erna Paris). Luego sigue la existencia del lugar en la mente de las personas a quienes nosotros logramos transmitir la memoria nuestra (cosa que hace que escribir este texto tenga interés). Se va desvaneciendo esta memoria, como lo expresa tan bien un cuento de Lajos Zilahy, cuando los documentos legales, fotográficos o literarios que existieron sobre el lugar se deslían, o se queman, o se pierden. Pero estos lugares desaparecidos, estos lugares o ciudades invisibles, como lo concibe en la metáfora Ítalo Calvino, estos lugares pueden resurgir de su invisibilidad, como es el caso cuando se excava una ciudad como Ur y no sólo se pueden reconstruir sus formas arquitectónicas externas, sino también se puede repentinamente ver surgir de sus cenizas y restos a los seres

humanos que ahí habitaban, y hasta se puede llegar a abarcar las ideas, costumbres y vidas que tenían.

En el plano cósmico la duración de lo que sucede en los lugares nos puede parecer ínfima, pero en la escala de un par de centenares de generaciones humanas se puede aún percibir el hecho de que un lugar, aunque esté físicamente alterado, es siempre un lugar. Y si en ese lugar se ha desarrollado una actividad humana de calidad trascendente, queda ahí un légamo que reconocemos como algo sagrado o misterioso, aunque ya no recordemos con exactitud la actividad en sí, ni podamos reconstruirla. Se da entonces que realizamos en esos lugares otros actos que ahora nos parecen trascendentes y de esa manera conservamos su energía, su vibración y su carga emocional, similar a la que tuvo en un principio.

Louis Powels y Jacques Bergier escribieron sobre este tema en *El retorno de los brujos* un libro que fue muy popular en los 1960as. Leí también en alguna ocasión un libro escrito sobre Sicilia donde un viajero ilustrado recorre lugares que fueron trascendentes y sagrados para seres de la Grecia Antigua, míticos algunos y otros históricos. En esos lugares la gente de hoy siente aún, como yo en el desierto de Atacama, los ecos de las presencias.

El lugar en que se encuentra la casa que he construido en el sur de México, a varias personas nos parece cargado de energía, (como lo conciben Powels y Bergier), un lugar en que sin duda ha vivido gente cuya existencia ya no se recuerda con precisión. Desde ahí se ve también los restos de la ciudad que ahora llamamos Monte Albán, que fue base de ciudades estados durante muchos siglos. Sabemos que los lugares que están en línea visual con ese punto geográfico fueron considerados trascendentes, que hubo cultos en esos puntos y que fueron (y a veces aún son, bajo pretextos nuevos) lugares de peregrinación, lugares en que se han reunido los seres humanos para dar cabida a los sentimientos de trascendencia de los que estoy hablando.

En el pueblo zapoteco en que vivimos existe un templo mucho mayor de lo que necesitarían sus habitantes para

sus cultos. Es un edificio construido por los dominicos que evangelizaron toda la zona que va desde la ciudad de Puebla, muy lejos al norte, hasta Guatemala, muy lejos al oriente. Este gran edificio de bellas proporciones está ubicado frente a una plazuela y estos dos espacios planos están en línea visual con Monte Albán. Es posible que su ubicación topográfica, al igual que la de otros lugares en el Valle de Oaxaca, se haya considerado especial en los tiempos precolombinos que se han sumergido en el olvido de sus actuales habitantes. Y es posible que por tener esa ubicación haya sido la de una plataforma especial, algún adoratorio usado en las antiguas religiones. Lo esencial de esas religiones sigue vigente y está mimetizada en los lugares de culto católicos del presente. Un proceso de sincretismo. En el caso de la iglesia de San Andrés Huayapan, se da el hecho que el Miércoles de Ceniza es el foco de peregrinaje para muchos pueblos del Valle de Oaxaca. Zapotecos de lugares muy remotos vienen a ese peregrinaje y se reúnen en ceremonias religiosas que se celebran durante todo ese día en la gran capilla lateral, a la derecha del altar mayor, donde se venera una imagen del Cristo crucificado. Los muros de esta capilla están cubiertos de exvotos que certifican y representan milagros de la más variada índole, relacionados con el Cristo que se visita en ese día especial, en el peregrinaje que puede haber sido el mismo durante milenios hacia este lugar destruido y sin embargo vivo.

Bajo esta óptica los talleres que tenemos en esa casa pueden ser otros espacios en que surge de nuevo al plano actual (literario o plástico) la energía intrínseca al lugar. Yendo un paso más allá quizás toda creatividad humana esté conectada con creadores que nos precedieron, incluso en tiempos de los que ya no guardamos memoria.



VOLADORES

No es en Papantla, de donde procede su fama, sino en Mitla donde veo por primera vez los voladores. Sucede en los primeros años de visita a Oaxaca. Quien sabe cuál fiesta fuera el pretexto para que estuvieran allí, cómo se da esa oportunidad única y especial. Eso sí me impresiona muchísimo y me queda como imagen de esas que nos acompañan toda la vida. Luego los veo por segunda vez en la pantalla de televisión.

La cámara, que representa a los que contemplamos las imágenes del relato, sube con el quinto personaje, el que será quien danza en la punta del altísimo poste. Los otros cuatro ya están arriba, en el frágil cuadrilátero hecho de palos que luego comenzará a girar con el impulso que le da el que acaba de subir. Este último, cuando sube hace algún comentario a los otros cuatro; luego, al verlo acuclillarse en el extremo superior del poste, en un espacio que tiene el diámetro del largo de sus pies, nos hace compartir el temblor al hígado, el terror que él logra vencer mientras hace girar el cuadrilátero en el que están sentados los cuatro hombres; enseguida se yergue cauteloso, hace sonar un tamborcillo y una flauta de hojalata. El ritmo y la melodía del quinto personaje mantienen el alma en vilo mientras los cuatro hombres se lanzan al vacío desde el cuadrilátero que gira. El hombre de la flauta también va girando, muy despacio: baila sobre el poste. Los cuatro que cuelgan cabeza abajo con los brazos abiertos están amarrados de un pie al cuadrilátero y comienzan su vuelo en círculo, lento y angustiante, mientras el cordel con que se han amarrado se alarga, como la vida misma, en el movimiento circular constante, hasta que sus cabezas y brazos se acercan ya a la tierra, a la que bajan luego dados vuelta. Tocan tierra con los pies en carrera.

El efecto es de pavor y placer, de éxtasis y de locura. ¿Por qué me gusta tanto este espectáculo? Tiene que ser porque hay en mí algo de voladora, algo que me impulsa en muchos momentos de mi vida a lanzarme al vacío, a saltar por la

ventana. Alguien me ha advertido que soy imprudente, me dijo: “Riéndote te lanzas a las fauces de la muerte.” Más bien de la vida, diría yo.

Es mi modo de vivir, es el estilo que me tiene a mí también en las sensaciones de pavor y placer de los voladores, y que desde fuera se percibe como locura. Yo no creo que sea locura, pienso más bien que es el único modo de vivir en libertad —me refiero a una sensación de libertad interior—, libertad en que me he mantenido desde la juventud y que me ha llevado a aventuras y desventuras que me han dado todo lo que tengo. He volado lanzándome al vacío cuando salí de la casa en que me crié, cuando emigré a Chile, cuando tuve a mis hijos, cuando me lancé a la aventura de la Casa de la Luna, cuando emigré a Canadá, cuando me vine a México ocho veces por tierra, cuando construí mi casa, cuando me puse a pintar, cuando comencé a escribir. Son todos saltos vitales, no saltos mortales, todos son momentos de éxtasis que desde fuera parecen de locura.

POR TIERRA A OAXACA

Hemos hecho viajes largos, como los primeros que hicimos viniendo a Oaxaca. El andar por tierra, durante días, descansando sólo de noche, nos ha hecho vivir toda clase de aventuras. Esto ameniza mucho el trayecto si se sabe ver de cierta manera.

Nos preguntan a menudo por qué quisimos venir a Oaxaca, y no me canso de contar que Beatriz, mi hija poeta, viajó a la Ciudad de México a una conferencia de escritores. Estando muy cansada siguió el consejo de un amigo para ir a relajarse en Oaxaca. Cuando volvió a Toronto, cada vez que le preguntábamos ¿Y cómo estuvo México?, respondía que bien, pero ¡Oaxaca!, e insistía en contar encantada sus sensaciones sobre ese lugar.

Luego vino Álvaro Mutis a Toronto y cuando le preguntamos a qué parte de México nos recomendaba ir, ya que estábamos planeando viajar por tierra, él, en esa voz de bajo tan suya, nos dijo ¡Oaxaca, Oaxaca! Con recomendación de dos poetas no había pierde, emprendimos el viaje.

Ese es un recorrido largo. Cinco mil kilómetros. En el horizonte americano eso no parece tan enorme, pero este tipo de distancias son inmensas para una mente europea. En el continente americano es normal viajar distancias enormes por tierra. Son experiencias distintas de las que da el viaje en avión.

Suceden toda clase de cosas en este recorrido de siete días y seis noches. Son sucesos que resultan parte de la aventura del viaje y que hacen que haya un contacto con los habitantes de las zonas del recorrido. Hay muchos ejemplos de ello. Aquí va uno.

Se descompuso nuestro auto en la carretera a la altura de Waco, Texas. A duras penas logramos rodar hasta un taller mecánico donde nos informaron que la avería era grande y se precisaba el día entero para repararla.

Con un suspiro ya nos sentábamos en unas sillas para esperar cuando nos dijeron: “Vayan a pasear, ¡vayan a los museos!” Fuimos al primero que nos habían mencionado, al Museo de los Texas Rangers donde vimos una cantidad innúmera de pistolas y revólveres de Bonnie y Clyde, para, a la salida, ver un cartel que nos instó a visitar el museo dedicado a los poetas Robert Browning y Elizabeth Barrett Browning ubicado en el campus de la Baylor University.

La visita a ese museo resultó una aventura tan inesperada como la avería del auto. Parece que éramos de los pocos y quizás únicos visitantes de esa hora temprana de la mañana y un guía servicial nos mostró el lugar con mucho esmero. La historia del museo incluía la de la biblioteca que contiene. Ésta había sido el trabajo de toda la vida de un bibliotecario empeñado en reunir una colección de primeras ediciones de Barrett y Browning. Para cuando murió este primer coleccionista el acervo era grande, pero lo agrandó aún más quien le siguió en el cargo, hasta el punto que el espacio de la sala que se le había asignado ya no alcanzó. La universidad de Baylor que, según me enteré después es también un gran centro de estudio de la música, decidió entonces construir un edificio especial para la biblioteca y la colección de objetos de toda índole que se estaba formando. El arquitecto encargado de la tarea hizo un edificio como quien sigue los órdenes de los dos poetas y se ciñó al estilo de la época en que vivieron y a sus ideales arquitectónicos. El edificio tiene, por ejemplo, una sala de meditación circular, rodeada de vitrales enormes que eran la obsesión de Browning y Barrett. Con afán preciosista se construyeron también habitaciones como el dormitorio y lugar de trabajo de cada uno de los poetas y se podía observar, por ejemplo, la pluma con que Elizabeth Browning supuestamente escribía sus poemas, apoyada sobre el tintero que había usado. Demoramos varias horas en recorrer la biblioteca, cuyo acervo sigue aumentando, ver las pinturas del hijo de la pareja y gozando en general el ambiente grato, acogedor del edificio.

Todavía me maravillo de esa experiencia, y de la extrañísima sensación que tuve del destino de una pareja victoriana cuyos objetos de uso y gran parte de su obra además de la obra pictórica de su hijo acabaron en un lugar de Texas —*from all places!*—.

Otro ejemplo de aventuras de viajes es el del incidente cuando al venir con Ludwig Zeller desde el noreste del continente me ha tocado entrar a México por Nuevo Laredo, en Tamaulipas, tras cruzar el puente que separa dos mundos tan divergentes. La travesía sucedió en un fin de semana. En las llanuras interminables del interminable estado de Texas me llamó la atención estaba fallando eso que en Chile llamamos silenciador del vehículo y que en México se denomina con la palabra mofle (un contagio más que arrastramos desde el idioma inglés de los vecinos del norte). Cuando el silenciador está bien, no se nota su existencia. Cuando se descompone, se nota, como se nota el dedo dolido que una ha apretado en la puerta. Sólo que el dolor del dedo es inmediatamente violento y luego empieza a disminuir, mientras que el silenciador primero avisa suavemente su existencia para luego protestar por la falta de atención que le prestamos y se vuelve cada vez más insolente.

Era sábado en la tarde cuando llegamos a un hotelito en la que sería la última ciudad texana en que nos tocara parar antes de atravesar la frontera. Inmediatamente consulté la guía de teléfonos en la página señalada por la palabra *muffler*, (suena como mofler). Allí se señalaba claramente que ninguno de los negocios que se dedican a cambiar silenciadores abría en los días sábados. No quedaba más que seguir como estábamos.

Temprano en la mañana del domingo partimos nuevamente y cruzamos la frontera alrededor del mediodía. Entramos en el terreno semidesértico llano e interminable como su contraparte al otro lado del Río Bravo. Avanzamos durante un par de horas y ya cerca del atardecer de repente oí como caía el silenciador de debajo del vehículo con enorme estruendo de latas aplastadas. Lo abandoné sin disminuir nuestra considerable velocidad y seguimos, arrastrando un tubo de metal que quedaba como recuerdo de nuestra pieza perdida.

De allí en adelante avanzamos por el desierto como un trueno. La supercarretera estaba nueva en esa época, sus cuotas de peaje eran altísimas y éramos los únicos locos que la utilizábamos. Se puso el sol y en la lejanía aparecieron las luces de Monterrey, cuando noté en el espejo retrovisor las

luces centelleantes de un vehículo policial. Quien lo manejaba avanzó hasta la pista a mi lado y me hizo señales para que parara. Aparcó delante de mi vehículo, bajó y se dirigió hacia mí a pasos muy imponentes y seguros.

—Mire que viene echando chispas, me dijo, ¡eso es muy peligroso!

—Sí, oficial, le respondí, lamento, pero perdí hace un rato el silenciador.

Él me espetó, sin ceder en su papel de corrector de mi conducta delictiva:

—¿Adónde va tan apurada?

A lo que respondí con toda naturalidad:

—Al primer *motel* que encuentre, oficial, sin tener idea del significado al lado sur del mencionado Río Bravo, de esta inocente palabra yanqui. En México “motel” sólo se usa para señalar lugares donde se realizan citas amorosas.

El hombre miró a mi compañero con su barba blanca, contempló mis canas, se tapó la boca para que no viéramos su carcajada y nos dijo:

—¡Pues le faltan cinco kilómetros!, y se alejó rápidamente, sacudido de la risa, sin cobrarnos ninguna infracción.

VISIÓN EN LAS NUBES

Leo en un ensayo de Ítalo Calvino una maravillosa cita de Giacomo Leopardi en que habla de lo placentero del detalle variado, difuso, de la exactitud de lo vago. Una tarde de verano vi algo así.

Estaba sentada en una roca que pertenece a lo que fue una terracería construida por los indígenas de Oaxaca con seguridad hace mucho tiempo que ahora está en proceso de destrucción demente. Vi en el cielo hacia el occidente, una hora o algo así antes de la puesta del sol, muchas nubes sobre una cordillera lejana, cubierta y apenas perceptible, donde iluminadas brillantísimas, con blancura sorprendente, me pareció percibir paisajes insertos sobre otro paisaje (había una pintora surrealista cuyo nombre olvido, sus cuadros representaban algo por el estilo, pero de forma muy rígida); el paisaje que me llamó la atención era el que formaban las nubes, por encima de la cordillera oculta y que semejava una zona de grandes lagos y de anchísimos ríos que fluían y estaban cercados por montañas blancas. En los lagos azules veía islas blancas, como los maravillosos paisajes de invierno en Canadá, con mucho frío y sin viento, cuando todo es luz, días de finales de febrero, en Ontario, cuando el aire era cristalino y la luz del sol reflejada sobre la nieve era omnipotente. Me sentí transportada a esos lugares y gocé sus imprecisiones y su exactitud, con el mismo goce que describe Leopardi. Todo era inmensidad al tiempo que estaba repleto de detalles. Los lagos brillaban, y hacían eco del exacto tinte azul del cielo. Las islas tenían perfiles precisos que se disolvían y cambiaban constantemente. Sentí estar ahí, tener frío, pero sin que me importara, decirme que ya he perdido la costumbre del frío, pero me sigue gustando y me gusta su condición de mantenerme alerta, eso que en Canadá oí adjetivar como *bracing* (vigorizante, tonificante). Por encima del paisaje todo luz se tendía una gruesa capa de nubarrones negros, pesados. El conjunto era el paisaje difuso, indiscernible

de la cordillera lejana. Sobre ella la visión de luz, agua azul, nieve, islas, y encima de todo ello la pesada capa negra que me devolvía a la realidad, al lugar donde estaba sentada, al punto desde donde partí, el punto desde donde me distrajo la visión luminosa.

EDUCAR LAS MUJERES

Soy incorregible. Soy optimista. Me empecino en tener esperanza. Las cifras que veo y oigo, las que dan cuenta de los problemas que afectan el medio ambiente son para cortarse las venas. Sin embargo, ¿qué más veo? Veo que hay información, hay conocimiento que en tiempos de mi madre no se soñaban. Yo misma tuve que educarme ya bastante adulta para poder intentar entender lo que pasa. Mi hija ya vivió con la educación constantemente a su alcance. Y ahora mi nieta resulta que está en una generación que parte para la universidad para estudiar ciencias del medio ambiente y para ella ya es normal ver, como yo he visto hoy, un programa en el canal de televisión de la mayor universidad de México en que opinan y proponen soluciones tres mujeres ante dos entrevistadores, una mujer y un hombre. Cuatro a uno. Es un espectáculo bastante especial en un país en que las fotos en los diarios, las entrevistas en radio y televisión incluyen imágenes y opiniones principalmente de varones.

Parece que quienes se interesan en el medio ambiente al punto de que dedican su vida a este tema son muy frecuentemente mujeres. Parece que hay un cambio, parece que hay una nueva esperanza para nuestro planeta. Esto me parece, es, normal. Las mujeres están siempre envueltas en procesos naturales, a cargo de sus hijos, luego nietos, a cargo de la alimentación de sus familias, empecinadas en crear jardines, rodearse de flores, llenar todo de macetas. Dicen que son las mujeres las que han descubierto que las semillas se pueden cultivar, que son las que pusieron las bases a la agricultura. Los varones estaban mientras tanto muy ocupados en la cacería, igualmente necesaria.

Es cierto que la tarea de la vida es hoy de ambos y la tarea de salvar la vida es de todos por igual. Varones y mujeres por igual. Pero es cierto también que cuando fueron los varones los que hicieron la mayoría de las decisiones, como ha sido el caso

durante más de cuatro milenios, primaba la idea del dominio, del poder sobre lo natural, y no la del apoyo y el respeto.

Hoy vemos que la naturaleza a nuestro alrededor se puede desmoronar arrastrándonos consigo, la vida en nuestro planeta puede morir, causando también nuestra muerte. Hoy sabemos que somos también culpables de producir los gases que matan, las basuras que matan, la contaminación que mata.

La solución para que podamos salir del problema es informarnos. Es imprescindible que nos informemos, que tengamos más conocimientos para que actuemos sabiamente. Es imprescindible la educación. En la educación está la solución.

Las hormigas cuando sienten que va a llover llevan sus huevos bajo tierra para resguardarlos. Las hojas de los árboles cuando llueve se comportan de modo especial ya sea conduciendo el agua a sus raíces, si esa es su necesidad, o dejándolo correr para librarse de ella, si les es dañina. La naturaleza tiene mecanismos de anticipación y de defensa.

Los seres humanos ya no actuamos tan rápida ni tan automáticamente, nuestros mecanismos son culturales. Pero la cultura, como todo lo vivo está siempre en cambio, no es estática, no es rígida. La rigidez es muerte. La información, sumada a los elementos culturales que manejamos cada uno de los grupos humanos puede generar los modelos que serán los que nos permitan solucionar el grave problema en que vivimos. La información incorporada a nuestro amor a la vida, a nuestro modo cercano a la naturaleza bien puede generar esos modelos.

En el mundo cambiante se ven cada vez más mujeres opinando, trabajando, cambiando la cultura. Las mujeres tienen cada vez más conciencia de su rol importante en promover y lograr el cambio que necesitamos. Por eso educar a las mujeres es fundamental. Bien puede ser que la opinión de las mujeres educadas, aunada a sus experiencias milenarias de protección de la vida, sea fundamental para salvar la humanidad y nuestro planeta.

Educar a las mujeres puede llevar a producir el cambio que buscamos, que necesitamos con urgencia absoluta. Ejemplo de ello son las científicas que he visto en la televisión, dando un paso con sus ideas hacia ese cambio. El cambio está aquí, las que hacen el cambio ya están trabajando y logran hacernos llegar sus ideas.

Soy optimista. Mi nieta tiene futuro.

LA MUJER CALLA

Callar puede ser veneno. Hay un tipo de relación entre hombres y mujeres de la que se habla poco, porque es incómodo y porque pone en peligro la sensación de mínima autoestima de la mujer. La mayor parte de las mujeres, por lo menos de mi generación, han aprendido a callar y pocas veces dicen a los varones lo que piensan.

Pocas mujeres expresan molestia cuando se sienten oprimidas. En la edad reproductiva, cuando el deseo sexual es parte del fluir natural del cuerpo, una mayoría de las mujeres necesita la presencia de los varones que sí saben expresar su modo de pensar. Hay mujeres que aún no estando de acuerdo con ellos, nada dicen por temor a alejarlos, por no perderlos, y así perder su contacto sexual. Esas mujeres no hablan por el temor de que los varones se enojaran, y se fueran —como es frecuentemente el caso—, donde otra mujer quizás aún más callada, que puede esconder su silencio bajo una sonrisa. Resultado de esta conducta son sentimientos de melancolía, de resentimiento, de tristeza.

Espero que las mujeres de las generaciones futuras no se callen, y que no limiten su hablar a la queja entre otras mujeres que de hecho a nada lleva en mejorar la relación entre los sexos, aunque su lado positivo pueda ser que se obtenga solidaridad en el silencio y en el resentimiento.

Las mujeres de la Biblia no hablaban. Ahora que vamos saliendo de las garras de las organizaciones religiosas fundamentalistas es tiempo de que más mujeres aprendan a ser selectivas de las enseñanzas que libros escritos exclusivamente por varones nos han legado. En este siglo XXI puede darse un vuelco en este sentido, se puede llegar a mencionar las cosas no mencionadas, se puede llegar a hablar con franqueza. La ocultación de la franqueza es veneno que hierde en primer término hacia dentro de quien calla, pero que también daña seriamente la comunicación entre los dos sexos. Cosas tan obvias y sencillas, y tan poco que las mencionamos...

A ENMENDAR

Una de las maneras de ocultar algo es no hablar de ello. Esto se da a nivel personal, familiar, nacional y también intercultural. Estoy muy consciente del hecho de que hablo de lo que no se habla, o se habla poco, y que en todo caso era asunto de callar durante milenios. Cuatro milenios. Mucho tiempo. Pero, como dice la canción, *la vida es una ruleta en la que apostamos todos*. El hecho de que hasta ahora a una parte de la humanidad le haya *tocado no más la de ganar*, es algo que ha causado los problemas mayores en los que estamos metidos que a su vez son tan sólo síntomas del mal mayor cuya solución está dentro de nosotros. Una vez que tengamos un cambio interior lo de afuera se compondrá, lo compondremos en gran parte nosotros mismos. Para que entendamos los problemas que aquejan al mundo, como es el caso de los asuntos referentes a la vida de la tierra, estudiados por los ecólogos, tenemos primero que cambiar en nuestro interior la imagen de esa tierra, considerar el fondo en que está inscrito en nuestra mente, en nuestra alma.

Eso porque está demostrado, tras años de tira y afloja, de tiempo precioso perdido, que en la vida del planeta están sucediendo cosas a causa de actividad humana. Todos los seres modifican en alguna medida su entorno, pero los humanos, por la cantidad que somos y por lo hábiles que somos hemos logrado llegar a modificar nuestro entorno de forma muy generalizada y de forma que afecta la supervivencia de la vida de plantas, animales, y de nosotros mismos.

Las prédicas no sirven, eso está comprobado. La única manera de salir del problema en que estamos, la única forma de evitar el terror que nos acecha, es cambiando nuestras actividades y para eso precisamos cambiar nuestro modo de pensar, en el que se ha establecido un desequilibrio. Creo que, si logramos equilibrar nuevamente ese modo nuestro de pensar, lograremos cambiar nuestro modo de obrar, de comportarnos. Es un gran cambio cultural el que estamos emprendiendo y que a la postre nos resultará muy beneficioso.

En las culturas en que vivimos está muy opacada y hasta borrada la importancia de la imagen de lo femenino. Yo aprendí esto a partir de mi lectura de un libro que no encuentro en castellano. Es un libro que tuve la suerte de leer en inglés hace diecinueve años. Y para entonces el libro estaba de ser nuevo. Fue publicado por primera vez en 1955, en inglés, antes de su publicación en alemán, la lengua en que fue escrito. El libro se llama *The Great Mother (La Gran Madre)* y su autor es Erich Neumann. Este libro es un estudio de lo que también podemos llamar La Magna Mater, si vamos a la raíz latina del término. Este es un libro seminal. La palabra “seminal” viene de “semen”, y cuando hablamos de éste estamos pensando en la fecundación. El libro de Neumann ciertamente ha fecundizado el pensamiento de muchos en los cincuenta y cinco años desde su aparición.

El libro tiene capítulos con títulos que evocan antiguas maneras de referirnos a temas esenciales: “La Diosa Primordial”, “La Gran Redondez”, “La Señora de las plantas”, “La Señora de las bestias”. El libro está repleto de imágenes, cosa poco común en la época de su publicación, y muchas de ellas pertenecen a la iconografía precolombina latinoamericana.

La vida es algo muy especial y misterioso. En cada uno de nosotros, en cada célula de nuestros cuerpos se pueden encontrar las huellas de toda la historia de la humanidad. Muchos seres que tienen experiencias similares producen formas vivas con identidades perceptibles. La genética moderna hace referencia a ello constantemente.

Erich Neumann argumenta que en el crecimiento psicológico de cada individuo se manifiestan las huellas de la historia de la humanidad. Es decir, cada una y cada uno de nosotros, en nuestro crecimiento interior somos llevados en la profundidad del alma, de la psique, a través de todos los procesos que ha vivido la humanidad.

En el plano de comunidad las culturas son el reflejo de estos procesos interiores. Muchos seres que tienen experiencias similares producen culturas con identidades perceptibles. Este aspecto de nuestras vidas lo estudian la arqueología, la sociología, la etnología, la historia, y la psicología.

La identidad de nuestra cultura actual manifiesta principalmente el desarrollo de la parte nuestra que procede de nuestro interior masculino. Hemos desarrollado durante milenios culturas que elevan las necesidades y logros de esta parte de todos nosotros. Lo que se avecina, el proceso en que estamos de hecho ya inmersos, el gran cambio cultural que estamos emprendiendo es la de la vuelta hacia la valorización de lo femenino. Esta valorización es la que estamos desarrollando y que va restableciendo el equilibrio necesario. Equilibrio entre masculino y femenino. Por eso, volviendo a la canción, puedo decir: Fallamos corazones, ¡pero vamos a nos enmendar!



PSIQUE – MASCULINO – FEMENINO

Cuando digo “lo femenino” no hablo de la mujer, y cuando digo “lo masculino” no hablo del varón, sino de componentes femeninos y masculinos que tenemos todos los seres humanos como nuestra tendencia específica. Ambos componentes son necesarios. No podemos prescindir de lo masculino, pero tampoco de lo femenino.

Que se haya prescindido de la sacralidad de lo femenino, al tiempo que se ha elevado a la sacralidad lo masculino ha producido un desequilibrio que ahora tenemos que considerar y examinar. Y lo que es más, debemos recordar que en psicología profunda se constata que la parte creativa de los varones es femenina, mientras que la parte creativa de las mujeres es masculina.

Durante un periodo de muchos siglos se ha optado por la búsqueda de la trascendencia a través de lo “espiritual” y a través de la negación del cuerpo y de lo que se consideraba “material”. Las que como niñas de mi generación nos criamos dentro del catolicismo aprendimos que se debía mortificar el cuerpo, renunciar a lo sexual, sensual y toda materialidad de la mujer para poder acceder a un nivel de espiritualidad. Si se enfatiza este tipo de conceptos durante un periodo largo, como fue el caso —mil ochocientos años por lo menos—, se logra que mujeres y varones queden convencidos de que desear trascender sus impulsos naturales expresados a través de lo corpóreo, a través del cultivo del cuerpo, es nefasto, y que deben dominar esos impulsos a toda costa. Es lo que las mujeres hemos oído como prédica desde Pablo de Tarso (en el caso del cristianismo) y que también se predica en los grupos fundamentalistas que se adhieren a los preceptos del Islam, o del Antiguo Testamento.

Necesitamos un cambio. Es imprescindible abarcar tanto al cuerpo como al espíritu en un solo abrazo, es imprescindible y

urgente llegar a recuperar lo perdido, lo femenino, cohesionarlo con lo conquistado, lo masculino. Estamos entrando en una nueva etapa, buscando nuevas formas, nuevos métodos y lo estamos haciendo con los instrumentos que ha conquistado nuestra parte masculina. Esto es importante recordar y es importante también recordar que hay que profundizar nuestras experiencias y no quedarnos en esquemas superficiales.

PENSAMIENTO ESPERMÁTICO¹

Porque somos seres biológicos nuestras estructuras funcionan desde el espejo de los bioesquemas. Cae de maduro que nuestro cuerpo y sus funciones también están bajo la férula de esos esquemas. Lo que no es tan fácil de comentar es que, según creo, los esquemas psicológicos también están influidos por la biología que los sustenta. Sabemos que nuestra conducta gregaria se parece a la conducta gregaria animal de muchas especies. Sabemos que nuestra composición física y química es semejante, si no completamente igual, a la de otros seres vivos. Hay muchos ejemplos que mencionar. Por eso pienso que es casi imposible concebir que nuestra psique no estuviera condicionada por nuestra estructura biológica básica.

Todos los seres sexuados procedemos de un elemento masculino y uno femenino. Los seres humanos, así como los mamíferos en general, procedemos de un espermatozoide y un óvulo. La vida surge de la unión de estos dos elementos. Faltando uno, fallando uno, estando alguno de los dos en algún problema, no se puede dar la vida. Es pedante repetir esto, pero es importante recalcarlo, porque en el patriarcado que hemos heredado gran parte de nuestra vida se desarrolla dentro de lo que yo quiero llamar “pensamiento espermático” que es un modo de actuar, de proceder en que prima el elemento masculino en detrimento del femenino.

Podemos extrapolar estas ideas a la conducta humana y decir que faltando uno de los elementos constituyentes no se puede dar la vida. Si en el pensamiento que rige nuestra conducta predomina el elemento masculino, ya sea porque el elemento femenino está ausente o porque esta asfixiado, se dan todos los eventos que nos llevan a la masacre. Hablo de masacre de los seres humanos mismos, así como la masacre del entorno de vida en que estamos insertos. Sabemos que todo está conectado, que no se puede matar algo vivo sin que ello afecte la vida de todo el resto de lo que constituye la vida en nuestro

¹ Concepto articulado por Henry Miller.

planeta. Sostener los procesos naturales de vida y muerte es la tarea conjunta de todas las especies y de todos los sistemas biológicos que están inevitablemente ligados y entrecruzados.

Si, como me parece, por ser seres biológicos, nuestro pensamiento se origina en esta condición, ello nos permite hablar de nuestro modo de pensar en términos que se ajustan a lo biológico en sí. De ahí surge la imagen del “pensamiento espermático” que me hace evocar la visión de los muchísimos espermias que durante el coito parten en su viaje dentro del útero de una mujer en busca del óvulo que puedan fecundar.

Las conductas humanas tienen características que se pueden asociar a esta carrera. Es el caso de la competencia. El espermia compete, se deshace del semejante que está obstruyendo el paso. Al igual que los seres en su conducta social. Se considera lógico incluso quitarle territorio a otro, para impedir su subsistencia y apoyar la propia. Gran parte de la cultura occidental es competitiva. Es lo que evoca incluso la palabra “carrera” de significados múltiples, uno de los cuales es descripción de las tareas que se realizan en alguna profesión. Al usar la palabra “carrera” no se evoca tan sólo el hecho de que la profesión en sí es un fin bueno —o malo, si es el caso—, sino que se la ve como una competencia con otros profesionistas semejantes.

Otro aspecto de este mismo asunto: Cuando se encuentra el diminuto y esforzadísimo espermia con el óvulo, su energía está gastada y todo lo que la primera célula necesita para poder multiplicarse se encuentra en el enorme óvulo. La parte femenina del encuentro provee la energía para la vida incluso en ese primerísimo instante crucial. Esto influencia nuestra existencia, permea incluso nuestro pensar, porque el pensamiento mismo depende de células que proceden de esa primera multiplicación, de ese primer impulso de energía biológica.

Resumen: En nuestra cultura ha prevalecido el pensamiento espermático durante milenios. El nuestro es un pensamiento en que prima la imagen del esfuerzo masculino del espermia que lucha contra sus semejantes, millones de otros espermias, que compiten, que echan a un lado a sus contrincantes, todos

contra todos, hasta que uno, finalmente triunfal, llega, primero y único, donde el enorme, inmenso óvulo y lo penetra para formar parte de ella. Sumirse en ella, realizarse en ella. Y es con ella, con la energía de ella y la fuerza de ella, que se produce el milagro de una nueva criatura.

El simbolismo del pensamiento que se parece al óvulo enorme y poderoso del que procedemos, el óvulo que espera el momento en que llega el esperma y si no llega se muere, se desvaneció durante mucho tiempo. Ese simbolismo primó antes en nuestras culturas, durante muchísimos milenios, sobrevive en filosofías del Lejano Oriente, pero en Occidente fue remplazado por el pensamiento espermático. Ahora que por fin podremos llegar a aprehender y contemplar el encuentro de los elementos masculino y femenino, ahora es el momento en que podemos llegar a entender el milagro de la vida. Todo este discurso es el resultado de la percepción de que la energía está en el fondo femenino del que procedemos y que esta energía todo lo alimenta y es nuestro impulso, así como es el impulso del cosmos y de la materia.

La trascendencia del elemento masculino en nuestra cultura se ha establecido con firmeza. Y esa es una conquista irrenunciable. Sucedió sin embargo que la trascendencia del elemento femenino se ha vuelto opaca o ha desaparecido por completo. Se recurre a la idea de lo femenino cuando se precisa de apoyo, pero se la concibe, en Occidente por lo menos, sólo como elemento acólito, adjunto, pero no como algo que es trascendente y sagrado en sí. En la vida biológica los elementos masculino y femenino tienen equilibrio. Es en nuestras civilizaciones patriarcales en las que se ha perdido ese equilibrio. Volver a establecerlo es la tarea más urgente que tenemos delante de nosotros porque es la clave de nuestra supervivencia y también de la supervivencia del planeta que habitamos.

Existe una tendencia de pensar que podemos salir del planeta Tierra, que debemos buscar otro lugar en el cosmos que podamos habitar. Es la conciencia del desecho de lo que no nos sirve, la costumbre de botar a la basura lo que no nos place o conviene para buscarle un reemplazo. Me parece que en el

plano macrocósmico esto no funciona. Por lo que vemos no hay otros planetas que estén a mano en las que se puedan dar las condiciones de vida que tenemos en nuestra Tierra. En cambio, las condiciones de lo que ya tenemos las conocemos en gran porcentaje (¡y eso que aún nos falta mucho que aprender!), por lo que la apuesta es que es aquí donde debemos trabajar. La solución está en la Tierra. El desequilibrio en que estamos la producimos en gran porcentaje los humanos que poblamos el planeta. El remedio entonces está en nuestras las manos. Es desde dentro de nosotros que va a surgir la solución al impasse en que nos encontramos.

Tras muchos siglos de pensamiento abstracto, muchos discursos sobre la separación de la materia y del espíritu, mucha insistencia en los símbolos de dioses celestiales, es muy difícil admitir que podamos ser lodo, barro y agua como algún gusano o zarigüeya. Es muy grande el prejuicio contra la materia, porque ha perdido su sacralidad y ha sido denigrada durante siglos. Al mismo tiempo es grande el prestigio del “espíritu” que tanto tiempo ha sido enaltecido. Pero bien puede suceder que nuestro concepto del espíritu tenga que modificarse así como se modificó todo lo que sabíamos del aire que nos rodea: ahora ya nadie habla del “éter,” cuya existencia se tomaba por sentado dos y medio siglos atrás y que ya se sabe que sirvió como idea, como símbolo, pero que no representa lo comprobable.

No puedo sino intuir: estamos condicionados por lo biológico mucho más allá de lo que suponemos. Vale la pena considerarlo y tratar de investigarlo, no vaya ser que fuera la realidad y se nos pasara por alto. Y nada tendrá de malo que se compruebe que nuestro pensar y nuestro sentir procede de un fondo biológico, puro y simple. Nuestra sensación de sacralidad simplemente cambiará, la materia la consideraremos trascendente y trascenderemos a través de ella y de la energía que la alienta. Se conjuntará nuestro trascender a través del espíritu con nuestro trascender a través de la materia.

LO HEROICO

Intento deshilvanar este tema de los elementos masculino y femenino que gobiernan nuestro pensamiento y nuestras acciones. Ya he mencionado que hay en nuestra cultura fuertes influencias del dominio de lo masculino en detrimento de lo femenino. Insisto en que no estoy hablando de lo referente ya sea a varones o mujeres en específico, sino a lo que es femenino y masculino tanto en unos como en otros. Si esto suena vidrioso, quizás se aclare si doy algunos ejemplos.

Durante el largo dominio del patriarcado se han impuesto algunas ideas:

La razón es cosa de varones. La intuición es cosa de mujeres. Fiarse de la inteligencia que llega a conclusiones por raciocinio, es cosa buena. No es de fiar una conclusión si se ha llegado a ella intuitivamente. (Este tipo de afirmaciones puede naturalmente esconder una falacia. Sabemos, por ejemplo, que en ciencias exactas se ha llegado a grandes descubrimientos por un repentino elemento del pensamiento que ha surgido intuitivamente.)

La emoción es cosa de mujeres. Los varones no lloran. Todos sabemos que tanto mujeres como varones se emocionan y necesitan llorar y que tanto mujeres como varones pueden actuar calculada y fríamente. Sin embargo, si una mujer en el dado caso llega a un puesto de importancia, debe demostrar que tiene bien fundamentado su elemento masculino y que va a ser firme, fría y va a dominar sus emociones. Y si un varón está en un puesto de importancia, de modo alguno puede demostrar que tiene emociones y de ninguna manera se podrá tolerar que haga algo tan inaudito como que suelte una lágrima. Imaginen ustedes al Ayatola Jomeini ¡llorando! O que Marilyn Monroe ¡golpee a latigazos a quien la haya insultado!

Hasta hace poco las mujeres, aunque hicieran trabajo masculino, no podían soñar siquiera con usar pantalones. No podemos imaginar a madame Curie, por ejemplo, en pantalones, aunque fuera dos veces ganadora del Premio Nóbel en ciencias.

Que Hilary Clinton no sepa hacer un pay de manzana, es casi un escándalo. A nadie siquiera se le ocurre preguntar si Fidel Castro sabe hacer un pay de manzana.

Y lo que sucede, además, es que hay juicios velados en todo esto. Se puede decir que es normal que la señora tal haga pay de manzana y que llore cuando se emociona. Eso hace incluso que se considere que es una buena señora. Pero no hay nada de heroico en que la señora se queme las manos haciendo pay o que se agote por sus emociones.

En cambio, algunos pueden muy bien considerar heroico lo que le toca hacer a un varón, como es el caso de Fidel Castro.

A lo que voy es que lo que consideramos genéricamente femenino a menudo se considera de poca importancia o incluso degradante. Mientras que las actitudes que consideramos genéricamente masculinas nos parecen nobles y de importancia.

Donde surgen problemas en todo esto es cuando aplicamos nuestros conceptos culturales a nuestro entorno. Los impulsos masculinos de búsqueda de poder, de construcción de imperios, de dominio de la naturaleza, han sido los que se han elogiado y estimulado durante más de cuatro milenios. Y mientras hubo menor población en el planeta la vida no peligraba. Ahora en cambio, cuando ya somos muchos, nos encontramos de repente con que los valores de ganancia, la producción siempre en aumento, y sobre todo, el dominio de la naturaleza no son tan positivos. Vemos que producen efectos negativos. Vemos que nos pueden llevar incluso a la muerte.

Es quizás ahora cuando conviene revisar nuestras conductas y considerar que lo vital no está en la figura del que actúa masculinamente y se muestra poderoso y rico por encima de todos los otros. Quizás actuar masculinamente para imponer la voluntad sobre otros no sea tan heroico ni tan vital como parece. Quizás lo vital no es presumir que se tiene mucho.

Quizás lo vital está en la figura de quien actúa femeninamente y busca la manera de bastarse con menos, de gastar menos, de ganar menos, de producir de modo que haya para todos lo suficiente. Quizás intentar actuar femeninamente pueda ser heroico.

Quizás pueda ser heroico usar un vehículo más pequeño, pueda ser heroico compartir con otros los viajes. Quizás puede ser heroico comer sólo lo necesario y no malgastar la comida. Quizás puede ser heroico dar cabida a que todos tengan sin que alguno tenga en exceso. Quizás pueda ser heroico plantar árboles y esperar con paciencia que crezcan. Quizás pueda ser heroico respetar a otros y permitirles desarrollarse a su manera.

Quizás la persona más heroica de todas es quien logra cambiar su pensamiento en aras de salvar la vida del planeta y la de sus nietos.

MATERIA Y ENERGÍA

Me ha nacido la idea, no sé exactamente de dónde, de que para Enjeduana, la poeta de Ur de hace cuarenta y cuatro siglos, la figura de la diosa Inana representa la energía que existe en toda la materia. Esta idea la tengo hace bastante tiempo y hace un año, cuando vi un programa que trataba de explicar la Teoría de la Relatividad a personas sin instrucción científica (entre las que me incluyo), asocié la ecuación de Einstein a mi intuición.

Para mí es claro que Inana, un arquetipo femenino, representa la materia. La materia no es poca cosa, es todo lo que hay en lo que hasta ahora concebimos como universo.

Enjeduana, la poeta akadia de 2300 a.C., en el poema que escribe en sumerio sobre la lucha de la diosa Inana contra Eibe, y en el poema *Señora de gran corazón*, la presenta como superior a todos los dioses, incluso a An, su padre.

Si Inana es superior a todos ellos —según ya se menciona hace cuatro mil cuatrocientos años—, entonces en la ecuación de Einstein me parece que lo que la representa es la parte de la relatividad que es la “E” que el físico usa para hablar de la energía. Esta energía, ahora sabemos, está en toda la materia y que cuando es liberada puede manifestarse como fuerza destructora (que es el aspecto que Inana adquiere en el poema *Inana y Eibe* —aspecto negativo y destructor como mil bombas de hidrógeno—, o como fuerza benévola que es la que percibimos cuando producimos electricidad con la energía atómica (eso, si no consideramos los residuos).

Al ser Inana un símbolo de lo femenino, creo que Enjeduana nos sugiere que la energía misma es un *elemento* femenino. Se puede considerar que las mujeres somos portadoras de esa energía en el sentido simbólico del arquetipo. Esta idea puede que sea una estructura a la que le falta la firmeza del *logos*, pero concebirla me ha dado un impulso extraordinario y una confianza total en la forma en que vislumbro el arquetipo para el cual no tengo nombre, y que podría mencionarse como

deidad, que es la única manera en que puedo mentalmente dirigirme a Ella.

Como digo, no sé de dónde me viene la idea, es posible que haya alguna mención de esta energía en algún libro que he leído y que me haya llevado a divagar.

Desde que tengo esta noción, la palabra energía me inyecta adrenalina. Hace algunas semanas en un programa de difusión científica había mención de la teoría de que la cantidad de energía en el universo es constante.

Vengo de la generación que aprendió el *dictum* de Lavoisier de que en una reacción química “Nada se pierde, todo se transforma”. Esto lo he repetido alguna vez y entonces alguien que me escuchaba me dijo: sí, se pierde la energía que produce la reacción. No sé si la energía esa pueda perderse. Han pasado cincuenta años o más desde que yo era estudiante. Quizás ahora nuestros conocimientos sean más refinados y se pueda medir cantidades de energía muy pequeños. En todo caso, en la ecuación de Einstein la energía es una constante. Y si Einstein se equivocara, ¿adónde se iría la energía que “se pierde”?

Volviendo a lo mío: si la energía en el universo es lo que representa el arquetipo de Inana según nos la presenta Enjeduana, estamos hablando de algo muy, muy grande que todo lo penetra, a lo que nada escapa y sería el caso de algo que tenemos que considerar como parte de nuestra conciencia femenina —seamos varones o mujeres—, porque nosotros también somos materia.

Ya mencioné que a mi parecer la psique depende de la materia y se origina en ella. A esta idea que siento verídica se suma otra: que la energía es algo intrínseco a lo femenino, que es algo que transforma interiormente. Esta conjunción, de poder probarse, exige una revisión total de los otros conceptos que hasta ahora han regulado la conducta de las mujeres condicionadas por la experiencia social en que se han formado.

Habemos muchas mujeres que crecimos con la impresión de que el impulso, el estímulo, la dirección para la acción viene de los varones. Asociado a eso aprendimos que se debe

seguir, acatar, respetar y promulgar la preponderancia del pensamiento, primero, del padre y luego de los compañeros varones. En muchas de nuestras sociedades, las mujeres, para hacer todo lo que hacen, se ven en la situación en que la opinión y apoyo de los varones son imprescindibles para establecer si sus actos son justos o si sus creaciones tienen valor. La imagen que muchas mujeres tenemos de nosotras mismas es que nuestro valor depende de los juicios de los varones.

En el caso del poema *Inana y Eibe* de Enjeduana, se presenta, hace cuatro mil cuatrocientos años el siguiente esquema: Inana va donde An, su padre, y le pide apoyo para poder oponerse a la insolencia de Eibe. El padre la trata “paternalmente”, y no la apoya. Enjeduana nos presenta entonces el evento en que Inana se alza contra su padre y, repentinamente consciente de su energía intrínseca, toma en su mano elementos femeninos y masculinos, y ataca y destruye a Eibe, aunque sabe que éste tiene el apoyo de An. Es decir, procede así en cuanto sabe que An decide no apoyarla a ella.

Ese poema tuvo mucho éxito. Podemos leerlo hoy porque se han excavado las tablillas de barro en que durante mil quinientos años se copió una y otra vez. Luego pasaron tres mil años de olvido, tres mil años en que las tablillas yacían bajo las arenas de Ur. Ahora, al haberlas encontrado, nuevamente se puede leer el poema y nos enfrentamos con este dilema: dónde está la energía, la fuerza que mueve los átomos, y, por ende, toda la materia.

Hombres y mujeres tenemos ahora algo enorme a que aferrarnos. Las mujeres nos hemos olvidado de los símbolos del poder de lo femenino y también olvidamos que los varones siempre se han aferrado a nosotras, mientras nosotras hemos dejado durmiendo el concepto de este algo que llevamos dentro, algo con que nos podemos armar y podemos pararnos y tomar en manos nuestro propio destino. Los varones tienden a olvidar que su parte creadora es femenina. Nuestra formación social nos ha desviado de tomar consciencia de la energía que tenemos. Ahora esa misma sociedad y su cultura nos dan los elementos para ver que la solución está adentro.

La conciencia de que se puede apoyar un ser en su propia fuerza, de que se puede anclar en su propia alma, es crucial, y nos pertenece a todos y todas.

EL CIELO Y LA TIERRA

Las dificultades para encontrar un equilibrio nuevo, para cambiar la cultura, son muchas. El problema es profundo. Si digo, “Padre nuestro que estás en los cielos” hablo de una imagen masculina. Para equilibrarla con una imagen femenina tendré que decir, “Madre nuestra que estás en la tierra”. El padre que está en los cielos es concebido rápidamente como una forma divina. La Madre metida en la tierra no lo es. Los cielos, la elevación, la aspiración hacia lo alto, son tareas de acercamiento hacia la divinidad. Acercarse a la tierra, meterse en la tierra, en el lodo, en el barro, no sólo no es considerado un esfuerzo de acercamiento a la divinidad, sino que incluso aprendemos que es peligroso, que es suciedad, que debe ser eliminado, separado, alejado.

Se pudo incluso considerar que lanzar una bomba atómica desde las alturas para destruir cien mil vidas humanas en algunos segundos fue un acto bueno, de imitación de la divinidad celestial; se pudo considerar que matar tanta gente pudo ser un acto justificable como un bien, como de la más alta moralidad.

El desequilibrio es tan grande que ya en la niñez se aprende que es despreciable que una ropa pueda estar manchada de barro. Ya no se puede imaginar contraste mayor: un poco de ropa sucia, contra la muerte de cien mil seres humanos.

Aparece otro elemento cuando en la oración decimos “santificado sea tu Nombre”. Si a la Madre en la tierra le rezáramos diciendo “santificado sea tu Cuerpo”, estaríamos expresando un contraste, un desequilibrio idéntico al anterior. Es casi inconcebible en nuestra cultura patriarcal que el cuerpo se pueda considerar santificable. Mucho menos que el cuerpo sea santo. Y menos aún que el cuerpo de una deidad Madre, la tierra, fuera santificado.

Por eso a la tierra y al cuerpo se le puede hacer todo. Se la puede usar, se la puede explotar, arruinar, contaminar, se puede

causar su esterilidad y su muerte sin que esto se considere moralmente reprobable. No es pecado, no es crimen.

Yo propongo que debiera serlo. Se debe respetar el cuerpo, no se puede explotar, arruinar, contaminarlo; no se puede violar un cuerpo. Y al pronunciar estas palabras es cuando se hace aparente que me pongo de parte del cuerpo, de la tierra, de los seres vivos como entes santificables e incluso sagrados. Si no considero santificable el cuerpo y la tierra, traiciono la vida misma.

Son santificables y sagrados los pastos.

Son santificables y sagrados los pájaros.

Son santificables y sagrados todos los seres vivos, humanos, animales y vegetales, que conviven en armonía.

Distorsionar la armonía entre seres vivos acarrea enormes riesgos. Si se hace en busca de vida, nos resulta moralmente aceptable. Es el caso de la medicina, que interviene en el discurrir de la naturaleza. Pero incluso en la medicina debe haber una conciencia de sacralidad de todo lo que se hace, de búsqueda de la moralidad de todos los procedimientos.

Es de enorme importancia santificar el nombre del Padre. Y es de la misma importancia santificar el cuerpo de la Madre. No se puede renunciar a ninguna de las dos sacralidades. Cuando ambas cosas se realizan y mantienen se puede aspirar a mantener la vida y lograr un equilibrio.

La Santa Madre Tierra vive en el alma de todos nosotros. Vive en muchas formas. Vive en el momento en que los ecólogos nos hablan de la necesidad de cambiar nuestros actos y nuestras vidas para salvar la vida del planeta en que habitamos. Vive cuando se restaura suelo contaminado. Vive cuando se restaura un manglar en que se ha derramado petróleo. Vive cuando se acuna a un niño. Vive cuando se observa y clasifica los pájaros. Vive cuando se estudian las plantas. Vive cuando se multiplican los árboles en los viveros.

Vive la devoción y santidad de la tierra cuando el Dr. Atl, ese maravilloso pintor mexicano, observa y registra con su pluma y sus pinceles el nacimiento del volcán Parícutín, en Michoacán. Vive la santidad y sacralidad de la tierra cuando benéfica nos da frutos y cuando en su furia destruye nuestras costas y arrasa con casas y árboles. La Madre nuestra es la tierra. Santificado sea su cuerpo.

EL PANORAMA

El panorama de lo masculino y femenino es fascinante. La vida, eso que de fondo no sabemos qué es, comienza, o parte —nos dicen los científicos—, de un enorme golpe de energía que conjunta los elementos, eternamente los mismos, para que cada ser vivo sea un paso hacia un fin que no conocemos. A medida que se van descifrando los elementos que conforman y deciden qué hace cada célula viva, cada conjunto de billones de células que conforman un ser complejo como somos los vertebrados, a medida que se van descifrando los así llamados genomas, nos damos cuenta de que existen conexiones entre nosotros y otros seres porque todo lo que vive está conformado de los mismos ya mencionados elementos. En algún momento la vida, para seguir siendo vida, es decir, para seguir con la cadena infinitamente larga de reproducción, muerte, nacimiento, desarrollo, reproducción, muerte, nacimiento... se decide que el modo más eficiente de hacerlo es desde la unión de dos elementos sexuales, el masculino y el femenino. Porque se da esta decisión, nuestra especie está dividida en masculino y femenino. Lo que es interesante es que el aporte de estos dos elementos conforma nuestra constitución física, partiendo de lo celular hasta la totalidad de nuestro cuerpo.

Los elementos masculino y femenino de los que procede nuestro cuerpo, desde que el semen de nuestro padre encontrara el óvulo de nuestra madre, influyen en formas que podemos considerar abstractos (porque hasta ahora no las entendemos plenamente), que son productos de lo que llamamos nuestra mente, nuestra psique. Psique es una palabra que se origina en el griego y significa alma. Como nuestro cuerpo, nuestra alma contiene elementos femeninos y masculinos. Somos seres vivos que compartimos nuestra vida individual con otros de nuestra especie. Somos gregarios. Como seres gregarios conformamos sociedades. Y esta cosa que también es algo abstracto, la sociedad que conformamos, se manifiesta en culturas que están modeladas por nuestras psiques, nuestras almas, que a su vez manifiestan elementos femeninos y masculinos.

Todo lo que hace cada cuerpo, cada alma, cada sociedad, todos los elementos de cada cultura, están condicionados por la manifestación de elementos femeninos y masculinos. Cada uno de nosotros nace con el aspecto que adjudicamos ya sea a un sexo u otro. Yo me veo mujer, mi hermano se ve varón. Pero sabemos por instinto y porque también se manifiesta para nuestra conciencia, que sutilmente estamos conformados tanto por lo que es manifiesto en nuestro aspecto sexual externo, como por su contraparte. La forma viva que somos ha partido de ambos elementos sexuados, ha partido de lo masculino y lo femenino y es indivisiblemente ambas cosas. Somos la unión de los sexos y tendemos a la unión sexual en todo momento en que se da el impulso para que nuestros cuerpos se conjunten en el esfuerzo de la creación de una nueva vida. Ese impulso, fuertísimo en los años en que nuestros cuerpos están diseñados para procrear, lo conocemos todos. Se manifiesta como pasión, como algo que no se puede soslayar, ignorar ni obliterar.

El alma individual trasciende hacia el alma colectiva, el alma social. El impulso de lo masculino y femenino, cuando está en un nivel abstracto que es la sociedad que conformamos, gobierna nuestros actos y los eventos en que se desarrolla lo que llamamos historia. La historia de la sociedad humana de la que todos formamos parte evoca los eventos que se desarrollan mientras pasa lo que llamamos tiempo, idea que para nosotros está condicionada por nuestra conciencia de que en lo individual, en lo que concierne nuestra vida personal, hay un inicio, un devenir y un fin. Y dentro de este tiempo de la vida que llamamos historia se desarrollan elementos masculinos y femeninos, al impulso de nuestra actividad, de la actividad del alma colectiva de la humanidad entera.

De este modo en la historia, así como en todo lo demás, se manifiestan los elementos femenino y masculino. Esto en un principio lo llamábamos sexo. Ahora que vemos que lo sexual puede ser algo más sutil y más vasto, lo llamamos género. En el plano de género, entonces, todos somos manifestaciones —en grados distintos— de lo masculino y lo femenino.

Si asumimos que el género lo invade y lo influencia todo, vamos a asumir también que se puede examinar su influencia

sobre nuestras vidas, sobre nuestras actividades, sobre nuestras culturas, sobre la civilización que vamos construyendo. Y estas actividades, culturas y civilizaciones van influyendo también sobre el entorno en que vivimos hasta el punto de modificar la vida del planeta en que estamos. Algunas de estas modificaciones nos están llevando a la destrucción de la vida. Pero, así como la podemos destruir, también podemos mantenerla y cuidarla.

EL DESEQUILIBRIO Y EL EQUILIBRIO

Hemos llegado los humanos al punto en que estamos produciendo un desequilibrio enorme que está poniendo en juego nuestras vidas y hasta nuestra permanencia en el planeta. Propongo que producimos desequilibrio porque hay en nuestro interior elementos que producen que actuemos en forma desequilibrada. Propongo que necesitamos tomar conciencia de que tenemos ese desequilibrio en nuestro interior. Cada uno de nosotros puede estar afectado por un desequilibrio que está dentro, en nuestra alma.

Hace tres mil años o más se ha producido un cambio en nuestro pensamiento, un cambio en el modo en que viven nuestras almas que nos afecta y nos pone en peligro. Propongo que nuestro pensamiento procede de nuestra condición de tener cuerpo, de ser vivos, animales, vertebrados, con cerebros desarrollados. Por su parte la psicología profunda propone (ya lo dijimos) que en el alma de cada ser humano hay componentes masculinos y femeninos. Ya seamos varones o mujeres, este es el caso en nuestro interior. Según esta propuesta la parte creativa de cada uno de nosotros es la contraria a nuestra apariencia sexual. La parte creativa de las mujeres es masculina, la parte creativa de los varones es femenina. La conjunción de elementos masculino y femenino que dio inicio a nuestras vidas permea nuestro ser, desde cada una de nuestras células hasta la totalidad de nuestra realidad física. Y nuestra realidad física, conjuntamente con la realidad física de nuestro entorno, condiciona nuestro modo de “ser” y nuestra manera de actuar.

Al parecer hace mucho, mucho tiempo, las actividades de las mujeres y las de los varones tenían que ser diferentes para que sobreviviera la especie. Las mujeres se encontraban frenadas en sus actividades cuando estaban criando sus hijos. Se apoyaban unas a otras en estas tareas. Se comunicaban con otras mujeres que tenían cerca de sí. Charlaban. Realizaban simultáneamente actividades múltiples y su atención debía

estar en un estado alerta disperso, de modo que todo lo que hacían pudiera atenderse. Tenían que atender a sus hijos, calmar sus llantos, alimentarlos, protegerlos de los elementos, mientras buscaban sustento para el grupo humano del que eran parte. Este estado mental de dispersión alerta ha hecho que se desarrollaran habilidades específicas en nuestros cerebros. Las células encargadas de estas habilidades son más numerosas en el lado derecho de nuestro cerebro. Al mismo tiempo, las mujeres que estaban en su periodo de fertilidad (que dura más o menos cuarenta años), perdían sangre cada mes y para reponerlo tenían necesidad de que sus dietas contuvieran hierro. Una buena fuente de hierro son las carnes.

Los varones aprendieron que a las mujeres las podían conquistar con mayor facilidad si les ofrecían carne. Se hicieron cazadores. Para ser buen cazador hay que poder enfocar la atención, hay que poder concentrarse en forma extraordinaria. Es necesario herir con precisión al animal que se está cazando para que muera, porque si su herida no es mortal, se escapa demasiado lejos. No puede la atención estar dispersa, tiene que enfocarse con precisión en un punto del animal que se está cazando, el punto vulnerable. Enfocar la atención, concentrarse durante largo tiempo en un punto, desarrolla con preferencia las células que conforman el lado izquierdo de nuestro cerebro.² Los varones salían de caza con otros varones porque para derribar a un animal mayor se podía necesitar de varios de ellos. Luego, para traer la caza al lugar en que lo podían compartir con las mujeres, podía también requerir a varios de ellos. Cuando cazaban difícilmente podían estar charlando, cualquier ruido que hicieran podía espantar al animal que estaban celando.

Los grupos masculino y femenino de nuestros ancestros desarrollaron la fisiología de nuestros cerebros que a su vez producen comportamientos distintos y habilidades diferentes. Hay por ello que considerar que cuando actuamos nuestro comportamiento refleja estas antiquísimas conquistas de nuestra especie.

² Leonard Shlain, *The Alphabet Versus the Goddess*, Arkana, Penguin Putnam Inc., New York, 1999.

Hay actividades que son masculinas, otras femeninas. Este es un asunto de género, no de sexo. Cuando una mujer aprende a manejar un arco y una flecha y se convierte en campeona olímpica de tiro al blanco, debe hacer uso de secciones de su cerebro que desarrollaron nuestros remotos ancestros cazadores varones. Debe ser capaz de fijar la atención en un solo punto y también debe poder concentrarse en su sola tarea. Cuando un varón se dedica a la cocina y se convierte en un chef mundialmente aplaudido debe aplicar partes de su cerebro que brindan habilidades conquistadas por las mujeres que nos precedieron hace millones de años. Debe poder poner atención a la múltiple cantidad de ingredientes que va a usar, cada uno con características propias y debe poder atender acciones simultáneas para lograr que todos los alimentos que se servirán a la mesa estén listos en el momento en que serán consumidos.

Masculino, femenino, elementos de la conducta humana que aparecen en lo que hacen y viven tanto hombres como mujeres. Se me ocurre ponerlos en el espejo del arquetipo de los héroes y las heroínas.

Una heroína mujer que se comportaba de forma masculina podría ser Juana de Arco. Unas voces que oía, que venían de su interior quizás fueron elementos femeninos de ella, pero el ponerse al frente de un ejército y dirigir una batalla es el lado masculino de su conducta. Una conducta que chocó a tal punto a los varones que la juzgaron la condenaron a la hoguera. Si hubiera sido varón la habrían ascendido a general de división.

Un varón que se ha desempeñado de manera particularmente femenina usando cuanta artimaña y retorcijón político podía haber a su alcance ha sido Raoul Wallenberg. Es poco conocido porque los varones que muchas veces escriben la historia se deleitan más en contar las hazañas de los generales de división de su época. Wallenberg era sueco y no era militar. Trabajó como diplomático y no era diplomático. Abandonó todo lo que le era familiar, incluso su profesión de arquitecto y se dedicó a salvar vidas de personas perseguidas y condenadas al exterminio. A mí me parece que era uno de los más extraordinarios héroes

de la humanidad entera, pero siendo varón se dedicó a la muy femenina tarea de resguardar la vida, de proteger a niños, hombres y mujeres, no a tirarles bombas ni granadas de mano ni sembrar minas en su paso, cosa que hacen los que buscan conquistar imperios y aumentar su poderío.

Otro ejemplo. Una mujer que se distinguió por la aplicación de segmentos de nuestras mentes desarrolladas por actividades masculinas. Una mujer que ha observado, razonado, se ha concentrado y con infalible lógica describió fenómenos de la física y de la química que le valieron dos premios Nóbel. Se llamaba Marie Sklodowska, pero la conocemos como Madame Curie, por el apellido de su marido, también físico y científico de renombre.

O un varón que practicó la no violencia, la resistencia pacífica, la práctica de la política que, aunque no se sometía, fue sumisa. Un varón que se comportó casi como mujer, que incluso tejía él mismo toda la ropa que usaba, que se privaba de comida como ejemplo para que hubiera lo suficiente para todos. Y que fue asesinado, como muchas mujeres, en forma artera. Lo llamaban Mahatma Gandhi.

Ya me entienden quienes me leen.

Lo femenino se manifiesta en la Madre Teresa.

Lo masculino aparece en la Señora Margaret Thatcher, la Dama de Hierro, primera ministra de Gran Bretaña que no tuvo ninguna duda en declarar la Guerra de las Malvinas.

Aparecen aspectos benévolos tanto en lo masculino como en lo femenino. Y aparecen aspectos nefastos en aspectos femeninos y también masculinos.

¿Y para qué tanta mención de estas cosas una y otra vez en mis notas? La razón de ello es llegar a entender que vivimos en una época de enorme desequilibrio. Insistir en esto no es cosa banal. El desequilibrio al que me refiero está en que las actividades humanas que proceden del fondo masculino prevalecen sobre las femeninas. Y las nefastas sobre las positivas.

Hay mucha más energía invertida en la violencia que en la no violencia. Mucha más en la acción armada que en la acción pacífica. Mucha más es la energía que vemos invertida en la búsqueda del poder que del conocimiento interior. Falta mucha inversión de energía en los sectores de protección del ser humano y su ambiente. Falta mucha inversión de energía en lograr equidad para lo femenino y lo masculino. Por eso existe muy poca equidad entre varones y mujeres.

Sabemos qué hay que hacer para remediar esto. Hay remedio. Es necesario disminuir el desequilibrio. Esto se puede lograr insistiendo en los aspectos femeninos positivos en nuestro interior y moderando los aspectos negativos de lo masculino. El cambio empieza en el interior del alma de cada uno de nosotros. En el interior de nuestras almas brilla la luz del futuro.

Estos que me parecen elementos masculinos o femeninos de la conducta humana aparecen en lo que hacen y viven tanto hombres como mujeres. Se me ocurre ponerlo en el espejo del arquetipo de los héroes y las heroínas.

Una heroína mujer que se comportaba de forma masculina podría ser Juana de Arco. Unas voces que oía, que venían de su interior quizás fueron elementos femeninos de ella, pero el ponerse al frente de un ejército y dirigir una batalla es el lado masculino de su conducta. Una conducta que chocó a tal punto a los varones que la juzgaron que la condenaron a la hoguera. Si hubiera sido varón la habrían ascendido a general de división.

Un varón que se ha desempeñado de manera particularmente femenina usando cuanta artimaña y retorcijón político podía haber a su alcance ha sido Raoul Wallenberg. Es poco conocido porque los varones que muchas veces escriben la historia se deleitan más en contar las hazañas de los generales de división

de su época. Wallenberg era sueco y no era militar. Trabajó como diplomático y no era diplomático. Abandonó todo lo que le era familiar, incluso su profesión de arquitecto y se dedicó a salvar vidas de personas perseguidas y condenadas al exterminio. A mí me parece que era uno de los más extraordinarios héroes de la humanidad entera, pero siendo varón se dedicó a la muy femenina tarea de resguardar la vida, de proteger a niños, hombres y mujeres, no a tirarles bombas ni granadas de mano ni sembrar minas en su paso, cosa que hacen lo que buscan conquistar imperios y aumentar su poderío.

Otro ejemplo. Una mujer que se distinguió por la aplicación de segmentos de nuestras mentes desarrolladas por actividades masculinas. Una mujer que ha observado, razonado, se ha concentrado y con infalible lógica describió fenómenos de la física y de la química que le valieron dos premios Nóbel. Se llamaba Marie Sklodowska, pero la conocemos como Madame Curie, por el apellido de su marido, también físico y científico de renombre.

O un varón que practicó la no violencia, la resistencia pacífica, la práctica de la política que, aunque no se sometía, fue sumisa. Un varón que se comportó casi como mujer, que incluso tejía él mismo toda la ropa que usaba, que se privaba de comida como ejemplo para que hubiera lo suficiente para todos. Y que fue asesinado, como muchas mujeres, en forma artera. Lo llamaban Mahatma Gandhi.

Ya me entienden quienes me leen.

Lo femenino se manifiesta en la Madre Teresa.

Lo masculino aparece en la Señora Margaret Thatcher, la Dama de Hierro, primera ministra de Gran Bretaña que no tuvo ninguna duda en declarar la Guerra de las Malvinas.

Aparecen aspectos benévolos tanto en lo masculino como en lo femenino. Y aparecen aspectos nefastos en aspectos femeninos y también masculinos.

¿Y para qué tanta mención de estas cosas una y otra vez en mis notas, semana tras semana? La razón de ello es llegar a

entender que vivimos en una época de enorme desequilibrio. Insistir en esto no es cosa banal. El desequilibrio al que me refiero está en que las actividades humanas que proceden del fondo masculino prevalecen sobre las femeninas. Y las nefastas sobre las positivas.

Hay mucha más energía invertida en la violencia que en la no violencia. Mucha más en la acción armada que en la acción pacífica. Mucha más es la energía que vemos invertida en la búsqueda del poder que del conocimiento interior. Falta mucha energía en los sectores de protección del ser humano y su ambiente. Falta mucha energía en lograr equidad para lo femenino y lo masculino, por eso existe muy poca equidad entre varones y mujeres.

Sabemos qué hay que hacer para remediar esto. Hay remedio. Es necesario disminuir el desequilibrio. Esto se puede lograr insistiendo en los aspectos femeninos positivos en nuestro interior y moderando los aspectos negativos de lo masculino. El cambio empieza en el interior del alma de cada uno de nosotros. En el interior de nuestras almas brilla la luz del futuro.

En una de mis lecturas me encuentro con la frase “El ser humano es una entidad total, completa”. “Contiene la contraparte de cada elemento singular”. En el caso de una mujer su parte consciente y dominante es o debiera ser femenina. Pero para que sea un ser humano completo debe desarrollar también sus capacidades masculinas. Si no lo hace, o no lo logra, queda simplemente en una entidad sexual.

Lo mismo si se nace varón. La parte consciente y dominante es o debiera ser masculina. Pero para que el varón sea un ser humano completo debe desarrollar también sus capacidades femeninas.

Las funciones femeninas están en el área de relacionarse con otras personas a través de todo un abanico de emociones como el amor, el atesorar a otros, el servicio, la amistad, la devoción, la necesidad. A esto se incluyen sus opuestos, el lado negativo de estas emociones como son el odio, el desprecio de otros, el no querer hacer cosas por otros, la carencia del impulso de amistad o devoción, el no querer necesitar a otros.

Las funciones masculinas son el impulso a conquistar el poder, la habilidad de formular o describir la experiencia de modo que ello lleve a entendimiento entre seres, el desarrollo de la mente y de la creatividad. Estas funciones también tienen lados negativos, como por ejemplo el llevar a impedir que haya consenso, el no querer desarrollar la mente, el desprecio de la creatividad.

Lo masculino abstrae, lo femenino tiende a hacer concretas las ideas y a hacerlas realidad en la vida diaria.

Si el varón sólo quiere expresar su impulso de conquistar el poder, pero no ama, no atesora a otros, es un ser incompleto.

Si la mujer, en sentido contrario, sólo se preocupa del amor, la devoción y la necesidad de otros y no puede formular o describir la experiencia vital ni puede comprender ideas abstractas, es también un ser humano incompleto.

Grave cosa todo esto, ¿verdad? Y asunto de fondo de todo intento de formación de los seres, sean adultos, adolescentes o que estén incluso en la primera infancia.

A la niñita le dan para jugar muñecas. Jugar con muñecas desarrolla la capacidad para vivir las emociones femeninas: amor, cuidado de otros, servicio, devoción. Pero si a la niña no le dan juguetes con los que puede construir un edificio o armar un autito y no se le leen cuentos para que desarrolle su fantasía, se le corta desde la primera infancia el desarrollo de su parte menos fuerte y menos consciente: su parte masculina.

El niño que sólo juega con autitos, con bloques para armar edificios o para construir cosas, sin darle algún juguete con que pueda desarrollar la ternura, el amor, el cuidado de otros

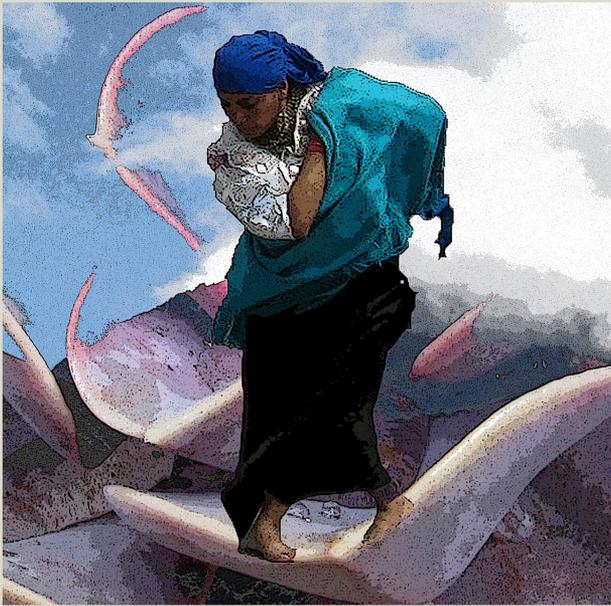
seres, se desarrollará en un ser incompleto y potencialmente dañino para la sociedad. Qué decir de juguetes que estimulan las fantasías de poder. Son imprescindibles para los varones, pero también pueden ser útiles para las niñas, siempre que sean imágenes que ellas puedan absorber. Héroes para él, heroínas para ella. Incluir juguetes suaves, blandos, tiernos para él, y otros que obliguen a entender cómo se construye algo, para ella.

Aprendí de un biólogo la noción de que la naturaleza busca en todo el equilibrio. En nuestras almas logramos el equilibrio cuando podemos juntar los opuestos. Unir lo femenino a lo masculino, reflejo del primer momento de nuestra existencia cuando comienza la vida. Unirse amando. Unir los opuestos para formar una nueva armonía. Armonía que se da cuando el polen masculino encuentra el elemento femenino en la flor; cuando el elemento masculino encuentra el femenino dentro del vientre de una mujer. Cada uno solo, muere. Unidos, amándose, forman vida.

Para que podamos seguir existiendo es necesario desarrollar los elementos masculinos y femeninos de los varones y los elementos femeninos y masculinos de las mujeres. Confiar el cuidado de los otros a varones y dar poder a mujeres. Todos conjuntamente formamos una unidad mayor, la sociedad. Si en la sociedad sus componentes no son seres completos, la sociedad va a presentar los síntomas del desequilibrio. Los que componen la sociedad, si no son seres completos y, por ejemplo, están en el poder, pueden causar una catástrofe para sus coetáneos. Si siendo mujeres sólo son elementos de lo sexual, sucede otro tanto.

Así en nuestra conducta. Necesitamos unir, incorporar, traer a la conciencia los elementos opuestos que están presentes, aunque ocultos, las energías opuestas que viven en nuestras almas. Los varones deben desarrollar sus ocultos elementos femeninos. Las mujeres sus escondidos elementos masculinos. Elementos contrarios, para formar el equilibrio y lograr que la vida fructifique. Cada ser humano que conjunte dentro de sí, en equilibrio, los opuestos será un ser humano completo y un elemento que dará vida a la sociedad, en vez de precipitarla

al vacío y al aniquilamiento. Buscamos elevar los valores que son los portadores de la vida. Buscamos el equilibrio entre lo masculino y lo femenino.



LA VENERACIÓN

Viviendo en el bello Valle de Oaxaca una parte ya considerable de vida, observo que, entre las fiestas mayores y por cierto más celebradas por todos sus habitantes, están aquellas que corresponden a la veneración de entidades femeninas. Vienen a la mente rápidamente: El Día de la Madre, el Día de Muertos, los días de la Virgen de Juquila o la Virgen de Guadalupe y la plétora de días que acompañan la celebración de la Navidad, incluyendo las Posadas y la fiesta de los Reyes Magos, con calendas, velas, flores, niños vestidos de coloridos trajes, e interminable número de comidas y bebidas especiales que llenan los ojos y acarician las papilas gustatorias y el paladar.

Hablo de veneración porque me es obvio que se trata de ceremonias y festividades que se refieren a lugares muy hondos del alma humana. Celebraciones que tienen fines muy específicos de conexión.

Con el Día de la Madre recordamos nuestro origen y podemos incluso meditar —dado el caso que tengamos la vocación para ello— sobre las razones y motivos de nuestra propia existencia. Esta existencia nuestra la agradecemos honrando la presencia femenina más cercana a nuestra vida que es nuestra madre física. En las otras festividades celebramos a una Madre Mayor, a la madre de todas las madres. Es el caso de nuestra Madre Muerte, que es nuestro destino y punto de descanso, así como también fue la fuente de vida y su origen.

En los peregrinajes se percibe la expresión íntima de devoción mexicana. En Oaxaca la peregrinación más popular y numerosa se realiza a principios de diciembre al pueblo de Juquila donde se venera una diminuta imagen en medio del fervor palpable. En la ciudad de Oaxaca es muy visitada la iglesia de la Virgen de la Soledad. Cerca de la Ciudad de México el santuario de la Virgen de Guadalupe atrae el 12 de diciembre, a millones de peregrinos. Santuarios menores de esta manifestación muy mexicana son visitados por cantidades muy numerosas de devotos. En todos estos lugares los asistentes expresan sus anhelos de vida.

Al visitar Juquila llama la atención que antes de llegar al templo que es el centro mismo del peregrinaje los visitantes se detienen en un lugar llamado El Pedimento. Hay lugares de pedimento muy diversos y en todos ellos se practica el dar forma visual a los anhelos y deseos. Es un modo de expresión muy poderosa de lo que guardamos como preocupación en lo más recóndito de nuestras almas. Me ha tocado ir a un sitio así hace muchos años. Era un tiempo en que yo tenía mucha necesidad de tener una casa. Siguiendo el ejemplo de los que ahí estaban, subí en una colina a una zona donde sobre una enorme roca se hacían pequeñas esculturas de piedras representando lo deseado. Yo hice ahí una pequeña casa de piedra. Como el impulso para las peticiones es de fondo tan hondo, en general da lugar a que se realice el deseo, lo que da mucho que agradecer. Estos ritos llevan a mantener una relación íntima con la energía femenina que se evoca con actos y gestos rituales.

No es cosa trivial todo esto. La energía femenina de la que hablo, que anima a varones y mujeres por igual (porque nacemos todos de mujer), es lo que se esconde como fuerza vital tras todo lo que nos rodea, todo lo que nos alimenta, todo lo que nos destruye y nos construye. No es trivial evocar esta energía ni es deleznable el tratar de protegerla en sus momentos de fragilidad como es el caso de los rituales relacionados con las Posadas. Estas son ceremonias en que se evoca a las personas de María y José en busca de un lugar para que ella pudiera dar a luz. Se celebra durante días y las casas se turnan en ser lugares en que estos peregrinos ahora ya míticos encuentran abrigo y reposo. Dar casa a la fuerza femenina fértil y portadora de la figura de la salvación es el modo mismo en que los devotos dan cobijo a la fuerza interior femenina que mora dentro del interior más recóndito de sus almas.

La Navidad misma, que reúne en sí las esencias de la posibilidad de nueva vida, nueva luz, nueva esperanza y la semilla de la salvación de la humanidad, es reflejo de la antiquísima veneración de la energía femenina, anterior a la posibilidad de expresión que ahora tenemos, y que incluso ahora late con toda la fuerza del primer despertar al misterio de la vida.

En un programa sobre astrónomos vi que con novísimas herramientas estudian la posibilidad de la existencia de planetas girando en torno a otras estrellas similares a nuestro sol. Se hablaba de la posibilidad de mudanza a esos lugares que por el momento ni sabemos que existen ni mucho menos los hemos podido hallar.

La mudanza no es mala idea. Pero creo que hay que hacerla aquí mismo. Vivimos ya, somos seres vivos, estamos en un planeta cuyas condiciones se han desarrollado hasta darnos la posibilidad de vida. Se llama Tierra, y es nuestra madre. Tiene en sí todas las energías que puede ofrecer la materia (palabra cuya raíz es la misma que la de “madre”). Y las tiene enfocadas en la posibilidad de darnos vida. Quizás sea esta Tierra la Virgen que anda preñada de vida que es nuestra salvación, buscando posada ideal en los días singulares cada vez más cortos del año, justo en el tiempo en que nuestro planeta llega en su viaje alrededor de nuestro sol al punto en que los días se harán más largos, lo que hará posible la vuelta de otra estación de lluvias, otro periodo fértil.

Tenemos la oportunidad de mudarnos a una Tierra amable y llena de vida, con tal que logremos el Gran Cambio en nuestro interior. El Cambio que haga que nuestra preocupación sea dar posada a la vida y no a nuestro capricho que puede causar muerte y destrucción.

Somos muchos. El Gran Cambio que vamos construyendo en nuestro interior al comenzar a preocuparnos de nuestra Madre, la Tierra, nuestra Madre, la Vida —por lo mismo que somos muchos los que nos empecinamos en ello—, va a llegar, va a suceder. Va a nacer una vida nueva, va a llegar nuestra salvación, porque en nuestro mayor Pedimento lo imaginamos, lo anhelamos y lo hacemos posible, usando la inmensísima energía femenina que mora en todos nosotros.

BRUJAS

Me entero, leyendo un libro sobre la historia de las mujeres que en la Grecia antigua se separaba minuciosamente a las mujeres de los varones y no se les permitía participar en cosas de gobierno ni en trabajos que no fueran —como me tocó oírlos nombrar tres mil años más tarde, en mi adolescencia en Buenos Aires—, “labores del sexo”.

Asocio esto con la situación de las mujeres viejas consideradas como brujas. Ésta difiere de la situación de las mujeres en la cultura griega. Se cuenta que los varones de la Grecia antigua acudían a las mujeres en muchas áreas de la vida religiosa, áreas que no cubría su apego al “logos” y en los que se sentían sin embargo afectados. Lo misterioso, lo inexplicable, lo que no abarcaba el escrutinio de la razón, era asunto de mujeres.

Los griegos no quemaban, que yo sepa, a sus mujeres, fueran jóvenes o viejas. Sólo en tiempos más recientes se consideraba temible la actividad femenina en las áreas tenebrosas de la mente humana. Es el temor lo que producía la agresividad contra las mujeres hasta el punto de someterlas a torturas antes de llevarlas a la hoguera. Ese temor persiste, y la violencia contra las mujeres continúa, ahora en forma de palizas, torturas y asesinatos que dejaron de ser tan manifiestos y se llevan a cabo más en privado.

LA MULTITAREA

El cereal del desayuno necesita hervir diez minutos a fuego lento. Esto me da tiempo para peinarme y ponerme la blusa. De paso abro la computadora y la ajusto para bajar el correo. Atiendo el teléfono que suena. Recojo del piso los papeles que se cayeron cuando pasé al lado de la mesa demasiado rápido y los rocé con mi falda. Pienso que sería mejor que me hubiera puesto mis *jeans*. Suena el *timer*; corro a quitar del fuego la olla del cereal.

Multitasking es como llaman en inglés la voluntad de realizar tareas múltiples. Hablamos de la habilidad y disponibilidad — creo que principalmente en las mujeres—, de hacer más de una cosa a la vez. Se quiere demostrar que se tiene tiempo para todo, que se puede hacer “lo propio” junto con las tareas que se asume para con los otros, que se va a poder trabajar, además de atender la casa, hacer las compras, cuidar los hijos, hacer componer el auto, palear la nieve, escribir cartas, y además presentarse con aspecto sexy.

Así hasta el momento de frenesí y el consecuente colapso y la enfermedad en que se decide: no hacer más de una tarea, limitarse a hacer exactamente una cosa a la vez. ¿El resultado? Un ánimo pacífico, un estado mental calmo, una visión más luminosa del mundo. Y, claro, muchas menos cosas hechas. Pero el estado de felicidad, el sueño profundo y reparador son el premio. De hecho, lo que se hace, se hace bien.

Este es un momento de cambio, hay que anotar la fecha. Porque haciendo una sola cosa por vez, se hará mejor. Y aunque cueste acostumbrarse a ello importa en todo caso tener presente la decisión. Mal que mal puede salvar la vida, si se considera el momento del colapso.

Las mujeres pueden hacer conciencia de que toda su vida han hecho más de una cosa a la vez y que ello las mantiene siempre en estado de angustia. El Dr. Selye (no sé si escribo correctamente su nombre), fue ganador de un Nóbel, y

tenía como teoría que el estrés es algo que *necesitamos* los seres humanos. Mantenía que sin estrés languidecemos y perecemos. Seguramente tenía fundadas razones para haber dicho esto, pero creo que una sola tarea provee el suficiente estrés la mayor parte de las veces y que la multiplicidad de tareas simultáneas, además del estrés, deja en estado más bien de angustia, de ansiedad enfermiza.

LA MUJER Y EL HONOR

Leo con dificultad y fruición otro tomo de historia de las mujeres. Esto de separar el estudio de historia por género es un concepto nuevo. La dificultad de la lectura está en que no todos los autores escriben bien. Los capítulos están reunidos no por la habilidad literaria de sus autores sino porque escriben sobre temas esenciales que son su especialidad. La fruición está en que los textos son fascinantes. Con excepción de unos libros que vislumbré en la Metro Toronto Reference Library, no he encontrado hasta ahora material sobre este tema. De hecho, la mayor parte de las investigaciones son muy recientes, y la bibliografía sobre el conjunto de sus aspectos no va más atrás de los últimos veinticinco años.

Soy muy afortunada porque me toca vivir en un tiempo de gran cambio en el pensamiento y esto me sucede cuando aún no soy demasiado anciana para asimilarlo. Yo misma sufro cambios constantes en mi horizonte con las lecturas que me toca hacer. Hay examen de elementos que nunca antes se han considerado y a pesar de que la mayoría de los autores historiadores son todavía varones, su enfoque se dirige a la problemática de las mujeres, asunto que frecuentemente debe analizarse basándose en corolarios de historias en que el papel principal lo llevan varones, o usando análisis de pleitos, persecuciones y dudas de varones que escribieron antaño. De hecho, hay muy poco material antiguo en la voz de las mujeres. Hasta ahora la historia ha sido escrita por varones.

Algunas escritoras feministas, sobre todo estadounidenses, han llamado nuestra atención sobre esto, y ahora, pasadas las primeras olas de actividad de política feminista, se observa un interés creciente en el análisis de la historia vista desde el ángulo de las mujeres, o analizada desde la visión del papel de la mujer en esto o aquello.

Para llegar a esta etapa ha tenido que ser reconocida la existencia de la mujer como entidad separada del varón y no como apéndice o propiedad de éste.

En esto de la propiedad me topo con la realidad que me rodea, un mundo, el del sureste de México, en que todavía rigen los cánones de conducta que en muchos países ya se han abandonado. Hay un sector de la sociedad indígena de aquí en que una mujer no puede andar sola, va siempre acompañada de otra mujer o de un hijo o hija. El hijo, por ser varón, es quien decide qué debe hacer su madre, aún en el caso en que es muy menor de edad. Me ha tocado observar a un niño de seis años decidir cuándo y cómo su madre debía volver a su casa. En su esquema él obviamente es el representante de su padre, de un padre que domina y posee en forma total y autocrática la conducta de su mujer. Se trata aquí de proteger lo que se llama “el honor” de la mujer, lo que tiene que ver estrictamente con quién es poseedor del factor genético que ella lleva en sí, ya que sólo se la considera interesante e importante en cuanto receptora del semen del hombre y productora de sus hijos. La mujer es parte de la propiedad del varón, y su “honor” garantiza que los hijos que nacen de ella son hijos de su marido. Esto me hace recordar que mi padre, con no poco cinismo me decía que en la tradición de los judíos la condición de ser judío se hereda de la madre porque, según decía, “Es lo único seguro”. La criatura sale visiblemente de entre las piernas de la mujer y no siempre se sabe de entre las piernas de quien entró a ser concebido.

Según algunas teorías todo esto procede del tiempo en que se comienza a producir excedentes agrícolas, es decir se puede cultivar más de lo que estrictamente se necesita para sobrevivir, con lo cual se produce riqueza, se fundan ciudades e imperios, se diversifican las profesiones y se establece el patriarcado.

Para el varón de este sistema, su propiedad, sean tierras, castillos, animales o mujeres, debe ser cuidada y protegida para poder ser transmitida a sus descendientes y nada más que a éstos. Las propiedades son el capital del varón, y por ello el “honor” de la mujer —esencialmente honor de hombre—, es también parte de este capital. Con ello se da la idea de que el honor es un concepto, uno de muchos, atado a la idea del capitalismo.

A medida que van cambiando las cosas, nos damos cuenta de que el honor de los varones no está entre las piernas de las mujeres. El viraje hacia un pensamiento que incorpora ideales feministas y conceptos esencialmente femeninos está cambiando el esquema corpóreo. Cuando la mujer se hace dueña de su sexualidad —cosa ferozmente resistida por algunas culturas—, el locus de su honor cambia a las porciones de su cuerpo que están representados por su pecho o su cabeza. La mujer, de repente, adquiere honor sensorial, honor intelectual, honor espiritual, todos conectados a su libertad de manejarse como entiende necesario. Cuando la sexualidad de la mujer deja de ser capital de varones, todo el mundo cultural cambia y se transforma. La mujer de repente se hace persona, entidad que puede legalmente llegar a sus decisiones y puede manejar sus bienes. Este cambio, lento, pero constante, está modificando las sociedades, a pesar de la tremenda resistencia a ello.

Si el capital no incluye a la sexualidad entonces su esencia también cambia. Por ello si yo soy capitalista convencido, y sobre todo si soy varón pensante, este hecho me tiene que tener completamente aterrado; es el caso.

En las sociedades en que este proceso está más avanzado (porque en ninguna que conozco está completo), los varones saben que pueden sobrevivir como tales este cataclismo. Pero en las sociedades como la de los indígenas del sureste de México, este paso está por darse. Y porque en el grupo humano al que me refiero la mujer es de propiedad del varón, sea padre, marido, hermano o hijo de ella, su autoestima es casi nula, y por ello es nula su capacidad de decisión. La mujer se convierte en sirviente y comodín para todo servicio dentro de la familia, la oficina, la vida política y todos los aspectos de la vida social.

Para que la mujer pueda conquistar su autoestima, necesariamente tiene que cambiar su relación con su sexualidad y con su pensamiento mismo. Todo el esquema social que la rodea está estructurado para que esto le sea imposible. Se la trata, por ejemplo, como menos capaz en la escuela, como menos capaz de concebir lo espacial, como menos capaz de funcionar en equis profesión, como menos capaz de pensar, y como incapaz de opinar, o en todo caso, como a quien le

falta la pericia para ello. Y ¡claro que le falta!, puesto que no tiene ningún entrenamiento, en sociedades como esta, en que todavía se siguen los preceptos paulinos de que la mujer debe resguardar intacto el honor de su marido y no se la debe ver ni oír.

CLOROFILA

Leo en la enciclopedia que la clorofila es lo que da color a las plantas y lo que les permite llevar a cabo la fotosíntesis. Químicamente la clorofila contiene carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno y magnesio. La clorofila es muy parecida en su composición a la porción heme de la hemoglobina, excepto que la hemoglobina contiene hierro, en vez de magnesio. Ya se sabe: la hemoglobina es lo que da el color a nuestra sangre.

Me llama la atención que de alguna manera las plantas molidas producen una “sangre” que vemos verde y nosotros una sangre que vemos roja, y que ambos tienen compuestos parecidos. Sabemos sobradamente que hay banderas en que flamea orgullosamente ya sea el verde o el rojo.

Si la patria es lo que la bandera simboliza cuando lleva los colores de lo que es verde o rojo, podemos decir que estos colores son nuestra patria. Y porque en la naturaleza abunda lo que contiene verde o rojo, que son los colores de la sangre de todos los que habitamos este planeta (la sangre de todos los animales y todas las plantas con los que la compartimos), entonces es importante reiterar que tanto lo verde como lo rojo son nuestra patria. Como también nos lo hacen ver los descubrimientos de la genética, compartimos los seres vivos que habitamos el susodicho planeta todo lo que nos es esencial para la vida.

Nuestra sangre existe porque estamos vivos, y para vivir necesitamos comer, y para comer consumimos toda una cadena de alimentos que parten de las plantas de diversísima especie que son, aunque en parte, verdes. Para que nuestra roja sangre pueda sobrevivir, necesitamos todo lo que es verde. Necesitamos las hojas y las plantas que comemos para alimentarnos, y las necesitan para comer los animales que a nuestra vez comemos. No podemos vivir sin las plantas. No podemos vivir sin la vida que se ve verde alrededor nuestro. Los árboles que nos rodean producen oxígeno y consumen el dióxido de carbono que nosotros desechamos ¡ay!, en cantidades enormes. Todo está

conectado. En la vida nada es casual o por lo menos así estamos aprendiendo. La vida es como una enorme torre de naipes en la cual sacas uno y se derrumba toda. En los últimos decenios estamos descubriendo a través de las ciencias relacionadas a la biología que somos seres vivos conectados con todo lo vivo que puebla la tierra. Vemos nuestra subsistencia reflejada en la subsistencia de las mariposas, de la subsistencia de los pájaros, de todos los animales, y de todas las plantas; estamos descubriendo que compartimos la sangre, los genes, todo, con los otros seres, sean vegetales o animales. Cuando veo una hoja pienso: su sangre es casi igual a la mía. Cada hoja es mi hermana, mi madre, mi alimento, mi subsistencia.

ANIMISTAS

Era muy joven cuando oí por primera vez mención de culturas animistas. Me explicaron que se trataba de comunidades de personas en el África que creían que todo estaba animado, es decir, que, al igual que los seres humanos, todo tenía alma, incluyendo piedras, pastos, animales e insectos. Como me explicaban que los que esto creían eran salvajes y me indicaban que yo y mis maestros no lo éramos, esta información quedó mucho tiempo guardada en un cajón de fondo de mi memoria.

Ahora, con mayor información, reconozco que eso de “salvajes” es algo ficticio, un insulto incluso, que profieren quienes muy erradamente suponen ser más elevados o más sabios que otros seres humanos. En alguna medida, todos somos salvajes, fuera que eso existe, y todos podemos aspirar a alguna medida de sabiduría, al tiempo que eso no nos hará superiores a los demás.

En cuanto al animismo, vale la pena reconsiderar nuestros juicios peyorativos y veremos que en las comunidades africanas en que se practica, guardan los humanos intuiciones y conocimientos muy profundos.

Estamos aprendiendo que los componentes del universo, desde lo galáctico hasta lo microscópico están hechos de un número conocido y aprehensible de elementos. Lo que es más, estamos aprendiendo que los seres vivos estamos constituidos de los mismos componentes, es decir de combinaciones de elementos idénticos. Estamos aprendiendo que los componentes de seres vivos tales como bacterias, pastos, animales y seres humanos son los mismos. Nos enteramos de que los árboles y nosotros compartimos características en nuestros genes.

Cierto es que los árboles viven destinos distintos a los nuestros, estando, como están, por ejemplo, amarrados a vivir en un solo lugar de tierra, mientras nosotros podemos movernos. (Y a veces pienso, adónde irían corriendo los árboles si pudieran hacerlo, cuando se enteran de nuestras intenciones de tumbarlos...)

Sí estamos hechos de elementos distintos, sustancias para las cuales ahora tenemos nombres científicos y que quizás son lo que los animistas llaman alma. Habiendo plantado muchos árboles, noto incluso que cada uno tiene algún destino especial, distinto de otros que fueron plantados en el mismo tiempo y en espacios muy cercanos unos a otros. Observamos incluso que hay plantas que cuando sus dueños originales se mueren, también perecen, aunque haya otras personas tratando de cuidarlas. También se ha notado que las plantas gozan de ciertas músicas y prosperan mejor en ambientes donde pueden sentirlos. Noto también que mis dos perros tienen personalidades completamente diferentes. Ambos tienen sed de afecto, pero lo expresan de modo distinto, incluso producen ruidos diferentes. Uno de ellos abre la boca y produce sonidos como los seres humanos, es decir nos imita. ¡Falta que hable no más...!

Los animales que nos rodean viven, es decir están animados. Las plantas viven, están animadas. Incluso las piedras que dábamos por muertas, inertes, resulta que van cambiando con el paso de los milenios. Reaccionan a los elementos, se recombinan, forman cristales. De alguna manera están animadas.

La cultura de esos animistas de los que me hablaron cuando era joven, ¿en qué se diferenciaban de ésta en la que he vivido hasta ahora? En algo muy esencial.

Nuestra cultura es antropocéntrica. Antropos es palabra griega para hombre. Nuestra cultura todavía languidece bajo la plétora de ideas que hemos estado repitiendo y alimentando que profesa que el hombre es el centro de todo. Es dueño de todo. Es el que tiene poder sobre la Naturaleza. Esta noción está tan caduca como la que se guardaba y protegía a ultranza al decir que la Tierra era el centro del Universo. (Hace poco quien dijera que no era así, iba a la hoguera.)

En medio de la ruina y la decadencia de nuestra cultura van surgiendo ideas nuevas. Y creo que en ellas amanece poco a poco nuestra salvación. Somos pedazos y partes de un todo mucho mayor que nosotros. No somos superiores a las piedras

ni a los gusanos, ni a los pastos. Compartimos los mismos elementos, nuestra vida está hecha de las mismas sustancias, nuestro destino está inexorablemente amarrado al de todos los seres. Todos los componentes de nuestro planeta Tierra y ésta misma están conectadas, amarradas a la existencia del mismísimo Universo. Algo conecta todo, algo que todavía no logramos nombrar, pero que ya percibimos nubosamente. Hay algo que es santo, sagrado, uno, que todo lo une, algo en que vivimos y en que se desarrolla nuestro destino. No importa qué nombre se le dé, este algo lo penetra y lo domina todo. No es orden. Sabemos que vivimos en el caos. Es un impulso, un vigor, una fuerza que hace que todo sea especial, que hace que haya alma en las piedras, en el pasto, en los animales y en nosotros mismos. Tienen razón los animistas.



MAGIA Y ENERGÍA

En su libro *La Rama Dorada* James George Frazer considera superstición a la práctica de la magia y al pensamiento que rodea todo lo que denominamos mágico. Con visión decimonónica a la superstición la considera a su vez cosa de salvajes, de primitivos, a quienes percibe como inferiores. Las supersticiones y simbolismos de los occidentales los considera menos bárbaros, pero le parecen carecer de visión científica que él asume como propia y también preferible.

A un siglo del texto de Frazer, la interconexión entre realidades percibidas queda demostrada por la misma ciencia que él veía como salvaguardia contra la falacia de las supersticiones y (para él) falsas conexiones entre ideas en que la humanidad toda ha basado sus ritos y sus religiones durante un periodo larguísimo.

Las ideas interconectadas se consideraban sagradas en las religiones antiguas, razón por la que hicieron de ellas asunto de ritos. Estas interconexiones son similares a las ideas que estamos comenzando a percibir en lo que la ciencia nos va diciendo sobre la materia.

Parece que la materia es la misma, en proporciones variables, pero de esencia constante, en todo el universo, en lo micro y microcósmico. Parece también que, en lo microcósmico, según vemos en la genética y el estudio de los genomas, hay conexiones entre todos los entes animados y además los elementos de los que éstos están constituidos son los mismos que los que se observan en el plano macrocósmico.

Por la ciencia vemos que elementos como helio, hidrógeno, oxígeno, carbono, nitrógeno y otros se forman y se transforman en sus variaciones atómicas bajo las presiones de la energía y de las condiciones cósmicas, y vemos que parecen todos participar de formas que en el último análisis son universales y están conectadas.

Con afirmaciones de este tipo nos acercamos a conceptos de los cuales la magia es tan sólo precedente, presentimiento e intuición. La magia encierra sentimientos expresados en los niveles a los que el pensamiento de cada época anterior tenía acceso.

Y si contemplamos la unidad, la interconexión de todas las cosas que se nos están revelando, no podemos sino quedar tan perplejos y sobrecogidos como lo estaban los que antes manifestaban sus sentimientos con las prácticas mágicas.

Porque si todo está interconectado, si estamos formados por los mismos elementos materiales que los cometas, si somos genéticamente parientes de pastos, venados, conejos, serpientes y bacterias, ¿acaso no es tiempo de que cambiemos nuestra conducta y aprendamos nuevos modos de contemplar todo? ¿Será que vivimos en un vacío cultural y espiritual solamente porque estamos ciegos a la clara manifestación de la sacralidad? ¿Será que nuestro problema está en que nos sentimos separados de la unicidad, de la interconexión evidente de todo? ¿Será que esta separación estúpida es una costumbre, una parálisis a la que nos condiciona un pensamiento caduco? ¿Será que esta es la hora en que comienza una era en la cual debemos repensar todo?

Creo que la necesaria deconstrucción que fue un proceso de varias centurias en las que se examinaron los pensamientos ahora vacuos será remplazada por la elaboración de nuevas síntesis y que éstas vendrán de nuestros conocimientos aprendidos de los descubrimientos de la interconexión de la materia, interconexión que da la energía, misteriosa y universal y que es producida por ella.

Siento, como lo esbozo más arriba, que pensar en esta energía que todo lo conecta es posiblemente lo que más nos acerca a la idea de la magia, a la idea que es el fondo de todo sentir religioso, de todo ritual, lo que más nos acerca a lo trascendente.

LA MATERIA

Las palabras “materia” y “madre” vienen de la misma raíz. Anteriormente hablé de la necesidad de volver a evaluar la idea de lo femenino creando una paráfrasis, una frase imitando a otra que ya conocemos. La frase conocida es “Padre nuestro que estás en los cielos”. La frase creada a partir de ésta es “Madre nuestra que estás en la tierra”. Padre y madre van unidos para formar una unión de la que parte la vida. El padre que está en el cielo es venerable y venerado y la madre que está en la tierra debe ser venerada de igual manera para que de la unión de los dos surja la vida nueva.

Durante siglos hemos buscado la trascendencia a través del manejo de ideas unidas a la imagen del padre celestial. Es ahora tiempo de buscar la trascendencia a través del manejo de la materia, la madre terrenal, recordando que en ella está toda la energía que mantiene la vida. Si consideramos que la materia es venerable, la vamos a considerar como algo que se tiene que manejar con enorme cuidado. Dejamos de despreciarla. Dejamos de derrocharla. Dejamos de malgastarla. Hay ejemplos de esto.

Entre las materias, los elementos que necesitamos para nuestras vidas, para el funcionamiento de nuestro mundo, están las que nos dan energía. Hablemos del petróleo. El uso del petróleo se puede considerar trascendente si en su empleo pensamos en su origen. Nos viene de la tierra, nos viene de vidas pasadas mucho antes de la nuestra. Nos viene de materia orgánica, igual que nosotros. Si nosotros valemos, si tenemos significado, así también lo tiene el petróleo. Si usamos por ejemplo la gasolina pensando en que es parte de nuestra madre que está en la tierra, es parte de lo santo y sagrado, lo haremos con cuidado. Gastaremos lo mínimo. Usaremos sólo lo imprescindible. Emplearemos la gasolina como el boliviano que recuerda que su chicha procede de la tierra y derrama unas gotas al suelo para ofrecer algo de su deleite a la Pachamama. Si usamos la gasolina pensando en que es parte del cuerpo de la tierra que es sagrada y venerable, dejaremos de andar en autos

diseñados para transportar tres cuartos de tonelada de carga en terrenos inaccesibles, cuando de hecho sólo vamos a comprar algunos kilos de víveres a una tienda que está en alguna calle pavimentada. Derrochar la gasolina de esa forma es un ultraje a la tierra que es sagrada. Todos tenemos algo de culpa en esto. Malgastar la energía es ultrajar lo femenino que nos mantiene y alimenta.

Manifestamos también nuestra veneración de la tierra cuando manejamos sus frutos, los alimentos, de manera trascendente. Necesitamos comer, cierto. Pero sólo necesitamos comer lo que es imprescindible para nuestra vida diaria. Ni poco, ni mucho. Lo justo. No se trata de privarse. Pero servirse más comida de lo que se puede comer y dejar sobras en el plato, es violar el cuerpo de la tierra, es malgastar y despreciar sus frutos.

Manifestamos nuestra veneración de la tierra cuando usamos nuestra ropa en forma responsable. Necesitamos ropa, cierto. Que sea buena y bella, mejor. Pero es necesidad y falta de trascendencia tener más de lo necesario.

Ya ven hacia dónde voy.

Es necesaria la materia. Es imprescindible. Es irrenunciable para mantener la vida. Pero su uso puede ser asunto de crecimiento, de creatividad, de verdadera humanidad trascendente.

Se trata de unir al padre celestial, cuya veneración es cosa del espíritu, a la madre terrena, cuya veneración es cosa del cuerpo. El cuerpo es materia santa, la tierra es materia santa, los seres humanos sabemos sobradamente, hace milenios, que manejar la materia, el cuerpo, en forma espiritual y trascendente nos eleva, nos da vida. Si amamos la vida, amamos forzosamente la tierra que nos la da, el cuerpo que es el modo de transmisión de la vida terrenal.

Hay quienes proponen que elevarse hacia lo espiritual se logra a través de la negación del cuerpo y de la materia. Pienso que están errados. El acercamiento hacia todo lo material de modo venerante es elevador. Sentir que compartimos una misma

madre con pájaros, animales, aves, pastos, flores, árboles nos acerca a una idea de trascendencia. Si tenemos la misma madre que un árbol, tendremos, como lo hacen algunos, que pedirle perdón por derribarlo. Si entendemos que nuestro mueble procede del árbol que es hermano nuestro, los trataremos con cuidado, veneraremos al árbol del que fue hecho. Si comemos la carne de un ave con consideración y amor hacia su vida que es hermana de la nuestra propia, el mismo comer se convierte en un acto trascendente.

Somos hijos de la misma materia que la Luna y el Sol, la misma materia que las piedras bajo nuestros pies. Somos hijos de la misma materia que el petróleo que extraemos de la tierra. Somos hermanos de la gasolina, de la bencina. A ver cómo la cuidamos.

CAUSA Y EFECTO

Se da un problema. En una presa se nota una filtración. Ese es el síntoma del problema. Corremos a tapar el hoyito por el que se filtraba el agua. Atendimos el síntoma y así solucionamos el problema. ¿Será? Resulta que sí parece una solución —durante un rato—, pero al poco tiempo el agua se filtra de nuevo, esta vez con un chorro mucho más grande. Se ve con claridad que el hoyito que tapamos en primera instancia no era el problema de fondo, no era la causante real del problema, era su efecto.

Muy frecuentemente actuamos tapando hoyitos. Es mucho menos frecuente que busquemos la causa de un problema, eliminemos la causa y de ese modo cambiemos la situación al punto que el problema desaparezca.

Este ejemplo se puede aplicar a infinidad de cosas como el desempleo, el hambre, las enfermedades y el calentamiento global. Tapar el hoyito creado en cualquiera crisis tiene utilidad. Después de todo, si se trata de un problema mayor como es el caso del hambre, no se puede esperar a que cambien sus causas —cosa que puede ser a largo plazo— y así arriesgar que una población perezca.

El problema en que me estoy enfocando es el de la salud de nuestro planeta. Hay múltiples llamadas de atención por parte de científicos, investigadores y estudiosos de muchas disciplinas que nos insisten en que el planeta entero está en peligro de perecer. Plantas, animales, y entre éstos, nosotros, los humanos. El calentamiento de la atmósfera de la Tierra (que no es el único problema que existe en el campo de la ecología) es el síntoma de algo, es el efecto de algo. Nos dicen que la causa es que las actividades humanas producen demasiado dióxido de carbono, que éste queda aprisionado arriba de la atmósfera y que ello produce “el efecto invernadero”, es decir nos envuelve en una sábana de gas atrapado que impide que la Tierra respire y que así su excedente de calor se disperse en el espacio sideral.

La causa del calentamiento global, nos explican, es la acumulación de dióxido de carbono en los límites de la atmósfera. La solución es producir menos dióxido de carbono. O, si somos optimistas, eliminar por entero la parte de su producción que la naturaleza no puede absorber.

Ahora bien, si hasta ahora no se ha logrado avanzar en lograr esta solución ello se debe, nos dicen y lo entendemos, a que los seres humanos, que somos muchísimos, no logramos cambiar nuestro proceder, no cambiamos de actitud y el dióxido sigue acumulándose en cantidades catastróficas.

Esto se debe, a mi parecer, a que lo de la producción del dióxido no es la causa del problema. Es simplemente efecto del problema de más a fondo. El problema de más a fondo es que el pensamiento mismo de los humanos, el pensamiento que gobierna nuestras actividades es el que lleva a que produzcamos exceso de dióxido de carbono. Esto tiene que cambiar. Y lograr este cambio es una tarea muy grande, porque nuestra manera de vivir es producto de una gran cadena de modos de pensar que se han estado acumulando durante un periodo muy largo de nuestra presencia en el planeta.

Yo propongo que el problema de fondo es un problema de género. Y trataré de penetrarlo y hablar de ello en forma inteligible. Propongo que mientras los humanos no podamos encontrar un equilibrio entre los elementos masculino y femenino que gobiernan nuestro pensamiento y por ende nuestras acciones, no podremos solucionar los problemas que hemos creado en nuestro entorno. Propongo que el cambio que se necesita es nada menos que penetrar en las motivaciones del alma de cada ser humano.

No todos los seres podemos lograr esto a la vez, pero si hay un número suficiente de nosotros que puede cambiar, si hay lo que los físicos llaman “una masa crítica” de gente que cambia, el planeta se puede salvar. Para ello tienen que cambiar nuestras prioridades, tiene que cambiar el modo en que nos sentimos para con nosotros mismos y tiene que cambiar el modo en que interactuamos. La relación de cada uno de nosotros con el Otro, la manera en que esta relación se desarrolla, permea

obligadamente nuestro entorno. Lo que hacemos en cada lugar, lo que pensamos en cada momento, influye en todo lo que nos rodea.

Normalmente percibimos el mundo como algo que nos afecta desde fuera. El huracán destruye los edificios de la costa. La culpa la tiene el huracán. El agua inunda nuestras viviendas. La culpa la tiene el agua. Los que nos rodean nos hacen mal. Los que tienen culpa son nuestros vecinos. Todos son modos de pensar desde fuera hacia adentro.

La vida funciona de otra manera. Desde dentro hacia fuera. La solución está en nuestro interior y todos estamos capacitados para aplicarla y lograr salvar la vida del planeta y la nuestra propia.

EL GRAN CAMBIO³

La fuerza que anima el Universo ha creado muchas formas de existencia. Una de ellas es el planeta Tierra en que vivimos. En la Tierra esta misma fuerza ha creado muchas formas de vida. A la fuerza que anima estas formas y a sus criaturas la llamamos Naturaleza.

La Naturaleza no piensa, reacciona. La materia, que es una manifestación de la Naturaleza, reacciona. El agua cuando hace frío, se congela; cuando hace algo de calor corre líquida; cuando hace mucho calor se evapora. Reacciona a la temperatura que es la manifestación de la fuerza que la anima.

La fuerza de la Naturaleza que ha creado muchas formas de vida en infinitos experimentos y evoluciones, ha creado una que le ha salido distinta. Esa forma de vida somos nosotros los humanos. Somos parte integral de la Naturaleza, producto integral de su sistema operativo que es evolutivo y reactivo. Y somos los únicos seres en este planeta Tierra que en los eternos intentos de la Naturaleza hemos resultado distintos. Otros animales piensan, y reaccionan, como lo observamos, por ejemplo, en los chimpancés. Pero hay un asunto en que los seres humanos nos hemos separado de su tipo de pensamiento: nos hemos hecho conscientes de la muerte de los que componen nuestra especie. Nos ha conmovido la muerte de tal manera que hemos reaccionado a ella concibiendo ceremonias y cultos. Concebimos una posibilidad de magia. Concebimos religiones. Logramos usar nuestras mentes para que sean no tan sólo reactivos. Logramos desarrollar ideas. Logramos desarrollar artes. Logramos desarrollar ciencias. Logramos desarrollar elementos de pensamiento con los que intentamos entender. Este intento de entender, esta habilidad de llegar más allá de la reacción, a problemas para ubicar soluciones, es lo único que nos distingue del resto del gran movimiento creativo y es quizás la razón de nuestro existir.

³ Término usado por Joanna Macy (en inglés *The Great Turning*), en su artículo “Lo que significa vivir en una época de crisis y posibilidades globales”.

En esto de entender estamos apenas, a duras penas, asomando a algunos elementos de conocimiento. Hasta hace muy poco, ignorábamos gran parte de las cosas que nos ha revelado la actividad que hemos emprendido muy recientemente: la ciencia. La ciencia nos ha hecho entender lo que experimentábamos antes ciegamente. Hemos llegado a entender que estamos en un planeta. Hemos llegado a crear elementos que nos han permitido ver este planeta desde el espacio. Y hemos llegado al inicio de la comprensión de cómo este planeta vive, cómo se ha formado, cómo se ha desarrollado, cómo reacciona.

Entendemos incluso que cualquiera actividad de cualquier elemento del universo influye en alguna medida, aunque diminuta, sobre cada uno de sus componentes. Estas influencias pueden ser fuertísimas o muy sutiles. Sabemos que la actividad de la estrella que es nuestro sol y fuente de la energía que alimenta la vida en nuestro planeta tiene una fuerte influencia sobre lo que aquí sucede. Sabemos también que una fuerza tan sutil como un pensamiento puede causar cambios en los seres, a enormes distancias. Un simio en una isla rodeada de miles de kilómetros de océano logra entender una manera diferente de romper un coco y repentinamente otro simio en otra isla remotísima, sin hacer los miles de esfuerzos del primero, logra hacer lo mismo. El pensamiento también viaja, la energía que contiene también es activa.

Entendemos ahora los seres humanos que nuestra manera de vivir en el planeta Tierra influye sobre el modo en que reacciona la Naturaleza que la anima. Entendemos que somos parte de esa Naturaleza. Viene ahora el tiempo del Gran Cambio. El Gran Cambio sucede en eso que llamamos el interior de los seres humanos. El Gran Cambio es que los seres humanos logremos entender, individualmente, que cualquiera actividad nuestra, incluso nuestro pensamiento (las religiones nos lo advierten hace milenios: “pensamiento, palabra y obra”) influye sobre lo que le sucede a nuestro planeta Tierra. Cada ser humano puede hacer en sí un Gran Cambio. Ese cambio es entender que cualquiera cosa que hacemos, cualquiera manera en que manejamos lo que nos es dado, influye en todo lo que existe cerca y lejos de nosotros. Si bebemos un vaso

de agua de la jarra disminuimos el volumen del agua en ella y aumentamos su volumen en nuestros cuerpos. Nuestros cuerpos devuelven el agua que no necesitan y así cumplen un ciclo vital del uso del agua. Sabemos sin embargo que esa agua tiene que venir de alguna parte hasta nuestra jarra. Cuando encendemos una luz eléctrica, usamos energía. Esa energía procede de alguna parte. Para poder tener agua, la tenemos que sacar de alguna parte. Para producir la energía con que tenemos luz, la tenemos que sacar de alguna parte. Resulta que hasta hace poco teníamos la sensación de que podíamos sacar todo el agua que quisiéramos de las fuentes que encontramos en el planeta. Y suponíamos que podíamos sacar de su fuente toda la energía que quisiéramos para tener luz. Ahora sabemos que no es así. El agua se acaba. La fuente de energía cambia, se acaba. Y cada uno de nosotros, individualmente, tiene que hacer en sí un Gran Cambio para entender que somos parte de algo mayor que nuestras necesidades y caprichos y que tenemos la capacidad de colaborar con la Naturaleza en vez de explotarla. Somos muchos. Siete mil millones. Muchísimos. Si cada uno de nosotros logra el Gran Cambio en sí, lo compartirá con el resto de la humanidad. Y nuestra suerte en el planeta cambiará. Este es mi anhelo.

LA REVOLUCIÓN

Compartimos muchas cosas con otros seres, vertebrados como nosotros. Una de ellas es que ante un peligro reaccionamos de dos maneras: huida o ataque. Estamos ante algo que nos amenaza y huimos. O al presenciar una amenaza nos hacemos de ánimo, juntamos fuerzas y atacamos. Lo que nos amenaza podrá agarrarnos, si no huimos lo rápidamente que sea necesario o podremos vencerlo si lo hacemos sabiamente. Ante peligros grandes los humanos han encontrado que juntar fuerzas, actuar gregariamente, es decir en grupo, unidos por un propósito, se puede sobrevivir.

El mayor problema que nos amenaza es la extinción de la vida en nuestro planeta debido al deterioro del medio ambiente. Esto no es un chiste. Muchos seres vivos están desapareciendo diariamente, aunque no prestemos atención a ello. Especies enteras han desaparecido muy recientemente de forma irrecuperable. Especies de vegetales, de animales, de tierra y de mar. Si ellos desaparecen, puede que a nosotros también nos llegue nuestro turno. En todo caso hay indicios de ello. Por ejemplo, se producen sequías y erosión en lugares donde antes había vegetación o bosques y los seres humanos que ahí viven perecen de hambre.

Ante este tipo de amenaza se puede recurrir a la huida. Una forma de ello es el que proponen los que piensan que yendo a algún otro planeta podremos establecer formas de vida que nos salven. Las dificultades para ello son enormes, pero hay incluso millonarios que ya juegan con la idea practicando el turismo espacial. Menos costoso como huida es la migración, que también causa grandes problemas.

Más interesante es el otro modo de enfrentar la amenaza: Atacar el problema. Sabemos que gran parte del deterioro del ambiente en que vivimos lo causamos nosotros mismos, los seres humanos. Y porque los seres humanos somos capaces de pensar, de meditar, podemos también cambiar de actitud, podemos decidirnos a cambiar nuestro proceder y podemos

salvar el medio ambiente de nuestro planeta. De que vale la pena, no cabe duda, no hay otro planeta en el que podamos vivir, aunque lo soñemos, aunque vayamos en excursiones a la Luna, aunque busquemos lugares de repuesto en el espacio sideral. Mejor entonces es quedarnos, enfrentar el problema en casa y resolverlo.

No hay que hacerse de ilusiones. La cosa no es fácil. Salvar el medio ambiente de nuestro planeta requiere la mayor revolución que ha conocido la humanidad. Nunca ha habido tanta urgencia en cambiar de pensamiento, pero tampoco ha habido nunca tanta energía disponible para hacerlo. Somos muchos, muchísimos millones de seres humanos en un planeta que de hecho hemos invadido en todos sus rincones. Pero como somos seres pensantes, y porque somos gregarios, podemos llegar a producir la revolución que necesitamos. Una revolución en nuestro pensamiento mismo, en la totalidad de nuestra conducta.

Está al alcance de nuestra mano la información de lo que sucede en todos los aspectos de la vida, la multiplicación de nuestra especie, la contaminación producida por nuestras actividades, el deterioro de los suelos y del agua por el manejo indebido y la sobreexplotación. Nuestras actividades, es evidente, están produciendo el cambio climático debido a que se sobrecalientan el aire y los mares. Nuestras actividades, es evidente, están produciendo la falta de agua para uso diario y para nuestra sed.

La información que tenemos también nos indica qué remedios podemos aplicar para detener la catástrofe. Pero la revolución que ello implica lo podremos producir sólo si una parte muy importante de la humanidad se da a la tarea de ello. Las costumbres que tenemos y que gobiernan nuestros actos tendrán que cambiar. Las preferencias que tenemos tendrán que ser abandonadas para adoptar otras que puedan sustentar el cambio en bien de todos. Creo que todo lo que forma nuestras culturas, nuestra civilización misma estará cambiado a muy breve plazo. Si no, no vamos a sobrevivir. Los niños, los jóvenes que vienen en las generaciones que siguen a la nuestra ya reclaman, ya actúan.

Si nosotros logramos cambiar a tiempo, no estaremos enfrentando el odio y el desprecio de los que heredan una Tierra enferma por nuestros caprichos. No hay tiempo que perder, debemos actuar en todos los niveles. Podemos empezar por examinar nuestra vida diaria y ver qué podemos modificar para dar ímpetu a la revolución que buscamos producir. Podemos formar grupos para fortalecer nuestra determinación, para obtener consensos, para buscar una vida que favorezca la vida y que evite la muerte de más especies en nuestra Tierra y evitar la muerte de nuestra propia especie. ¡Sí, se puede!

A MI MANERA

Usé la palabra “revolución” para hablar de cambio total y radical, la transformación completa en nuestro pensamiento y acciones que es necesario lograr para salvar la vida en el planeta. Iniciaba mi comentario diciendo que tiene que haber un nuevo enfoque de lo masculino y lo femenino, considerados como género, no en su expresión sexual en las personas. Uno de los ejemplos que ya he dado es el mal llevado impetu masculino “aplicado al concepto de autoridad vertical de quién tiene más poder sobre sus conciudadanos o humanos que lo rodean, quién puede imponer su criterio, manejar mejor la energía de sus subalternos, tener más influencia sobre otros”. Hablamos aquí de un asunto que expresa la canción que pusiera en boga por primera vez Frank Sinatra y que en su versión castellana se ha hecho muy popular.

Se puede hablar de este impulso desde muchos ángulos. Desde el punto de vista de la política internacional se ha dado durante decenios que un país se viera en la situación de que otro, más poderoso, pretendiera decir e incluso imponer cómo conviene proceder “a su manera” tanto en asuntos de política interna como la economía y hasta la cultura. Esto ha creado una gran animosidad de los países a los que se quería imponer un criterio contra el país poderoso.

También se da el caso de que quienes están en el poder llevan a cabo trabajos “a su manera”, invierten en dinero público de modo que resulta una imposición porque no preguntan a sus constituyentes qué les parece que fuera conveniente hacer, sino que imponen su criterio. La respuesta de los ciudadanos resulta en una gran resistencia contra una autoridad de esta índole.

En el nivel familiar un padre o una madre impone su criterio para que se realice tal o cual actividad referente a la vida doméstica “a su manera”, sin consultar la opinión de quienes se encuentran bajo su autoridad. Los miembros de una tal familia no pueden sino resentir que se les imponga el criterio de la

persona más poderosa y van a reaccionar con resistencia, sea en el nivel consciente o en el inconsciente.

La defensa, mental y física es que cuando los seres vivos (y nosotros lo somos) se enfrentan a un elemento que los violenta, un elemento negativo, reaccionan de forma igualmente negativa. A la violencia de imponer “mi manera” sobre otros seres, sin duda vendrá una reacción violenta, consciente o no, de modo que se va a crear un ambiente negativo, de energía malgastada e incluso inútil.

La reacción violenta consciente contra la imposición de la autoridad la conocemos todos: gritos, bloqueos, palos y hasta muerte. O, a pesar de ruegos, leyes, propaganda sin término: votos en blanco o abstencionismo ante la posibilidad del voto.

La reacción violenta no consciente es la de mi hermana que se siente violentada porque le he querido imponer algo. No dice nada de la violencia que siente (que sería la manera consciente de obrar) y a veces ni lo piensa, pero rompe “sin querer” (que es también “a su manera”) mi taza favorita.

La violencia que se ejerce para imponer “su manera” y la reacción que a ella estamos acostumbrados a ejercer funcionan dando un entorno negativo. La violencia para imponer un criterio no produce buena voluntad y sin buena voluntad no hay posibilidad de hacer trabajar la energía positiva. Tiene que cambiar el modo en que manejan el poder los que lo tienen. Para ello hace falta la ya muy mentada “revolución, el cambio total y radical, la transformación completa en nuestro pensamiento y acciones”.

El que tiene poder, si lo maneja con sabiduría, puede dejar que esa fuerza suya se multiplique y se aplique en forma positiva. El manejo sabio del poder es por medio del consenso. Si el país poderoso considera al que lo es menos como igual en lograr decisiones, y consulta con el otro cómo convendría manejar su realidad, si cede en su “manera” y toma conciencia de la “manera” del otro, va a lograr que se produzca el consenso. Lo mismo en todos los niveles. Si el padre en vez de imponer su voluntad sobre el hijo consulta cuál sería su “manera” de

proceder, podrá llegar a un consenso y así aplicar energía positiva en vez de la opuesta.

Si los seres humanos llegamos a consensos, nos volvemos todos verdaderamente poderosos y logramos mover montañas. Es decir, el poder, si se maneja en forma conjunta, por consenso, es, valga la redundancia, más poderoso. Y el poder que necesitamos para salvar la Tierra, para cambiar nuestro entorno es de dimensión mayúscula, dado que el problema que enfrentamos es inmenso y la urgencia de resolverlo es total.



SOBRE LA MODERNIDAD Y EL BARROCO

La Reforma que ha producido las religiones protestantes lleva a un pensamiento moderno, que es el que prima en Canadá, nos dice Alberto Ruy Sánchez, en una nota que escribe para una publicación sobre periodismo literario en Banff. Alberto Ruy Sánchez también nos señala que en el mundo latinoamericano predomina el pensamiento que deriva del Barroco que considera la realidad como algo multifacético.

El caso es que el pensamiento que emerge como consecuencia de la Reforma protestante podría tener como símil la línea recta, que es la distancia más corta entre dos puntos. En el diseño que usaría como símil del Barroco, que deriva de la Contrarreforma, no se vería el mismo tipo de línea para representar una distancia entre dos puntos. Sería más bien una línea que culebrea por la página, va y viene y define la lejanía como algo imposible de abarcar o como algo variable, cuando la curva retorna a su punto de partida y con una graciosa vuelta intenta anular la distancia.

Puedo ilustrar este asunto con una anécdota: Voy a buscar la renovación de mi licencia para conducir; fracaso en el examen escrito, porque no doy las respuestas que me son requeridas. Me preguntan, por ejemplo, en qué circunstancia puede un policía darme una nota que cause una multa debida a la infracción. Por estar educada en el pensamiento moderno, yo creo entender que me preguntan cuáles son las cosas prohibidas que yo tengo que evitar para no ser multada. Pongo como ejemplo que es un delito pasarse el signo del alto, o excederse en la velocidad. Me explican que no conozco las reglas, que no estoy calificada para que se me renueve mi licencia para conducir.

Como llevo ya cincuenta y tres años manejando, encuentro que esto es absurdo y voy a reclamar donde el Jefe de Tránsito del Estado. El Jefe no está y su secretaria, muy solícita, me

pregunta cuál es mi problema. Le explico que es absurdo que se diga que no es un delito pasarse el signo del alto, y le muestro mi examen donde ella ve mi respuesta escrita y diagnostica que de hecho no he respondido correctamente, y que es correcto que no pueda tener mi licencia para conducir. Le digo, “¿Pero acaso está bien pasarse el signo del alto?” A lo que ella me responde, “¿Y si nadie la ve?”

Yo interpreto —partiendo de mi mentalidad educada en los principios de la modernidad—, que ella me está diciendo que está bien delinquir, si nadie me ve. Esto me parece absurdo y cuando veo a un amigo de antiguo arraigo mexicano le cuento el hecho, como la broma más divertida.

Mi amigo, educado en el pensamiento barroco, me dice simplemente: “La secretaria te estaba indicando en qué punto estaba tu error al responder la pregunta.” Entonces, tratando de entender su razonamiento, me doy cuenta de que lo que la secretaria me estaba diciendo no era que fuera correcto pasarse el signo del alto, sino que la respuesta correcta era que para que el policía me pasara la nota de la infracción debía él mismo ver que yo hacía el tal delito. Es decir, sí habría delito, pero no se podría tener que pagar sus consecuencias, a menos que hubiera un policía que lo presenciara y que estuviera con la disposición y la capacidad de pasarme la nota de la infracción. Esa es la situación aquí en México.

En Canadá, donde la ley está basada en la modernidad y no en el barroco, está prohibido pasarse el signo del alto y casi todas las veces que una lo hace aparece un policía, una no sabe de dónde, y en forma inflexible, insobornable y correcta le pasa una nota sobre la infracción, los días en que puede pagarla, y las horas en que una puede acudir frente a un juez para alegar su inocencia. Y si decido no pagar y acudir a la corte, el mismo policía estará presente ante el juez, para alegar él su caso y yo el mío.

El resultado de todo esto es que en Canadá nos cuidamos mucho de no pasarnos el signo del alto ni excedernos en la velocidad y en México, en veinte años de recorrer carreteras todavía nadie me ha pasado una nota de infracción a ninguna

de estas leyes de tránsito. No puedo asegurarles que haya sido porque no he delinquido.

LA SECA Y LOS INCENDIOS

Abril en la Hungría de mi infancia era el mes en que comenzaba la primavera, el mes en que brotaban las flores en los castaños y las acacias, y también el tiempo en que en las calles se vendían órganos, flores que siempre me han gustado mucho.

En Toronto el mes de la primavera siempre ha sido mayo. Asomaban en mayo los tulípanes, florecían los arbustos de órganos que planté frente a la casa en Huron Street, junto a los jazmines del Cabo.

En el tropical sur de México, la primavera es el tiempo de “la seca”. Ya han pasado por lo menos seis meses desde que cayera alguna lluvia. Hace mucho calor, especialmente en las ciudades como Oaxaca a la que se siente tórrida. De hecho, hay horas en que una se sofoca. Lo que salva de esta sensación es estar en la sombra. En nuestro jardín plantamos muchos árboles. También se “instalaron” entre lo que plantamos árboles y arbustos autóctonos que surgían como por magia, aprovechando la presencia de los primeros. Los alentamos, regamos y podemos al igual que a los otros. También se estableció mucha hierba y entre ella flores que nunca había visto antes. Hay incluso orquídeas. El efecto es un jardín salvaje. Se ha creado un microclima, el suelo ya no está tan caliente, siempre hay sombra en algún pedazo y sentimos, quizás erradamente, que hay más humedad en la zona sombreada que en los terrenos eriazos de los vecinos. El lugar se ha poblado de pájaros y animales de toda especie, desde insectos hasta mamíferos pequeños, pasando por culebras, lagartijas, sapos, y, cuando llueve, ranas.

Los vecinos agricultores usan el fuego para hacer su “roza”. En esta época que es cuando hay más calor y los vientos aparecen en forma caprichosa, esto me tiene aterrada. Ya tuvimos un incidente cuando el incendio llegó hasta metros de la casa y otras dos en que llegó muy cerca. En la primavera el humo cubre el paisaje cada día, porque esta costumbre de quemar

hierbas antes del periodo de siembre es tradición general en esta zona, tradición milenaria que es difícil cambiar en el marco de una cultura en la que la tradición es la forma en que se manifiesta la ley.

Tengo un vecino muy dado a este ejercicio de la roza. Hace un par de años, cuando nuestros arbolitos estaban pequeños, casi invisibles aún, entablé en una plática especial con él. Mi vecino no comprendía por qué yo me preocupaba tanto por esto del incendio. Yo estaba parada a un lado de una columna de llamas de cinco metros de alto, en la orilla de mi terreno, él al otro lado, y a través de las llamas le grité:

—¡Mucho aire!— (así llaman aquí al viento), a lo que él respondió:

—¡Sí!

—¡Y viene para acáááá!— le aullé.

En ese momento comprendió por fin lo que me pasaba y se movió para abatir las llamas; y abatir es lo único que se puede hacer, porque agua aquí no hay para este menester. Lo que hay en el pozo en estas fechas es muy poca y si la hago salir por la llave en el momento en que el incendio está a punto de alcanzar la casa el chorrillo más parece un gotero que origen de algo apropiado para incendios. ¿Bomberos? No hay. Y si hay están a muchos, muchos kilómetros de distancia... Y tienen que acarrear el agua hacia los incendios.

Mayo tiene entonces también un aspecto de horror en México. Me ha tocado incluso en un viaje por tierra desde la ciudad de México hacia el sur hasta Oaxaca ver innumerables incendios del tipo que hace mi vecino. Esta técnica agrícola tradicional es dañina para el ambiente y disminuye drásticamente la fertilidad de la tierra, y sin embargo su uso está generalizado. Produce gran cantidad de humo que cubre el paisaje de miles de kilómetros cuadrados. Con frecuencia la quema de pastos y tallos en un sitio se va a terrenos aledaños al impulso de ráfagas de viento. Bosques vírgenes inmensos se incendian y esos incendios demoran días y semanas en apagarse.

En 1998 este fenómeno fue particularmente terrible. La sequedad era total, los vientos llegaron con frecuencia y se incendiaron selvas enteras. Durante semanas el humo estuvo tan espeso sobre toda la zona que no se podía ver a trescientos metros de distancia. Y no fue sino cuando la nube de humo cubrió el continente desde Guatemala hasta el estado de Texas, en Estados Unidos, que la gente empezó a reaccionar. En el pueblo en que vivo hubo ese año cuatro incendios mayores y muy mayores, incluso hubo heridos entre los que trataron de abatir los incendios cuando avanzaron por los cerros. Muchos árboles han desaparecido en esta zona. Hace diez años se veía desde el punto en que ahora está nuestra casa el doble de bosque que se ve ahora.

LA ESTACIÓN DE LLUVIAS

En el Trópico se espera con ansia la estación de las lluvias. Tras cinco, seis, y hasta siete meses sin precipitación, cuando se desata la estación de lluvias siempre viene en un formato sorprendentemente violento. Puede comenzar con una granizada, como cuando el jardín se cubrió de blanco, luego comenzó a llover. Al jacarandá que estaba cubierta de flores apenas si le quedó alguna.

O como, hace algunos años, cuando la tierra estaba seca, hacía calor, el aire estaba sofocante. De repente empezó a levantarse el viento. Desde el corredor recién construido, donde estaba sentada con una amiga, mencionamos nuestra ansia de que lloviera y veíamos como en la distancia se envolvía la Sierra con velos. Así juega una mujer que baila frente a los sedientos. Los velos de bruma y lluvia bajaban y se levantaban para luego volver a ocultar todo. Pronto vimos avanzar la lluvia sobre los bosques de la quebrada frente a la casa, como una cortina que se acercaba a nosotras. El viento se hizo cada vez más fuerte, los árboles empezaron a inclinarse a un lado y otro como enormes penachos de plumas. Llegaron los primeros goterones y luego nos golpeó la furia del temporal con toda su fuerza. Un diluvio abundantísimo en que se mezclaban mangos verdes, hojas, ramas y cuanta pieza de techumbre de los vecinos que no estuviera bien anclada. No se podía ver a dos pasos. Nos refugiamos como pudimos, paralizadas por la furia de la tormenta que nos envolvía. Reinaba sin embargo la alegría: tras tantos meses secos, esta primera lluvia era muy deseada.

Cuando poco después mi amiga y yo emprendimos el camino en el auto, en medio del aguacero que aún caía, vimos que apenas dos kilómetros más allá, en el pueblo vecino de Tlalixtac, los caminos estaban secos, ni una gota se notaba. Parecía insólito que habíamos estado envueltas en tanta agua; allí reinaban el calor y la sequedad de antes.

Días más tarde conversaba con Doña Felipa, mi vecina

zapoteca, delgadísima, cargada de años y de vivencias. Hablábamos de la lluvia maravillosa que había caído, para luego repetirse al día siguiente, y de lo caprichosa que era, cayendo en un lugar y no en otro. Me contó entonces que los del pueblo vecino de Tlalixtac, la mañana siguiente al diluvio que presenciamos, vinieron a la misma Huayapan, pueblo con que están en perpetuo conflicto, a celebrar una misa, para pedir agua. Querían así infundir celos a San Mateo, el santo de su pueblo que no les había escuchado, pidiendo agua a San Andrés, el santo de nuestro pueblo. Mientras acababa la misa, empezó a llover. Volvieron todos a Tlalixtac para comprobar que allí también llovía, pero con una granizada que casi acaba con todo. Cuenta mi vecina que los de Tlalixtac luego se quejaron del granizo que San Andrés les mandara, que ellos habían pedido lluvia, pero no los padecimientos de sus milpas diezmadas, y agregó Doña Felipa que el problema estaba en que no habían sabido decir bien al santo que ellos sólo querían la lluvia y no los trozos de hielo que todo lo destrozaban. A los santos hay que hablarles claro, me explicaba.

La granizada en nuestro jardín ha de haberse debido también a nuestra enclenque comunicación con lo que realmente importa. Un poco de devoción nos haría mucho bien, en todo caso nos daría una comunicación con la sacralidad de los eventos naturales.

DÍA DE MUERTOS

Según entiendo en el sur de México la gente piensa que los que han muerto vuelven a compartir con sus familias un día al año.

El primero de noviembre es el día de Todos los Santos en el calendario católico y según la creencia popular ese día vuelven los “angelitos”, es decir los niños que han muerto. Desde la puesta del sol del 31 de octubre la gente espera a sus angelitos en los cementerios que llaman panteones (esto me llama la atención, siendo que “panteón” alude a muchos dioses y se supone que esta cultura es monoteísta...).

En la noche del primero de noviembre comienza la vigilia en espera de los muertos ya no infantiles. El dos de noviembre, Día de Muertos, es un verdadero elogio de la vida de los que ya murieron y se hace un festín para saludar su llegada como si fueran —porque lo son— invitados de honor.

En la familia zapoteca con la cual compartimos esta celebración cada año, este día se hace una comida con mole negro. Es esta una salsa exquisita de elaboración muy compleja, larga y tediosa, y se hace sólo un par de veces al año, precisamente cuando hay un evento social muy especial.

En todas las casas zapotecas que conozco hay un “cuarto de los santos”, que bien puede ser un salón de usos múltiples. Es siempre la mejor sala de la casa. Donde los de la rama zapoteca de mi familia esta sala es más larga que ancha y en un extremo tiene un altar. Este altar se mantiene con flores todo el año y en él hay figuras que representan las devociones del lar.

En Muertos este altar se cubre con un gran despliegue de flores, comidas, velas, fotos de o de los difuntos, esculturas y pinturas de santos y más santos. Ante el altar, a modo de enorme alfombra, se va acumulando la ofrenda de cada una de las muchas personas que visitan la casa durante la celebración. Además de las comidas hay dispuestos cigarrillos, licores, mezcal o cualquiera cosa que más disfrutaban en vida los muertos. Parientes y amigos pasan el día visitando las casas unos de otros, llevando ofrendas especiales.

No me es totalmente claro qué piensan los zapotecas de la muerte, pero no me parece que sea lo mismo que lo que piensan los europeos. En todo caso, si creen de verdad, y creo que es el caso, que los muertos pueden volver a la vida durante dos días cada año, de hecho, no creen que se hayan muerto en forma tan completa como me parece que es la creencia de la cultura de la que provengo. Pienso que en todo caso no le tienen mucho miedo a la muerte. En los funerales lloran la pérdida de la compañía de la persona como en cualquiera otra cultura en que he vivido, pero incluso en esas ceremonias es notorio que nueve días después de haber sepultado el cuerpo todavía le hablan al muerto en público como si estuviera presente, cuando le explican que han cumplido con todas las ceremonias prescritas según las entienden y le imprecán para que se quede tranquilo.

El hecho es que, mientras se come el buen mole negro y delicias de todo tipo, se habla del muerto que cada uno celebra y se recuerdan los detalles de su vida. La gente va a los panteones, limpian las tumbas y las adornan con flores, frutas listas para comer, y veladoras. La visita al panteón es también el momento en que se puede admirar y comentar cuáles tumbas están más bellamente adornadas y es el lugar para traer músicos y mezcal para tomar, comer y cantar entre tumbas y adornos. Fue el caso de una familia que pude observar cuyo deudo había muerto hacía sólo algunos meses. Todos reunidos, riendo y llorando, hacían una gran fiesta sobre su tumba.

Es considerable la cantidad de estadounidenses y hasta canadienses que vienen a México a participar en el Día de Muertos que en cada región del país se celebra de forma un poco diferente. En su patria no se habla siquiera de la muerte: es tabú. Nunca he oído decir allá en el norte que tal persona se hubiera muerto, se usa en vez la frase *passed away*, es decir algo así como “pasó de largo” o “se nos fue”. En vez de ello aquí se repite constantemente la frase: “se nos adelantó,” lo que naturalmente implica que nosotros también vamos a la muerte.

Desde hace un par de años medito a menudo sobre la

muerte. He llegado a pensar que es una entidad, la misma entidad que la vida, una forma de la misma energía y que no encuentro negativa. La vida me gusta mucho, a pesar de miserias y dificultades, no deseo para nada abandonarla, pero siento que cuando llegue la hora en que me toque morir, podré hacerlo, podré dejarme llevar por Ella. No sé si quedara algo de mí cuando muera, en todo caso no creo que haya un más allá con cielo, purgatorio e infierno. Más bien pienso que hay distintos modos de ser, que la materia que soy y la energía que me alienta permutarán en otras formas y servirán otros fines de los que no tengo conocimiento ni concepto fijo alguno.

COSTUMBRES ZAPOTECAS

Sucedió en 1989. Habíamos ido a ver las ruinas de Lambytieco en nuestra primera temporada en el Valle de Oaxaca. Es un sitio no muy concurrido, lo cual hizo posible que la persona encargada de cuidarlo tuviera mucho tiempo para atendernos. Y mucha gana le puso.

Nos habló de la ruina misma, de su propia vida y su participación cuando joven en excavaciones; de cómo le fascinaba ver al alba y a la puesta del sol, cuando la luz rasante iluminaba el fondo del Valle y dejaba ver las elevaciones de muchas ruinas sin descubrir que se podían percibir en todo su ancho y largo.

Y a propósito de ya no sé exactamente qué, llegamos a hablar de textiles típicos de Oaxaca y nos señaló en la lejanía un punto para nosotros difícil de discernir, diciéndonos que allí había un nuevo museo, que era sobre textiles, que estaba en un pueblo que se llamaba Santa Ana del Valle.

Tuvimos curiosidad de llegar hasta allá, pero durante días de búsqueda no dábamos con el pueblo.

Semanas después, saliendo del tianguis⁴ de Tlacolula adonde fuimos en compañía de una pareja de amigos, vimos de repente un cartel que anunciaba el nombre de Santa Ana. Partimos hacia allí, inmediatamente. Conocimos el entonces nuevo mercado local ubicado a un lado de la plazuela principal del pueblo, junto al museo que buscábamos, y un par de calles, antes de volver hacia nuestra casa. Mi amiga, encantada del lugar, me propuso que lo visitáramos otra vez, pero armadas de nuestros útiles de trabajo, para dibujar y pintar el mercado.

Llegó el día de nuestra excursión; desde temprano en la mañana nos instalamos para trabajar. Mi amiga dibujaba, yo me puse a pintar. Mientras lo hacía, a mis espaldas se produjo un coro siempre renovado de voces de niños y adultos que

4 Mercado tradicional indígena, al aire libre.

hablaban en un idioma para mí desconocido, que me parecía como canto de aves, y que asociaba al chino que había oído y que tampoco entiendo, pero que tiene inflexiones de vocales muy parecidas.

Intercaladas con los sonidos ininteligibles había palabras castellanas que sí capté, como “cemento” (cuando mi pincel iba hacia algún elemento de las columnas del mercado hechas con ese material). El coro de comentarios no cesó toda la mañana. Mis observadores eran principalmente niños y mujeres, quizás por el hecho de ser yo misma mujer.

Llegó el momento cuando mi estómago señaló la hora de comer. Mi amiga se había ido hacía ya horas, cuando terminó su apunte. Me dirigí hacia la mujer que desde encima de mi hombro izquierdo estaba observando lo que hacía, y le pregunté si conocía un lugar donde pudiéramos descansar un rato, con mi compañero. Titubeó un momento y me dijo de repente: “... quizás quieran venir a nuestra casa, si no les importa comer lo que nosotros comemos”. Le respondí que de ninguna manera, que con gusto iría, y que me sentía honrada con su invitación.

Mi interlocutora se llama Carmen. Nos llevó a la casa sencilla y alegre de su nuera, y nos sirvió tortillas y frijoles, acompañados de un huevo frito. Sólo a nosotros, los visitantes nos tocaron huevos, según veía, y tuve la sensación de que quizás no había más en la casa. Nos costó muchísimo comerlos.

Este primer encuentro con la familia Aquino Cruz fue un hito en nuestras vidas. Nos hicimos amigos, nuestra relación se hizo incluso como la que existe en las familias. Nuestros hijos, cuando nos visitaban los llevamos a ver la rama zapoteca de nuestra familia. Y ellos nos visitan y siguen teniéndonos al tanto de los avatares de sus vidas.

En nuestras visitas al pueblo de esa primera oportunidad en adelante pudimos presenciar, por la generosa invitación de nuestros amigos zapotecas, fiestas y eventos del pueblo

de Santa Ana del Valle, por los que fuimos conociendo sus costumbres y su modo de vida.

Una de estas costumbres fue la velada de la cruz, tras el fallecimiento de un familiar. Nunca habíamos visto nada parecido. Asistimos a dos de los nueve días que duró.

Después de un fallecimiento, y durante toda una semana, todo el pueblo, o por lo menos así nos parecía, acudía a la casa del muerto, llevando consigo los elementos que se necesitan para celebrar este largo evento que se realiza con comidas y música, ininterrumpidamente, día y noche.

Cuando llegamos la primera vez, con las ofrendas de unos velones, por sugerencia discreta de nuestros amigos, nos hicieron pasar a la “casa de los santos”, una habitación especial que tienen todos los hogares zapotecas según he podido ver más tarde. Esta es la habitación mayor de la casa que en un extremo tiene un altar cuyo resto está ocupado por una larga mesa rodeada de bancos y sillas. En algunas casas hay otros muebles en esta sala, en otras no, pero todas se parecen.

La forma en que el pueblo zapoteco organiza sus casas me recordó que en Europa los reyes y en América española los terratenientes tenían capillas propias. Los zapotecas, viven, en este sentido, como los reyes. También en Oriente existe la costumbre de tener un altar lar, pero para los europeos, en la casa misma, fuera de un nicho en el muro, o imágenes colgadas en las paredes, no se considera un rincón especial para cultos religiosos.

Delante del altar de la casa donde se celebraba el velorio había un dibujo en arena que, según nos explicó nuestro anfitrión, sólo una persona sabía hacer en el pueblo. El dibujo consistía de un diseño muy cuidadoso hecho con arenas de distintos colores. En su centro estaba representada una cruz y el resto del espacio estaba dividido y adornado con motivos florales. Este dibujo en el piso estaba bajo el lugar que antes había ocupado el féretro del pariente que había sido enterrado el día anterior.

Su viuda, estaba muy alterada y agotada y descansaba en el suelo, en el otro extremo de la sala. Una semana más tarde, en

la ceremonia del levantamiento de la cruz, la vi más alentada y ya con ánimo de participar en las actividades, lo que me hizo pensar en la sabiduría de hacer esta ceremonia de nueve días y nueve noches que daba tiempo para que la viuda y los deudos, así como todo el pueblo, tuvieran tiempo de adaptarse a la pérdida de uno de los suyos.

Comparado a éste, el sistema europeo es bastante más brutal, tras un día o dos de velorio, la viuda y los deudos repentinamente se hallan solos sin el apoyo constante de toda una comunidad para poder procesar su duelo.

En la vela de la cruz fue que me tocó participar por primera vez en un banquete zapoteco. Me hicieron sentarme a la larga mesa repleta de tenates⁵ llenos de tortillas a las que llaman “tlayudas”; tazones con salsas (verde, de chile⁶ jalapeño y tomate verde, cilantro, sal y ajo; o roja de chile “guajillo” o “de árbol”, tomates, sazonados con sal y ajo) para agregar sabor a los platillos; verduras (col o lechuga cortada en finas tajadas) y frutas varias.

En cuanto me senté pusieron delante mío una gran taza humeante de chocolate en agua, espumoso y aromático, acompañado de varios panes dulces que apartaron para mí, en una cantidad que yo no podía posiblemente ingerir. Tomé un trozo de uno de los panes y untándolo en el chocolate (¡mala educación!, me habría retado mi madre), lo gocé absorbiendo las dulzuras combinadas.

Apenas hebe terminado el chocolate y algo del pan dulce cuando una mano solícita puso delante mío un gran tazón lleno de un caldo de aspecto muy apetitoso, que me explicaron

⁵ Canasto de tejido blando hecho de palma.

⁶ Palabra con que se designa el fruto tradicional de muchas variedades que en Chile llamamos ají.

era “higadito”. Algo de hígado de pollo debía tener, pero era principalmente una masa esponjosa de huevo que se sumergía en el caldo de color rojo encendido. Empujaron en mi dirección una pila de tortillas y me instaron a comer. Vino uno de los familiares y me enseñó a usar un trozo de la tortilla a modo de cuchara y al hacerlo me dijo, bromeando: Es que nosotros ¡nos comemos la cuchara! En forma misericordiosa también había en la mesa cucharas de metal a las que recurrí en cuanto comprendí que el manejo de la tortilla y sus diferentes usos son un verdadero arte.

En mi cultura se acostumbra comer todo lo que a una le sirven, no hacerlo es mala educación. Estaba ya bastante llenita con el chocolate con pan, pero pensé, es primera vez que llego a esta casa, no puedo deshonrarla, ¡debo comer esto! Hacerlo no fue difícil porque el caldo rojo y el “higadito” sabían a la maravilla. El problema surgió cuando, habiendo terminado de tomar todo el caldo y comido el higadito me distraje un momento y entablé conversación con la persona a mi izquierda. Alguien aprovechó ese instante y cuando volví mi cara sobre la mesa mi tazón estaba otra vez lleno de caldo y higadito. Esto presentaba ya un problema serio. No quedaba sino observar qué hacían los otros comensales.

Vi que unas manos hacendosas repartían unas bolsas de plástico. Luego noté que los que estaban a mi alrededor tomaban una porción muy prudente del pan dulce para comer con el chocolate y el resto lo guardaba en la bolsa. Enseguida tomaban una tlayuda y colando diestramente el higadito lo ponían en el medio, tomaban el caldo, doblaban la tlayuda y la insertaban también en la bolsa. Incluso algunos, como no lograban tomar todo el chocolate, pedían una de las docenas de jarras que había colgando en los muros y lo llenaban con este elixir maravilloso de los dioses mexicanos. Lo que había en las bolsas era para llevar a casa.

Los dos que fuimos a este banquete llevamos de regalo lo suficiente para comer los dos días siguientes. Es que los banquetes zapotecas son banquetes de verdad y la generosidad para con los que visitan una casa es una costumbre que se celebra con el rigor reservado en otros lugares para los rituales más sagrados.

El comer, ir y venir de la gente, la música viva, la conversación, todos los eventos sociales siguen durante los nueve días del velorio. En el noveno día se procede al Levantamiento de la cruz. Es esta una ceremonia muy especial. No involucra sacerdotes ni personas de afuera. En forma solemne se junta la arena de colores que formaba la imagen en el piso, poniendo cada una de sus partes en una jarrita de cerámica. Luego en procesión bajo el sol tropical del mediodía la familia y cuantos estén presentes van recorriendo el pueblo, paran en lugares específicos y se dirigen al muerto, como si estuviera entre ellos, diciendo que cumplían esta y aquella costumbre o esta y aquellas de sus pedidos. Esto implica muchas paradas. Es necesario que el muerto entienda. La última parada es en la tumba aún fresca de hace nueve días, en el panteón, donde colocan el contenido de las jarritas de cerámica y cubren las arenas con tierra. Hecho esto vuelven todos a sus casas. Ha terminado el Levantamiento de la cruz.

MUJER DE

La felicidad la siento más ahora que estoy vieja. Quizás he anhelado toda la vida esto de *ser*, de sentirme *alguien*. He llegado a esto hace poco, porque, dentro de la cultura en que vivo yo me sentía más bien un apéndice: “la hija de”, o “la mujer de”.

Tomo conciencia de esto en momentos en que un pintor a quien apenas conozco me señala con el pulgar mientras le dice a otro que no sé quien es: “La mujer de Ludwig Zeller”. Esta condición de apéndice no es halagüeña para una mujer y nunca me ha ayudado a aumentar mi autoestima —todo lo contrario—.

En cierto momento, y a partir de unos dibujos de muebles “funcionales” partí a pintar una serie de imágenes a las que dí títulos de “La mujer de...”, donde los puntos suspensivos se remplazan por la profesión de un varón. Creo que ha sido una forma de rebelión contra el trato que reciben las mujeres en ciertas sociedades.

Cuando hice esta serie de cuadros no me di cuenta de que mi actitud era de rebeldía. Me pareció que estaba más bien haciendo imágenes con cierto sentido de humor. Conocía el “Ultramueble” de Kurt Seligman, un asiento sin respaldo formado de muslos y piernas de mujer. A partir de esa imagen escultórica me pareció interesante hacer la serie de “Mujeres de...” Las primeras pinturas tenían todas formas de muebles. La esposa fiel y La favorita del sultán son sillas. Como cómodas se dieron varias figuras con los atributos femeninos de senos y sexos. Luego siguieron formas más libres, como es el caso de La mujer del alfarero, una pieza que al terminarla ya me pareció una idea arquetípica. Creo que algo así vio en ella también Arturo Schwarz cuando la escogió entre las imágenes que expuso en 1986 en la XLII Bienal de Venecia.

En todas las imágenes de esta serie se esconde sin embargo

la idea de la cosificación de la mujer que para la generación en que yo he nacido era cosa normal, aunque no siempre consciente.

Se nace para pintar, esculpir o para escribir sin que en un principio una se dé cuenta de ello, pero en cuanto se concientiza que es el destino que se tiene se parte en una ruta misteriosa en que una se siente medium, intérprete de algo que excede la propia persona. Es en esta sensación en la que surge en mí la serie de Mujeres de. Como algo que viene desde un interior compartido con muchos interiores, algo misterioso que nos lleva hacia lo maravilloso, hacia el momento en que asoma lo esencial que hace que se diga o muestre algo que tiene sentido para muchos.

ESCULTURAS DE JAVIER MARÍN

Durante la mayor parte de 2006 hubo disturbios políticos en Oaxaca, con muertos y desaparecidos, teléfonos intervenidos y muchos bloqueos de caminos y marchas en calles y carreteras. Un gobierno autoritario se enfrentaba con la indignación y resistencia popular que estallaron tras muchos años de injusticias y abusos. En esa circunstancia Ludwig Zeller y yo fuimos al Centro Histórico de Oaxaca a ver una exposición. Fue entonces que escribí la siguiente nota que se publicó en la revista Ciclo Literario:

Con el alma y el cuerpo completamente desquiciados por los eventos y el ambiente que nos rodeaba entramos al Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca (MACO) y participamos en el más violento matrimonio del infierno y el cielo que Blake jamás hubiera podido imaginar. Los contrastes, las emociones, las sensaciones no pueden haber sido más opuestos, más estremecedores, más viscerales.

Afuera del museo estuvimos envueltos en la multitud alimentada por la indignación, el odio aplastante, la exasperación total, la impaciencia y resistencia sorda, estado mental y físico de intolerancia, de amargura palpables en quienes están envueltos en una trágica *impasse* de oposición entre voluntades irreconciliables.

El gentío que atravesamos con empecinada voluntad para llegar a una biblioteca estaba impregnada de emociones que nos envolvieron, estábamos ante grupos de personas que hablaban de asuntos que no aparentan tener solución y que tienen a la población entera en vilo. La violencia emocional difícilmente puede ser mayor sin que seres humanos frenéticos se ataquen, despedacen y devoren unos a otros. Nos rodeaba una multitud de cuerpos reunidos en masa para resistir con sorda biología física lo que es insoslayable y sobrecogedor, personas que se sienten oprimidas rebelándose sin descanso y

sin dar tregua a los que, como nosotros, inocentemente quieren pasar de un espacio a otro con fines completamente ajenos a los de la multitud reunida.

De esto entramos a otro ámbito, el del museo, donde se exhiben las esculturas de Javier Marín que se manifiestan en la más desatada sensualidad, en formas humanas de expresión sexual, visceral, orgánica, dentro de una estética atronadoramente sobrecogedora. Las esculturas expresan lo que la multitud de afuera anhela, la solución a los conflictos del alma, formas bellas, al tiempo que aterradoras y enormes, bellas en el sentido más puro de lo maravilloso, bellas como la conjunción de la vida con la muerte, bellas, palpables, luminosas y oscuras, formas que viven en la vista y el tacto, formas voluptuosas, rostros colosales de mujer que estallan ante los ojos, que se despliegan como arcos, volutas, piel remolineante, ola congelada, deseo realizado, impedido, amarrado, roto y vuelto a recomponer, flor, carne, textura agitándose en el viento, arrastrado por el agua – vida.

Para acoger el estallido de voluptuosidad de las esculturas, el museo se ha desvestido de todo elemento superfluo, las superficies y espacios que rodean las obras lucen claros, diáfanos, ininterrumpidos por distracción alguna. Tres patios enormes abrazan amorosamente las monumentales esculturas, las dejan hablar, resonar, como resuena una orquesta sinfónica en una sala poblada de gente que está reteniendo el aliento mientras escucha, envuelta en el milagro, el sonido de la ola musical, amorosa experiencia de belleza.

Afuera del museo todo es sordo conflicto asesino, listo a despedazar al semejante, mientras que dentro las formas se oponen, se entrelazan, se rompen y vuelven a armarse, se amarran unas a otras en la expresión de tragedia y éxtasis, en expresión del milagro en que un elemento acepta al otro, en vuelo sensual y espiritual complementarios y opuestos. Ante la expresión de la furia, la irritación, la impaciencia, de la beligerancia, la lucha por el poder, la pugna por sobreponerse unos a otros que se extiende por las calles y salas de la ciudad se alza en el interior del museo la verdadera respuesta que puede proponer el arte, la posibilidad del goce a través de los

sentidos, la posibilidad de la especulación, la expresión de tragedia, dentro del vuelo más elevado de que es capaz la mente humana. La experiencia fuera del museo deprime y hiere y la del interior de los tres patios eleva y exalta.

Las piezas escultóricas examinadas de cerca y palpadas revelan fisuras, quebraduras, ranuras y cortes en la materia, además de parches, junturas por medio de materiales diversos ajenos al que da la forma misma. Hay también trazos arbitrarios, a veces geométricos, puntos de expansión de la escala y muchas huellas de dedos, palma y pulgar del escultor. La materia, al ser trabajada es obviamente blanda; a primera vista una de las figuras colosales me ha parecido estar hecha de cera. Sólo cuando leí la ficha técnica me enteré del nombre del material sintético que se ha usado. Este uso de material que al esculpir es blando da texturas parecidas a las que se observan cuando una escultura está hecha gestualmente usando cera o barro y luego llevada a fundir en bronce.

Las imágenes las conforman casi exclusivamente figuras humanas en las que se destaca y evoca la blandura de las carnes, el caprichoso movimiento de los cabellos, los músculos, como el esternomastoide, exageradamente expresados en torsión. De hecho, la torsión, el elemento que ha sido tan estimado en la escultura de la época tardía del arte de la Grecia antigua y luego del arte del barroco y del manierismo, es una característica a través de la cual Javier Marín logra una expresividad y dramatismo muy especiales. Los cortes casi constantes en las formas, la fragmentación misma, conectan la obra con el romanticismo, particularmente en el caso de la música de Schubert y Schumann. Este es sin duda un escultor de gran sensibilidad, enormemente trabajador, conocedor de su materia que aprovecha en sus virtudes y también en sus defectos. Es un creador dinámico, viril, sensual, expresivo, de intenciones majestuosas y sobrecogedoras. Sin duda Javier Marín conoce cabalmente el manejo de lo espacial, y presenta en cada imagen un universo de sensaciones.

Es notorio que en una situación extrema como la que vive la sociedad de Oaxaca esta obra escultórica absorbe y refleja con eficacia las emociones. Ello es prueba cabal de lo que

puede lograr un verdadero artista. El arte es trascendencia y la escultura de Javier Marín trasciende plenamente. No se percibe mediocridad en ninguna de las piezas presentadas, el nivel de las obras muy variadas es parejamente alto.

En tres patios se separan tres modos de expresar volúmenes y espacios. En los tres modos hay expresión de lo trágico y de lo vital y lo sensual. En el patio de la entrada las cabezas gigantescas. En el patio siguiente cuatro figuras, hombres y mujeres suspendidos en el aire, y en el patio que se halla a la izquierda al entrar, una monumental columna, verdadero totem, en la mejor tradición de la acumulación de figuras humanas de Gustav Vigeland. Este último, escultor noruego, obtuvo subsidio durante toda su vida para realizar una obra escultórica monumental que cubre todo un parque en la ciudad de Oslo. Javier Marín necesita y merece un desafío de esa especie.

La fragmentación de las figuras humanas en los tres grupos expresa tragedia y sondea elementos de la realidad que conforma nuestra época en que se pasa de lo entero a lo segmentado, de lo hueco a lo abultado, de lo biológico a lo artificial lacerante.

En la columna totémica del tercer patio del MACO hay figuras humanas completas o fragmentadas, pequeñas y grandes, junto con cabezas (algunas de ellas son verdaderos retratos), segmentos de cuerpos en un movimiento en espiral ascendente, en un *maelstrom*, una vorágine que nos hace pensar en tornados, trombas marinas, situación que tan bien representa la condición humana de nuestros días, al tiempo que evoca los cadáveres de campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial y otros pavorosos genocidios. Delgados alambres parecen amarrar unos trozos escultóricos a otros, especie de costura que fuera cruelísima si de carnes se tratara. Esto y la fragmentación misma de las formas otorgan al conjunto un viso de tragedia.

Este elemento trágico también lo comunican los cuerpos suspendidos del segundo patio. La falta de contacto con el suelo de estos cuerpos da a este conjunto un sabor particularmente

angustioso. Los seres representados no son atletas que logran una proeza al desafiar la gravedad: el mensaje es otro. Sólo la belleza del tratamiento del material hace que el conjunto de la obra se pueda digerir, que se pueda soportar.

La exposición de esculturas de Javier Marín es ejemplo claro de cómo un artista de gran vuelo logra hacer interiorizar los avatares de la vida y cómo puede elevar los sentimientos mundanos a un nivel espiritual.



EL DIBUJO

El acto de dibujar está condicionado por dos cosas: por la parte del cerebro que usamos para poder dibujar y por las experiencias que tenemos en diversas fases de nuestra vida que quedan como elementos que influyen en nuestro pensamiento visual. Y así como sucede en esta área de actividad, la del dibujo, ha de suceder con todo lo que hacemos, sentimos, recordamos. Todo está influido por los elementos que llevamos dentro.

Sigmund Freud ya nos ha señalado esto. Él se ha interesado sobre todo en la influencia que puede tener en nuestros actos la experiencia condicionada por nuestro desarrollo sexual y la vida sexual en general. Su teoría en este sentido se formula en una época y una región cultural de gran represión sexual. Creo que están cargados los dados que él usa. Pero es cierto que todo lo que vemos es por un lente cuya visión parte desde dentro y no en el reflejo imparcial de un espejo como el que soñaba ser Leonardo da Vinci.

La primera sensación de dibujo la tenemos en edad muy temprana. A los dos años ya nos toca la experiencia de hacer algún movimiento que marca una superficie. Si tengo la suerte de estar en la playa veo que queda en la arena la huella de mi pie y que al arrastrar el pie dejo un trazo más largo, una superhuella que muestra en forma continuada la dirección de mi movimiento. Es una manera de hacer una línea. Cuando en la infancia ponemos un lápiz en la mano del niño vemos el placer que tiene de hacer un trazo sobre la mesa, el muro o el papel y una vez que ha descubierto la experiencia quiere repetirla continuamente. Estos primeros trazos dejan ver, traducidos en lo que también luego percibimos como línea, los movimientos que hacen las manos del niño y todo su brazo.

Entre los dos y tres años de edad los niños descubren que en medio de los trazos que hacen y que muestran el movimiento de sus brazos y manos, se produce una línea más o menos circular,

es decir que una línea que han comenzado a trazar se cierra sobre sí misma. En esa etapa la mente concibe inmediatamente una diferencia entre el espacio que encierra esta línea y todo el resto de los trazos hechos. Este espacio cerrado los niños lo perciben como algo mágico y se convierte en el símbolo de algo, en una unidad separada. Surge la realidad de un adentro y un afuera. Los niños rápidamente aprenden a hacer trazos menores dentro de este espacio separado, con lo que crean por primera vez lo que se concibe como símbolo de un rostro: una forma circular, dentro dos, tres o cuatro puntos y quizás una raya: ojos, nariz, boca.

Es también este el periodo de la vida en que aprendemos a formar frases y es una experiencia sumamente importante para los niños poder poner un nombre a cada cosa a su alrededor.

Me ha tocado observar que los que principian un curso de dibujo, aún de distintas edades, conservan, al tratar de interpretar una forma, la obsesión de dibujar su *contorno*, es decir, lo que ven como línea que separa a lo que dibujan del espacio que lo rodea. Esta es la idea simbólica que heredamos desde la infancia.

En el caso de la figura humana este contorno es casi lo único que ven los principiantes. En cierto sentido perciben la realidad simbólicamente, como niños.

Creo que, en alguna manera, al principiar a dibujar, vemos la forma por su contorno como una idea simbólica, atada al concepto del *nombre* de lo que dibujamos. El contorno del brazo, por ejemplo, es símbolo o metáfora del “brazo” como palabra y es su representación esencial para quien principia.

El dibujar es una actividad mental diferente al de hablar o de escribir. En los decenios pasados se ha visto que la parte del cerebro que empleamos en forma preponderante cuando escribimos es el lado izquierdo (lado también conectado a nuestra mano derecha). Esto se conjuga con el hecho

de que, al ser la mayoría de las personas diestros, es decir que usan preferentemente la mano derecha, también usan preferentemente el lado izquierdo de su cerebro. Este es el lado que se usa cuando al leer (una actividad que se desarrolla en forma de secuencias) se forman palabras con que se *nombran* las cosas. Pero el lado del cerebro que emplean en forma preferente los que ya saben dibujar es el derecho. Esto sucede porque al estar dibujando usan el lado “visual”, el que ve imágenes en forma total y simultánea, o sea el lado que está conectado con la mano izquierda. Cuando por primera vez se le pide a alguien que de costumbre usa la mano derecha que use la mano izquierda para dibujar, la reacción es de resistencia, de pánico, casi, porque es muy despreciada la mano izquierda y todo lo que con ella se asocia.

Sin embargo, hacer este ejercicio resulta sorprendentemente fácil, a pesar de la torpeza que naturalmente manifiesta esta mano que nunca ha sido adiestrada para moverse eficazmente. Los dibujos hechos con la mano izquierda de los que son “diestros” resultan de líneas temblorosas, pero manifiestan inmediatamente una destreza visual, destreza que se da porque se ha activado el lado derecho del cerebro al estar obligándose a usar la mano izquierda.

El lado derecho del cerebro está también más activo cuando se contemplan imágenes, o se escucha música. Físicamente estamos condicionados, al usar la mano derecha, a concebir el nombre de lo que dibujamos, cuando lo que nos convendría más bien sería conectarnos con las funciones físicas de nuestro cerebro más dadas a la actividad frente a imágenes. El nombre de las cosas, y los símbolos abstractos de la escritura que las representan domina nuestros esfuerzos primeros cuando intentamos dibujar.

El niño que aún no escribe, dibuja con toda facilidad y desparpajo. El adolescente y el adulto que ya han pasado por la experiencia de nombrar, de escribir, —es decir, de dar forma metafórica a las cosas— son los que tienen tropiezos al tratar de dibujar.

Es decir, al mirar algo los principiantes saben nombrar lo que es. Lo que *no* saben es *ver* aquello que miran. El *ver* es

un ejercicio mudo, torpe en el hablar. Pero es una experiencia particularmente satisfactoria y un modo especial y diferente de llegar a conocer, de aprehender la realidad circundante.

Por eso, para los que ya experimentan con facilidad el acto de dibujar, se da al hacerlo un estado mental particular que es de una cierta “distracción alerta”, una absorción en un tipo de observación que no es metafórica y que proporciona una extraña y entrañable sensación de realidad.

Lo que se hace cuando se intenta enseñar, es que se induce a quien quiera aprender a dibujar a sentir este estado de distracción alerta una y otra vez, hasta que se convierte en un hábito.

Este estado mental es placentero y adquirirlo, no es ni difícil, ni produce desagradados. Un elemento también importante en el intento de adquirir la habilidad del dibujo es lograr percibir las formas en su totalidad y no en sus elementos particulares. Esta es también una función que se diferencia en forma importante del acto de leer, de escribir y de nombrar las cosas. Al leer se recorre letra por letra la palabra y no se sabe qué palabra vendrá después de ella hasta que se haya llegado al lugar donde se encuentra.

Mirar imágenes se da de otra manera. El ojo puede percibir muy bien un aspecto general antes de examinar detalles o particularidades y aunque se esté viendo un detalle particular de la imagen ese mismo detalle se entenderá en su comparación y confrontación con los otros elementos que lo rodean.

Por ello, quien desea dibujar, debe aprender a pensar de manera comparativa. Conviene constantemente confrontar elementos de la imagen que se van formando unos junto a otros y conviene considerar que todo lo que se ve está influenciado por todo lo que lo rodea o lo envuelve. Es decir, mirar la imagen, es en sí un ejercicio que se separa de las funciones de la mente como la lectura o la concepción de símbolos. Lo simbólico que reviste una imagen es siempre percibido a posteriori, cuando la mente comienza a analizar, a ponderar lo hecho. El nombrar lo que se ha hecho, el entender su simbología son eventos que

sucedan cuando ya ha cesado el acto de dibujar. La palabra no cabe en el dibujo. Hablar impide permanecer en el estado mental de la “distracción alerta”.

Muchas veces me he enfrentado a este dilema al tener que explicar ante mis alumnos lo que dibujaba, *mientras* dibujaba. Es casi imposible. O se dibuja, o se habla. Llega hasta ese punto patente la diferenciación entre las funciones que es capaz de llevar a cabo nuestro cerebro, o —en todo caso—, el mío.

También juegan roles importantes en nuestra habilidad o inhabilidad de dibujar las asociaciones que tenemos con eventos, en general experimentados en la infancia, con nuestros primeros esfuerzos de trazar líneas o de hacer manchas. Si cosas como manchar el muro o un objeto, o arruinar con tinta un piso o una alfombra, se convierten en eventos negativos, dramáticos y traumáticos en la vida del niño o la niña (porque, por ejemplo, se le castiga regaña), ello repercutirá en frenar su habilidad de hacerlo por el resto de su vida.

Inciden también en la habilidad de dibujar otros elementos psicológicos que surgen de la vida infantil de los primeros años. La absorción de información sobre las formas tridimensionales y la posibilidad de manejarlos es uno de estos. Me refiero a juegos como los que se hacen con bloques de madera o piedra o plástico y juegos de armar tridimensionales. Este tipo de juguetes se da con preferencia a los varones, cosa que tiene luego el efecto de que ellos perciben mejor los espacios tridimensionales y los volúmenes. Así como los varoncitos necesitan, al igual que las niñas, juguetes de felpa y otras cosas blandas para desarrollar sus sentimientos de ternura y afectos corpóreos, las niñas también necesitan jugar con bloquecitos y cosas de armar tridimensionales, para desarrollar su percepción espacial. Es importante que se formen como seres humanos completos tanto los niños como las niñas.

De todo esto se deduce que la actividad de dibujar es más que nada una actividad mental y su aspecto motor es la expresión del estado mental en que se halla quien dibuja. No se dibuja con la mano, se dibuja con el cerebro. La mano, o cualquiera extensión de ella, es el instrumento a través del cual

queda marcada, trazada, la actividad particular de la mente que es creadora de imágenes. El pensamiento visual, el que forma imágenes, es el que mueve la mano. La mano es instrumento de ese pensamiento. La mano piensa.

EL VASO Y EL CUADRO

Hago un par de *insights* respecto a una pintura mía que se llama “Teoría del conocimiento” (1982).

En un texto sobre las imágenes sobre vasos griegos que representan ritos dionisiacos François Lissarrague, las analiza en función de la representación de mujeres y su participación en los rituales dionisiacos. Su comentario se centra en un vaso con un dibujo más bien caricaturesco que tiene en un lado a una mujer grotescamente deforme y ebria y en el otro a un falo con un ojo en la glande que tiene alas en su base y está coronado por una cesta de ofrendas.

Yo he pintado el cuadro de la “Teoría...” “en mi madurez de mujer, con muchos años de experiencia sexual. Tenía entonces y tengo ahora la sensación de que se puede considerar el coito como un acto sagrado, un acto ritual. No sabía nada de los ritos dionisiacos y poco sé ahora, pero en la comparación de mi “Teoría...” y la imagen del vaso se dan correlaciones interesantes.

El falo en ambos casos está representado en conjunción con un ojo, que para mí representa la conciencia, o el “conocimiento” al que se refiere el título de la obra (que le fue dado por Ludwig Zeller). En el caso del vaso griego la conciencia o conocimiento se da en la glande, en la parte penetrante del falo, que a su vez es portador de un cesto de ofrenda y en el caso de mi cuadro en la base, donde la forma se da como candelabro. Este candelabro sugiere una función portadora que yo entiendo como femenina.

En el caso de mi cuadro, si lo relacionamos con la imagen del vaso griego, la ofrenda es la mujer misma. Las alas que aparecen en la base del falo del vaso griego se pueden relacionar con los elementos ornamentales del mueble que funciona como soporte para la mujer, y que complementa el soporte que ofrece el varón que la sujeta amorosamente. Los brazos abiertos de la mujer incluso revelan su vocación de vuelo. En vez de la ebriedad de la mujer deforme en el vaso griego, en mi cuadro se ve la mujer bien formada en estado de éxtasis.

El dios griego del culto, Dionisio, que se presenta en el vaso, es un refrito de los cultos a diosas de la antigüedad que preceden en mucho al tiempo de la mitología griega. Esta última la siento antropocéntrica y misógina.

En mi cuadro aparecen evocaciones de diosas en las formas de espirales que se dan en el fondo del cuadro. Estas espirales han representado hace ya mucho tiempo serpientes, que son animales de las diosas y también representaban el agua, que asimismo es atributo de diosas. Es curioso observar que estos elementos aparecen en el cuadro que he pintado basándome en un dibujo de una serie que hice en forma lúdica y totalmente inconsciente. No tenía idea de estar formando una imagen que hace eco de cultos sacros, antiguos, anteriores a la época griega, ni que fueran parientes de los cultos dionisiacos que luego remplazan a los primeros. Sólo ahora, cuando comparo la imagen del vaso griego a mi pintura hago conciencia del trasfondo de lo que he pintado.

Los arquetipos son los mismos hace milenios, pero sus interrelaciones cambian. El arquetipo de la diosa de antigüedad cambia y se reencarna en la figura de Dionisio; más tarde las orgías dionisiacas son reprimidas y se manifiestan fuera de las celebraciones rituales. En nuestro tiempo surge una nueva etapa del proceso.

En la figura dionisiaca del vaso griego la conciencia se concentra en la idea de la penetración del falo (búsqueda masculina del conocimiento) y la sacralidad la indica la presencia del canasto de ofrenda.

En mi cuadro la conciencia vuelve a presentarse como parte de un contenedor, de un objeto de característica femenina (búsqueda femenina del conocimiento). El acto es igualmente ritual y existe una idea de ofrenda en la imagen de la mujer.

ENSAYO

Pasan los años. Ya estoy en los setentas. He leído por ahí relatos y entrevistas a personas muy ancianas, de más de ciento veinte años, que contaban que hasta los setenta y cinco se sentían jóvenes. Si es así la vida, me quedan unos años más de juventud. Llevo casi cincuenta años en la plástica. Dentro de la plástica llevo treinta años en la pintura. Hace más de cuarenta años que hago mi trabajo de traducción literaria. Soy intérprete trilingüe hace cuarenta años.

Y hace unos pocos años tengo un nuevo quehacer: me aventuro a escribir y descubro que lo que me interesa dentro de la literatura es el ensayo. En el ensayo encuentro la posibilidad, el modo de divagar sobre ideas, de quedarme en lo que dentro de las ideas me comunica con una sed de entender, de dilucidar, de aprehender y de hablar sobre algo que no se puede hablar de otra manera.

El ensayo no es filosofía, pero se abreva en sus arroyos; el ensayo no es poesía, pero la abraza y escudriña. En el ensayo se escudriña de hecho casi todo, se contempla todos los aspectos de la vida, de la literatura, de las otras formas del arte. La poesía es la puerta de entrada, pero el ensayo es su espejo; no es la investigación primera, como es el caso de la poesía, pero puede ser su resumen, su análisis, su sonda de profundidad. El ensayo no es la fantasía que transporta a realidades que existen sólo en la mente humana, pero sí puede hablar del ejercicio de esa fantasía.

Hacer un ensayo no es escalar la montaña, no es relatar lo que es la escalada, pero sí es la forma en que se puede describir qué se ve desde la cumbre, de qué modo se puede conectar la experiencia de una cumbre con otra, hasta donde puede haber cumbres sin explorar.

El ensayo es para mí ejercicio de delicia, de saboreo de platillos hechos por otros. Es goce de las interconexiones entre todas las cosas, entre los pensamientos de un pueblo y otro, entre los sentires diferentes.

El ensayo es expresión del pensamiento que puede conmover y señalar cosas esenciales sin ser una disciplina establecida; puede tomar formas diferentes, alargarse o ser breve, el ensayo es pensamiento en libertad.

II.

Según lo cuenta Ludwig Zeller en un poema, estallaba el Vesuvio y Plinio el Joven —él mismo nos dice—, se encontraba leyendo la obra de Livio. En Oaxaca quizás qué volcán está estallando y yo estoy leyendo ensayos de un amigo de hace muchos años a quien no veo desde 1970 o antes, amigo de aventuras artísticas e intelectuales en el Chile de los sesentas, Martín Cerda, quien cita a Spengler, cuyo texto dice: *Un pensador es un hombre cuyo destino consiste en representar simbólicamente su tiempo por medio de sus intuiciones y conceptos personales. No puede elegir. Piensa como tiene que pensar y lo verdadero para él es, en último término, lo que con él ha nacido.*

Ha corrido mucha agua bajo los puentes desde que no veo y no leo a Martín Cerda, y sucede que incluso para usar la cita de Spengler habría que redactarla hoy de un modo diferente para que fuera “políticamente correcto,” ya que en nuestros tiempos en vez de decir “es un hombre” tendríamos que buscar una fórmula que no excluyera la mujer.

Pero eso no es lo que me preocupa aquí. Creo que el pensamiento en mi caso sí viene de “intuiciones y conceptos personales”, pero creo que surge de fondos más complejos que el que yo “haya nacido” con ellos. Creo que mi pensamiento está influenciado con pensamientos de muchas mujeres que muy recientemente (en los últimos veinte años) han publicado sus propias intuiciones y conceptos, ciertamente derivados de los de varones que las precedieron, pero modificados por la doble circunstancia de que ahora ellas también han tenido la oportunidad de pensar y sus textos han sido publicados. Me

parece que en el pensamiento de una persona mujer como soy yo no sólo se incrusta aquello con que he nacido, o aquello que he absorbido en mis primeros treinta años de persona pensante (textos en su casi absoluta totalidad elucubrados, escritos y publicados por varones) sino que también se insertan ideas nuevas que expresan experiencias que hasta hace poco no se habían articulado.

Sin duda comienza una interpolinización de pensamientos que se insertan en este género para mí nuevo del ensayo. Siempre me ha gustado leer ensayos, pero hasta hace poco no me he atrevido a escribirlos. Las intuiciones y conceptos personales que van surgiendo en mí me sorprenden a mí misma, pero, como dice Spengler, no puedo elegir, tengo que pensar como pienso porque ese es mi modo personal y porque soy, como toda persona que piensa y escribe (lo que Spengler llama “pensador”) conducto de experiencias no sólo personales, no sólo heredadas, sino también polinizadas por los pensamientos de otras y otros.

Para mí lo atrayente del ensayo es que puede no ser filosofía, no ser academia, por lo que permite saltos intuitivos que son como hitos en el camino que pueden guiarnos a estudios más profundos (en los casos en que la intuición encuentra eco en otros), o puede quedar en simple intento de fijar la intuición, como quien dice, a modo de prueba. El ensayo me parece más que nada, un instrumento de sondeo.

Martín Cerda opina que: *Lo que define... al ensayista [es] la pregunta que arriesga al porvenir y que, casi siempre, encubre o enmascara bajo el aspecto de una digresión ocasional. ...El ensayo sería... una interrogación enmascarada que adelanta el pensador al porvenir.* Sondeo e interrogación son sinónimos en este caso, ambos conceptos hablan de búsqueda en el universo de lo desconocido, que atrae, alimenta y alienta a escribir ensayos.

III.

La literatura es algo maravilloso. Es posible que exista sólo y precisamente por ser bálsamo para el alma en los momentos de aflicción cuando se vive eventos completamente incontrolables, lo que manifiesta nuestra vulnerabilidad tanto en lo personal como en lo general. Esos son momentos en que leer y escribir son la tabla de salvación.

Un ejemplo es el texto que encontré y traduje en un momento de aflicción. Está en el número del ciento-cincuenta aniversario de la revista Harper's publicado en 2000. Se trata de un comentario de Guy Davenport —ensayista a quien yo admiro muchísimo— sobre John Ruskin, autor y artista británico decimonónico:

“Después de su estadía en Oxford, donde escribió dos libros antes de graduarse, [John Ruskin] se casó con Effie Gray. No supo qué hacer en su noche de bodas, y —durante seis años— no hizo nada. Effie era bella, encantadora y quizás tan ignorante como Ruskin del tema de la procedencia de los bebés. Tim Hilton, el más reciente biógrafo de Ruskin, en su magnífica nueva biografía *John Ruskin: The Later Years...* trata el matrimonio peculiar en forma comprensiva y con mucho tacto. Hace ver claramente que Ruskin, con impresionante ignorancia y planeación inconsciente, puso a Effie y el pintor prerafaelita John Everett Millais en una proximidad tan deliberada durante una excursión de pintura, que la naturaleza hizo lo que siempre hace con veinteañeros que comparten un dormitorio en una cabina rústica. Effie pidió el divorcio, se casó con Millais, tuvieron una numerosa familia y vivieron felices comiendo perdices”.

Este tipo de textos me divierte muchísimo y me alivia de mis penas.

EL HÚNGARO

El húngaro es la lengua de mi soledad introspectiva. Es la lengua en que siento la presencia quedamente expresada de mi madre. Mi madre que no habla a la razón sino al sentimiento. Y en húngaro siento también la presencia siempre enciclopédica, informativa de mi padre de quien tengo también mis primeras referencias en lo literario. En húngaro me puedo acercar a mi niñez, tiempo en que, por ser la primera nacida he podido aclimatarme a la soledad que no es en nada negativa, sino que es el tono en que puedo observar, ver, concebir, vivir y crear desde mi propio ritmo interior. Es la lengua de mis primeros tres años de vida de cuyo transcurrir sólo percibo destellos lejanos. Pero es sin duda la lengua en que por eso mismo estoy más cerca de los estratos profundos de mis ser. Es un área de mi mente en que hay sol y sombras que se mueven, área en general luminosa y confortable, área en que me siento protegida y resguardada de peligros. Área cobijada por el atento cuidado de mi madre. Cuidado puntual, cuidado regido por reglas estrictas, por una estructura muy establecida que de algún modo daba sin embargo seguridad y sosiego.

ASUNTO LINGÜÍSTICO

Veo un auto que frena ante un tope, pienso en inglés que tengo tiempo para entrar al camino antes, mientras el auto “negotiates” el escollo. El uso del verbo *negotiate* revela una distancia entre el pensamiento que hace de trasfondo al inglés y el que da fondo al castellano. Mientras tiene el sentido del negociar, al igual que en la lengua mayoritaria de los hispanoparlantes, también se amplía al concepto de sobreponerse a un obstáculo. En la mente inglesa el negociar abarca también el movimiento de objetos o elementos, mientras que en castellano es cosa más bien de relaciones entre personas.

LAS PALABRAS

Es ardua la tarea de formular palabras de tal manera que expresen ideas que se dirijan a mujeres y varones por igual. Habrá que estar intentado hacerlo hasta que se pueda lograr. Para hablar e incluso para expresar las ideas estamos atados a usar la lengua que tenemos, la única de la que disponemos en cuyos pliegues están grabadas a fuego mil sombras que la han alterado y le han quitado elementos que expresan lo femenino.

Reitero la imagen que ya conocemos. Un diminuto y esforzadísimo espermatozoide encuentra el óvulo y lo penetra. Lleva la mitad del mensaje genético que formará el nuevo ser. La otra mitad está dentro del óvulo y entre los dos forman la célula completa que desde ese mismo instante tiene la identidad genética que tendrán todas las células de ese nuevo ser. La contribución masculina se dio con el uso de una enorme energía, una energía que debía proveer el movimiento del flagelo con que el espermatozoide ha superado el movimiento de todos sus hermanos congéneres, todos los obstáculos que se le presentan nadando contracorriente. Esa competencia, esa energía particular es genéricamente masculina y se proyecta luego en todas las manifestaciones de la existencia del ser vivo. En los humanos es la energía física y metafísica que anima todos los aspectos de la vida, la cultura y la manifestación de humanidad genéricamente masculinos.

Después de la fecundación entra a actuar la energía genéricamente femenina. El óvulo, muchísimo mayor que el espermatozoide, provee la energía inicial para que sobreviva la nueva creación, para que pueda multiplicarse. La energía genéricamente femenina es la que provee la nutrición, la posibilidad de multiplicación y de sobrevivencia. La energía física y metafísica de género femenino aporta el cobijo, el alimento, y el transporte mismo, protección y refugio, genéricamente femeninos en todas sus manifestaciones.

El impulso vital surge cuando, y sólo cuando las dos energías se suman. La energía masculina que no encuentra

un óvulo perece, simple y llanamente. Millones de espermias perecen en cada intento de formar un nuevo ser vivo. Los elementos femeninos deben esperar pacientemente la llegada del elemento masculino para que se dé la fertilización y la multiplicación. Y los elementos masculinos y femeninos que no encuentran su contraparte perecerán por igual, aunque sus números varían.

Una mujer nace con una cantidad determinada de óvulos. Por el contrario, el órgano sexual de un varón produce una y otra vez millones de espermias. Quizás en estos elementos básicos esté incluso inserta ya la semilla de ideas como lo finito y lo infinito. Porque las ideas nacen de nuestras mentes que funcionan en un cuerpo vivo, son productos de algo vivo y material que es nuestro cuerpo. Y este cuerpo nace de ese momento en que el esforzadísimo espermia encuentra la paciente óvulo.

Hasta ahí el aspecto biológico. Ahora veamos nuestro modo de hablar de ello.

Miren ustedes, observen que debo usar una palabra de género masculino, “el óvulo”, para expresar la parte femenina que origina nuestro ser. En el lenguaje nacemos de un elemento masculino que se inserta en otro elemento masculino. Curioso, ¿no? Yo soy pintora y durante años me dio por pintar huevos. Y cada vez que hablaba de mis pinturas se daban entre quienes me escuchaban algunos que entendían que yo hablaba de testículos. *El* huevo. Lo pone la gallina, pero resulta en un producto masculino. *El* óvulo lo porta la mujer en su ovario (género masculino) que baja a *el* útero (masculino también). Menos mal que tenemos también palabras como vulva y matriz que son de género femenino. En cambio, el varón no tiene el mismo problema. Sus partes íntimas están aseguradas con terminología debidamente masculina.

El castellano —o si se quiere, el español— será nuestra “lengua materna”, la que aprendemos en gran parte de nuestras madres, pero es lengua formada, transformada e influida por los creadores, implementadores y conservadores del patriarcado. Miles de años de ideas son las que respira nuestra lengua

derivada de otras, sí, pero la que verdaderamente tenemos, la lengua en que soñamos.

Hemos tenido quizás otros modos de hablar, de expresarnos. Intentamos retomar lo que se ha olvidado y quizás no valga la pena hacerlo. Quizás la tarea de fondo es crear, explorar, sacar desde lo hondo las ideas para que vayan creando nuevas realidades que se reflejarán en nuevas formas verbales. Surgirá de nuestras tomas de conciencia un nuevo lenguaje, porque la lengua, todas las lenguas, reflejan modos de pensar. En la medida en que aprendamos a reevaluar los elementos del género femenino en nuestro interior, en nuestra cultura y en nuestra vida, fluirán las palabras que necesitamos para expresarlo. La lengua misma en la que hablamos, leemos y nos comunicamos será, paradójicamente, nuestro instrumento de trabajo. Las palabras se transforman, adquieren vida nueva.



EL PATRIMONIO

Se dice: Patria. Y así, con mayúscula, la mayor parte de las veces. No se dice “matria”. Se dice “patrimonio”. Matrimonio, no, eso es otra cosa. Es más bien hacer entender que la madre es patrimonio... ¿Qué se diría en el tiempo de las madrecitas?, no sabemos. Tras más de cuatro milenios no queda rastro claro de ello. En las tablillas de barro que guardan la primera escritura, la de la lengua sumeria, aparecen palabras y éstas se pueden leer, pero como yo no puedo, nada de sabio puedo comunicarles al respecto de este fantasma del género en esa antigua lengua. Me tengo que atener a quitarle los velos en nuestro idioma, el castellano.

Las palabras esconden mundos de pensamiento mucho más allá de su sonido. Y esconden símbolos que manejamos, no siempre a sabiendas. Tomemos lo del patrimonio. El diccionario dice: “PATRIMONIO s. m. (*lat. patrimonium*). Conjunto de bienes que una persona hereda de sus ascendientes o por cualquier otro procedimiento”. Más abajo está “PATRIO, A adj. (*lat. patrius* relativo al padre). Relativo a la patria. 2. Relativo al padre”.

Ahí tienen ustedes, ¿no tenemos madre! Y nuestra madre si tiene propiedad (cosa que en usos y costumbres,⁷ por ejemplo, es rarísimo), esa propiedad de todos modos lleva el sello masculino de “patrimonio”. Le vino de su papá, o del papá de su papá, pero de un padre.

Este desmadre⁸ en la lengua (¿ya vieron que no hay “despadre”?) tiene como fondo todo el universo de conceptos que se relacionan con la propiedad. Los ciudadanos griegos eran varones. Miles de años antes de ellos la propiedad, en la mayor parte de las culturas, era de varones.

⁷ Método de gobierno de los indígenas de Oaxaca.

⁸ Palabra coloquial que designa desorden.

El apellido lo heredo de mi padre. Llamarse Picasso es un acto de rebeldía. Resulta que el señor se llamaba Pablo Ruiz y lo de Picasso le viene de su madre. Se dice que adoptó ese apellido para no afectar a su padre. Afectar a la madre no es igual. Eso de que heredamos con el apellido del padre se debe a que la propiedad va a quedar “siempre” inscrito en los lugares en que esas cosas se inscriben con la misma palabra. La tierra de Ruiz va a ser siempre de Ruiz, aunque pasen generaciones. Los pinceles de Ruiz, para que no se ensucien, quedan como pinceles de Picasso, porque de todos modos la madre ¡no pinta! Porque incluso hasta hace poco estaba mal que la madre pintara; se consideraba que su lugar estaba en la cocina y al lado de la cuna. O en la cocina y con el crío cargado en la espalda.

Las escrituras en que la propiedad va de Ruiz en Ruiz eran quizás más fáciles de redactar, yo no sé. En todo caso, hasta hace poco jurídicamente las mujeres no éramos ni siquiera *personas*. Así es. Se refería a la mujer como quien habla de una propiedad o, perdonen ustedes, ¡casi se me olvida!, ¡patrimonio! Y el patrimonio es en general de un solo padre y de su familia que son, a su vez, su patrimonio.

En sociedades donde rige un orden más femenino, como en algunas aldeas de un país de África cuyo nombre no recuerdo, donde son las mujeres las que construyen conglomerados de casas de adobe con sus manos y decoran sus muros de adobe redondos con sus propios motivos decorativos, en esos lugares adonde todavía no ha llegado la ley del patrimonio, resulta que la propiedad, la vivienda, los espacios, todos son compartidos y no tienen un propietario particular. La cosecha se pone en un granero que los habitantes del conglomerado —que mucho se parece visto de arriba a una colmena—, comparten. La comida no es más de unos que de otros, es de todos.

El patrimonio, las leyes que lo rigen, la acumulación del patrimonio, del capital, el aumento *ad infinitum* de la riqueza, los imperios, las patrias, son manifestaciones del poderío masculino. Poderío que deriva de esa urgencia que ya hemos mencionado, de la necesidad del esperma de llegar al óvulo antes que sus hermanos, por encima de sus hermanos y a costa de los

hermanos. No importa que el patrimonio o la patria lo manejen mujeres o varones. El principio es el mismo, la conducta que dictan las problemáticas que surgen del patrimonio se manejan de la misma manera.

El patrimonio puede ser codiciado. Un padre puede querer el patrimonio de otro, una patria puede querer el patrimonio de otra patria. Esto se puede manifestar en palabrerías, en asaltos en la luz del día o a hurtadillas, y en guerras. El Imperio Acadio. El Imperio Romano. El Tercer Imperio. El Imperio Británico. El Imperio del Sol Naciente. Invadiendo países vecinos y los vecinos de los vecinos. La destrucción de Bagdad y la Invasión de Iraq.

Estas ideas están muy vivas en nuestro idioma, nuestra lengua, muy materna será, pero expresa en muchas formas el sistema de vida que durante milenios maneja el patriarcado para bien y para mal.

LA MUJER Y EL LENGUAJE

Considero muy importante, incluso esencial la contribución que el precursor de la psicología profunda C.G. Jung hace a nuestra cultura. Fue un gran pensador y sin embargo estuvo, como lo estamos todos, influido por las ideas de la época en que le tocó vivir. Escribió un libro llamado *Man and His Symbols / El hombre y sus símbolos*. Siendo autor muy prolijo, seguramente escogió con esmero el título de su libro y, escritor de su época, consideraba, seguramente, que al decir “hombre” hablaba de la humanidad.

El uso de las palabras está en un tiempo de ajuste. Una mujer que lee “hombre”, sabe que eso no es *ella*. Una mujer que lee en inglés, en el título del libro de Jung, “his”, el pronombre posesivo netamente masculino, debe quedar además con la sospecha, aunque no sea más que subliminal, de que los símbolos de los que hablará el libro no son los de ella, o que quizás puedan no todos ser de ella, o que tal vez sean símbolos que entienden, manejan y absorben como suyos los varones, los mismos que los han usado en el lenguaje escrito principalmente por *ellos*. (Es curioso notar que hay dos nombres para designar uno de los sexos: “hombre”, “varón”, pero uno sólo para el otro: “mujer”.)

La mujer sabe que no es hombre, sabe que ella es mujer. En el caso de las escritoras creo que depende mucho del temperamento de la mujer que escribe cómo esto puede o no afectarle.

Aquí no se trata de culpas. Simplemente llega un momento en que hay que refrescar los conceptos y el lenguaje, porque los elementos que hay en él y que son caducos no funcionan para una gran parte de la humanidad, la parte femenina, y quizás no funcionen del todo incluso para los varones cuyas vidas se van desarrollando junto a mujeres que piensan, hablan, leen y escriben.

Las mujeres, me parece, han pensado siempre, igual que los varones, pero durante un larguísimo periodo de siglos no han

hablado y ciertamente no han escrito. La gran mayoría de las mujeres no habla aún ahora. Las cosas que muchas mujeres dicen entre mujeres, o que saben que pueden tomar por sentado como ideas compartidas con otras mujeres, en la mayoría de los casos no se mencionan cuando hay presencia de varones, mucho menos cuando esa presencia es mayoritaria, como aún sucede con frecuencia entre los que piensan y además hablan y escriben.

En libros patriarcales en su esencia, como la Biblia, las mujeres no hablan. No sabemos lo que opinan. No tienen voz. No hay profetas mujeres, no hay sacerdotisas mujeres, no hay místicas mujeres en la Biblia. Los relatos sobre mujeres, como el libro de Ruth, están escritos por varones. Hay en el Antiguo y Nuevo Testamentos innumerables reglas y prohibiciones que regulan la conducta de las mujeres, todas escritas por varones. No hay en la Biblia reglas ni prohibiciones que regimenten la vida de los varones y que estén escritas por mujeres. Esto es interesante mencionar porque la Biblia incide en forma profunda en el pensamiento de Occidente.

En nuestros días muchos elementos de los pensamientos, y del lenguaje que los expresa y que nos han guiado durante milenios, están cuestionados. Y en cuanto se los cuestiona la estructura misma que los mantiene en su lugar se tambalea.

Las cosas de peso de las que hablan las mujeres entre sí y que no comunican a los varones durante siglos son esas inquietudes como la que representa el no reconocer en el lenguaje mismo su presencia, su existencia, su verdad. El desmoronamiento que esto produce en la psique femenina es durante largo tiempo inconsciente y ahora que surge a la consciencia tiene un efecto muy corrosivo.

Anteriormente creo que los varones habían percibido, probablemente en el mismo nivel inconsciente en que se manifestaba en las mujeres, estos desajustes en la interacción de ideas y actitudes y es, me parece, precisamente por eso que han ejercido su poder y han inventado las leyes e imposiciones que gobernaban la vida de la mujer a su lado.

Y entonces, ¿qué va a suceder ahora? ¿Se va a desplomar el mundo? Ciertamente no. El mundo entero no. Pero sí va a cambiar. Y saber adónde va este cambio es por cierto imposible, porque va a demorar un tiempo probablemente largo. Llegar a los conceptos y elementos del lenguaje que ahora manejamos ha tomado tiempo. Y aunque el desarrollo de los cambios es a veces pausado y a veces, cuando aparecen escritores geniales, es más acelerado, de todos modos el cambio que viene es bastante complejo y demorará.

Y eso, en el caso, como lo pienso en forma optimista, en que la situación de las mujeres pueda seguir evolucionando, en el caso en que se mantenga la posibilidad de que más mujeres se puedan educar, puedan pensar, aprendan a escribir, escriban y de ese modo participen en la cultura.

Y es de temer, porque es perfectamente posible, que se produzca una situación represiva en que los varones intenten nuevamente tomar en sus manos las riendas del dominio de las mujeres. Se nos dan ejemplos de ello incluso hoy en día, en varias culturas. Pero pienso, porque, como dije, soy optimista, que ya existe la semilla del nuevo pensamiento y del nuevo lenguaje y aunque se demore, aunque se intente secarla, aunque se la reprima, eventualmente dará sus frutos y se hará parte de un nuevo entorno cultural.

EL ORDEN Y LA REPRESIÓN

En todas las sociedades que me ha tocado conocer hay segmentos que aprecian el orden por encima de todo otro modo de vida. Los que prefieren el orden tienen generalmente mucho que proteger: bienes, herencias, cosas en su mayoría materiales. Cuando se da una situación de inconformidad y de rebelión social, como la que ha vivido durante más de seis meses de 2006 la zona del estado de Oaxaca, se produce desorden y esto resulta muy incómodo y hasta temible para los que defienden *à outrance* la vida ordenada.

Los que se manifiestan en rebeldía son ciudadanos que pocas ventajas materiales tienen, por lo que sienten que poco tienen que perder con el desorden y esto los vuelve muy osados. Los rebeldes además están ejerciendo la libertad que ellos suponen que está protegida por leyes que rigen el país.

Los que buscan más que nada el orden, se preocupan muy poco de la libertad de los rebeldes. Además, ambos grupos quieren sobre todo la libertad propia y en las áreas en que se entrecruzan estas libertades es donde surgen los conflictos. Cuando los conflictos no encuentran una solución pacífica, a través de tratos verbales (lo que requiere siglos de práctica política), y se impone el orden con armas, policía de asalto y *manu militari*, se produce el tipo de orden cuya terrible sombra de represión se cierne sobre Oaxaca.

Este tipo de orden se parece al de los cementerios y recuerda la operación militar de fin del siglo XIX que la República de Chile emprendió contra la población araucana que había resistido al hombre blanco durante cuatro siglos. Esa operación se llamó: la Pacificación de la Araucanía, terminología basada en el concepto de que un araucano muerto es un araucano pacífico.

La pacificación de Oaxaca no llegó a los niveles de exterminio que ejercieron los chilenos, pero es uno de los ejemplos históricos para eventos tras los cuales se produce

la especie de orden que comento. Esos ejemplos son mucho más fáciles de encontrar que los que se ubican cuando se busca modelos de entendimiento mutuo.

Me vienen a la memoria otros casos como el de György Dózsa,⁹ de Hungría, o de Louis Riel,¹⁰ de Canadá, ambos líderes de levantamientos que causaron gran revuelo. Tras sus ejecuciones se restableció el orden.

La represión es siempre terrible, siempre dolorosa y siempre inevitable cuando vuelve al poder el sector de la sociedad que se ha sentido agraviado por el desorden. Son tiempos difíciles los que toca vivir a los habitantes de en esa bendita tierra tropical.

⁹ György Dózsa. (1470-1514) líder de un levantamiento campesino (contra la oligarquía de Transilvania, tierra tradicional húngara, precursor de la Guerra de los Campesinos de Alemania, 1524-26), ejecutado de modo particularmente cruel: fue puesto sobre un trono de hierro calentado al rojo vivo y sobre su cabeza colocaron una corona igualmente ígnea.

¹⁰ Louis Riel (1844-85), insurgente canadiense, líder de dos sublevaciones de indígenas y *métis* (mestizos); fue miembro del parlamento canadiense y tras la segunda rebelión (en que se exigía la restitución de tierras), fue declarado hombre fuera de la ley, condenado por traición y ejecutado en la horca.

EL PODER Y LA IMPOTENCIA

El componente esencial de la política debe ser la búsqueda de consenso para que un grupo humano logre vivir en armonía. Sin embargo, este fin está frecuentemente olvidado y archivado, circunstancia en que se percibe la búsqueda del poder como fin de la política.

La mención por parte de los políticos de la necesidad de la justicia social, o del bienestar de uno u otro grupo humano es sólo anzuelo, espejismo mental con que atraen el apoyo de los que votan. Para muchos políticos los esfuerzos de impulsar la justicia o el bienestar son secundarios a la política misma, y cuando de hecho aparecen como tales sirven en primer término como fines políticos, como modos de afianzar el poder y sólo tangencialmente aparecen en su propia esencia.

El poder (que veo principalmente en manos de varones) a su vez me parece una proyección de la virilidad y el mantenerse en el poder resulta por eso una necesidad, un trabajo, con el que se afirma la virilidad misma, la potencia. Pocas son las mujeres en quienes se da una virilidad psicológica de suficiente rango como para impulsarlas a buscar el poder. Es la razón, según mi ver, de que en la política participan menos mujeres que varones. Las mujeres tienen tendencia a cohesionar unas con otras (incluso experimentan placer en ello), no tienden a ser competitivas. Tienden a ayudar unas a otras, no a eliminar a sus semejantes otras.

Hay cierta actividad política que es pura y simple búsqueda del poder que manifiesta sólo un anhelo, el de ser quien manda, quien domina a los otros componentes de la sociedad, tanto varones como mujeres. Quienes sirven los intereses de este tipo de políticos se comportan como cómplices porque tienen menos seguridad en sí mismos, remedan la potencia del poderoso, fomentan la potencia del que ya obtuvo el poder y así acceden a compartir el dominio de otros. Muchos son los que así sirven en la política, y hacen que los sistemas políticos prosperen. Sería imposible que hubiera dictaduras si no fuera este el caso.

Las personas que tienen una mínima seguridad en sí mismas ponen en peligro a los políticos y son perseguidos sin ningún miramiento por ellos, por la causa misma de no poder ser dominados ni ser lacayos o cómplices obedientes. Artistas, de todas las facetas de las artes, han experimentado ser perseguidos por los políticos cuyas órdenes no acatan, precisamente porque son capaces de concebir su autonomía y no ceden al sometimiento que los políticos necesitan para mantenerse en el poder (lamentables excepciones, como sabemos, son los artistas que están dispuestos al sometimiento político, a cambio de sacar adelante su propia obra). Los artistas insumisos prefieren vivir en la miseria, callarse, emigrar, quedar en el anonimato —cosas todas que son contrarias a su deseo y conveniencia—, con tal de mantener su autonomía y su respeto a sí mismos.

Me parece que la impotencia sexual, o el temor a ella, consciente o no, tiene que ver, en el caso de algunos, con la búsqueda del poder, y por ello el interés desenfrenado en la política. Aquí no se trata de simple somatización inversa de una condición física. El fenómeno es frecuente en sistemas sociales y políticos en que la autoridad es vertical, donde desde el nivel de familia hasta las instituciones estatales se vive con una sensación de impotencia. También se da cuando las instituciones de una sociedad no funcionan, cuando predomina la corrupción, la ignorancia y la simple y plana estupidez. Quien trata de hacer algo en estas condiciones se encuentra con muros impenetrables y con la sensación de no poder lograr lo necesario, lo deseado, o incluso, lo imprescindible. Esta impotencia creo que lleva a que se viva con la sensación de que tener poder es lo más importante, que es algo sin lo que no se puede vivir, salir adelante, subsistir.

He visto y sigo viendo mucha violencia en países que me ha tocado visitar o países en que he vivido, pero nunca he experimentado una carrera tan desaforada por el poder, un politiquerío tan extenso, al mismo tiempo que modos serviles

tan encarnados como los que observo en años recientes en Oaxaca. Porque lo servil es antítesis y complemento del poder. Algunos de entre los que sustentan el poder, sean padres, hermanos mayores, presidentes de ayuntamientos o de la república, no toleran la oposición, y jamás cultivan en sus hijos o súbditos la habilidad para cuestionar, examinar, discutir ni diferir sobre ideas o discursos. Lo que es más, la oposición ni siquiera es tolerada. Como resultado se tiene la sensación de que no se puede dar que se sienten a conversar en forma pacífica las personas que no están de acuerdo sobre algún asunto. Ni los políticos, ni los vecinos de barrio, parecen lograr hablar con los que se oponen a sus ideas. Y con demasiada frecuencia se prefiere solucionar los problemas a balazos: los muertos no difieren. En la política totalitaria la muestra última de quién manda, quién tiene el poder, es matar al que está molestando, eliminarlo, hacerlo a un lado. Pensamiento espermático, al fin, llevado a sus últimas consecuencias.

EL RIESGO

Una vez a la semana veo en la tele un programa de análisis político que me gusta. Se llama Primer Plano, y lo transmite el Canal Once de la Ciudad de México. En este programa de debate participan dos historiadores y analistas que me gustan especialmente. Uno de ellos es Lorenzo Meyer y el otro, Sergio Aguayo (quien viene precedido de una nariz admirable). El programa tiene siempre cuatro segmentos y en cada uno se analiza un tema diferente.

Sergio Aguayo presentó un tema que siento que tiene elementos verídicos que me tocan de cerca. Llamaba la atención de Aguayo la situación de un gobernador de uno de los estados (de México) quien declaró que no iba a hacer nada ante una pelea con amplia cosecha de muertos entre dos bandos del narcotráfico que están asolando la nación entera. Aguayo mencionó que esta actitud es igual al del presidente de la república quien no hiciera nada para intervenir en la crisis de Oaxaca durante un largo periodo de tres meses, a contar de los primeros eventos de violencia y muertos que se habían producido. Aguayo comentaba que este no hacer nada era un especie de rasgo nacional y otro comentarista presente, Francisco Paoli, acotó que en efecto este es un rasgo mexicano especial y mencionó el caso de un presidente de la república que era muy dado a las bromas y que comentaba que cuando llegaba a su escritorio un documento describiendo un problema lo que hacía era guardarlo en uno de sus cajones; lo dejaba ahí algunos meses y para cuando sacaba de nuevo el documento el asunto ya había encontrado solución, así que ¿para qué molestarse en primer término? ...Es lo que Atahualpa Yupanqui menciona cuando dice que en el camino se acomoda la carga que lleva la carreta.

Este no hacer nada, no decir nada, no moverse ni hacer ruido, es una modalidad muy generalizada entre la gente de mi entorno. Es una de las reacciones producidas por el miedo,

ante alguien que se presume que tiene poder sobre la persona callada e inactiva. (El miedo es un componente importante de la conducta de los mexicanos, producido por siglos, y quizás milenios de sistemas autocráticos y aplastantes). Es posible concebir que para el presidente en marras la solución del problema representara un riesgo. De hecho, toda solución de problema implica un riesgo. Evitar el riesgo es una política, como lo es asumirlo. Hay muchísima gente que se interesa en el poder con el solo fin de estar cómodamente instalados en él y no porque sean estadistas, no porque sean personas creativas que quieran modificar una situación ni porque sean personas con agallas que puedan tomar un riesgo.

Para mí que vengo de otra cultura este es un rasgo muy difícil de asimilar. Quizás sea estupidez política de mi parte, pero creo que no se puede lograr nada positivo ni creativo, en ninguna actividad humana, sin arriesgarse.

LA CONDUCTA DEL TIRANO

Si es cierto lo que supongo, que somos seres biológicos, que nuestra interioridad psicológica misma está condicionada por lo biológico, tiene que admitirse que no podemos actuar sino en el modo en que nos hemos desarrollado como seres vivos, siendo que la estructura misma de nuestra mentalidad está condicionada por la manera en que las células de nuestro cerebro han sido entrenadas, desde el comienzo mismo de nuestra vida. Las rutas de nuestro pensamiento que en el cerebro están trazadas por repetidos impulsos eléctricos, están influenciadas por la biología de nuestra organización celular. Esto tiene por fuerza que influir en nuestra conducta.

Que la conducta se pueda modificar es algo que creo posible, pero esa modificación es muy lenta y trabajosa y requiere la participación del individuo que la sufre. Excepción es el caso, según se ha demostrado, del así llamado “lavado de cerebro” —que puede revertirse según lo ha demostrado experimentalmente Rolando Toro en los 1960’s—; es decir, se puede crear conexiones mentales y esas pueden también ser borradas.

Pienso en estas cosas cuando veo que, a un tirano, persona acostumbrada a la conducta totalitaria y agresiva, le piden que cambie de conducta. Es el caso de lo que pide un grupo de gente que demanda la renuncia voluntaria del gobernador del estado, como condición para una transacción política. El gobernador, condicionado a ejercer la violencia sobre otros, bien puede ser una persona que a su vez ha conocido la violencia como único medio de comunicación humana y ha aprendido a reaccionar violentamente a la violencia que se ha ejercido sobre él. Por lo tanto, pedirle que renuncie a lo que finalmente ha logrado, que es ser *él* quien está protegido por la violencia que ejerce y no víctima de ella, es un absurdo. No creo que lo pueda hacer, así como así.

Creo que el gobernador sólo renunciaría si algún elemento, institución o lo que sea lo obligara a ello por algún medio. Eso es casi imposible de suponer.

En todo caso un tirano no funciona por razones de ética o de lógica, y los tanteos, sugerencias e incluso agresiones menores, no le afectan; sólo lo vuelven agresivo a su vez.



LA REVISTA PROCESO

En por lo menos veinte de los últimos treinta años, que a una mujer le dijeran que era feminista sonaba tan denigrante como cuando la llamaban prostituta. Yo que he vivido alejada del feminismo militante reconozco que he cambiado en los últimos años. Anteriormente en asuntos que atañen a la suerte de las mujeres me he mantenido en el camino de la discreción, me he limitado a observar y entender los fenómenos que me rodeaban. De entender cabalmente estoy todavía muy lejos, pero de observar no me puedo abstraer, y confieso que últimamente con frecuencia se me ha subido la leche y me veo impulsada a hacer lo que hago, que es escribir, aunque lo hago partiendo de enormes carencias en cuanto a preparación para poder expresarme con la profundidad que desearía.

Sabemos ya que las imágenes preceden en nuestro desarrollo como humanos al uso de las palabras. Ítalo Calvino opina que las imágenes son el germen de la literatura misma, del acto mismo de escribir. Ante algunas imágenes que me toca ver surge renovadamente una sensación de inquietud, de toma de conciencia, de percepción. Es el caso de lo que me impulsa en este momento.

Se han cumplido treinta años desde la fundación de la revista llamada Proceso que dedica sus páginas más que nada al análisis político de la situación que reina en México. Proceso se funda, al parecer, al mismo tiempo que la revista Vuelta. Octavio Paz y Julio Scherer, amigos y colaboradores en momentos anteriores bajo otros techos, fundan casi al mismo tiempo revistas, una dedicada principalmente a la literatura y la otra a asuntos de política. Scherer es el que arriesga ser el portavoz, junto con su equipo de Proceso, en situaciones de verdadero riesgo personal, en nada metafísico.

Estuve hojeando el número dedicado al treinta aniversario de la revista y me encuentro con un fenómeno que me acosa ya

repetidamente, y que esta vez me da muy de frente en la cara. Aparecen imágenes de varones, una tras otra. El tono general de la revista es de protesta, de rebelión. En todo su recorrido muestra dientes y uñas para manifestar la inconformidad, analizar y denunciar la corrupción, los sobornos, los engaños políticos. Se percibe un esfuerzo de estar constantemente revolviendo lo que no se debe, de decir lo que no se dice. En las circunstancias que se viven en México esto es señal de valentía y rectitud, pero al mismo tiempo esta modalidad otorga a la revista un tono de voz en general crítico. No es su intención enaltecer, sino traer a nivel de tierra a los poderosos, sobre todo porque señala una y otra vez a los que usan su poder en forma despreciable. En las páginas de la revista se percibe que el poder está en manos de varones, y el poder hablar contra el poder también está siendo ejercido por varones; es cierto que no exclusivamente, pero por lo menos en forma arrolladoramente mayoritaria.

De este modo cuando se revisa la actividad de la revista ilustrada con las imágenes que corresponden a los treinta años, se percibe la presencia sobrecogedora de la lucha de unos contra otros en que la revista resiste a los que oprimen, manejan, poseen, violentan.

La presencia de las mujeres, cuando es destacada, es sobre todo para denigrarlas, como es el caso de las denuncias contra las actividades de Martha Sahagún quien fuera la esposa del presidente de la república, que desde la sombra de su marido pretendía acceder al poder. O si no, son mujeres que apoyan el trabajo de los varones, sea desde el punto de lo que la revista critica o dentro de ella misma, para servir de apoyo a los que se arriesgan y se oponen a los intentos de acaparamiento del poder.

La serie de imágenes del aniversario de la revista Proceso refleja en forma visual un desequilibrio completo dentro de nuestras vidas y de nuestra cultura. La percepción para mí reciente de este desequilibrio es lo que causa mi reacción y me impulsa a la actividad y al intento de análisis de lo que tengo delante.

Estoy fuera de lo que pudiera ser mi lugar. A pesar de que vivo en México en un periodo que corresponde a más de la mitad de los treinta años que celebra Proceso, no tengo la posibilidad de medir en forma eficaz cómo es la situación del poder y de la mujer. Conozco mejor un lugar como Canadá, país del que soy ciudadana y que emocionalmente considero mi espacio. Creo sin embargo que no puedo hacer comparaciones. No me queda por ello sino participar en el juicio de lo que sucede aquí desde una perspectiva externa y además muy alejada del centro del país donde se publica la revista y donde los cambios sociales y políticos están en etapas diferentes de las de la zona del sur en que habito, donde la situación política es más parecida a la que dominaba en el centro del país en los años en que la revista Proceso comenzó su trabajo.

Resumido: en las imágenes de Proceso se ve en forma preponderante a varones. Se los puede ver retratados singularmente o en grupos en que hay muchas personas sin que haya entre ellas una sola mujer. Donde aparecen mujeres en las imágenes de la revista se las ve en una de cuatro modalidades: como personajes secundarios acompañando a varones, como modelos bellas y jóvenes en los avisos que promocionan esto o aquello, como personajes denigrados, o como personas plenas y notorias vistas en un enfoque positivo. En esta última categoría sólo puedo evocar la foto de Raquel Tibol. Sin embargo, la foto no es para presentar un artículo que hable de la labor de ella; en vez, acompaña un texto laudatorio que *ella* escribe para celebrar el aniversario de la revista y la actividad de Julio Scherer. En la revisión superficial de la revista veo textos de varias mujeres. Una de ellas escribe crítica negativa (cosa bien merecida, a mi parecer), sobre Martha Sahagún. Otra escribe una nota sentida y laudatoria sobre Carlos Monsiváis, quien acaba de ganar un importante premio literario. Dos más que he leído son textos de escritoras estadounidenses que celebran el aniversario de la revista y su enfoque político.

Lo que percibo en la revista en años desde que la leo, y ello se manifiesta en este número de aniversario, es que es un

instrumento de lucha, un arma. El Pequeño Larousse define la política como: “Arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados./ Asuntos que interesan al Estado./ Modo de dirigirlos... / Por extensión: Arte de conducir un asunto para alcanzar un fin.” Este “arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados” se puede ejercer de muchas maneras, se puede “conducir... para alcanzar un fin” de muchos modos, pero, como digo, yo no veo que en México se ejerza tanto como arte, sino más bien como combate.

Como lo menciono en otra parte, creo que los humanos somos seres condicionados por la biología y nuestra condición biológica es sexuada. También he mencionado que tanto varones como mujeres tenemos en nuestra formación y actividad elementos femeninos y masculinos. Además, he mencionado que tanto varones como mujeres ejercemos con preferencia nuestra condición masculina y que en nuestra cultura se ha asfixiado el pensamiento femenino durante milenios, al punto que ya tenemos dificultad en reconocer su existencia.

La política no es sólo una actividad masculina, pero empleada con la sensibilidad masculina (sea de varones o mujeres) se convierte frecuentemente en un arma y como tal es un instrumento de dominio sobre el otro (el público, el pueblo, la persona) o sirve para sofocar la resistencia (por parte de los afectados) a ese dominio. La política se presenta en esta forma como guerra entre seres que comprenden las relaciones humanas sólo desde el punto de vista del poder o, inversamente, de la impotencia. El poder en los varones se practica de modo dominante, es cosa natural que sea así, y ese tipo de poder no admite discusiones. Esta sensación biológica se proyecta a todas nuestras actividades.

El tipo de política que podría calificarse como femenina es la que se dirige por consensos, por acuerdos, por negociaciones en las que prima el respeto al derecho ajeno que tanto hubiera querido ver instaurado un pensador mexicano como Benito Juárez. En el tipo de política que podría considerarse más femenina no hay elementos de lucha, no hay guerras. Nos

dice la arqueóloga Marija Gimbutas, que ha excavado capas de restos de civilizaciones, que regían durante doce mil años, en las que no encontró elementos bélicos. No hay restos de fortificaciones, no se ven armas asesinas, no aparecen huellas de guerras. Gimbutas ve estas civilizaciones como anteriores a la nuestra. No son sitios en que no haya habido organización social, sí la había, pero era diferente.

Los milenios han borrado muchas huellas, pero es evidente que, si ha habido civilizaciones en las que no había guerras y si había organización social, entonces existe la posibilidad de pensar en métodos de gobierno y modos de llevar la política que sean más benéficos que las que usamos en el presente.

Hace cuatro mil quinientos años, cuando comienza un cambio en el modo de llevar la vida política y la del poder, había ciudades y había organización social, pero ésta era diferente a lo que conocemos ahora. Sería por completo *naif* y torpe pensar que fuera conveniente volver al tipo de cultura que hemos abandonado hace tanto tiempo, pero es importante considerar los elementos que componían esas culturas y ver cuáles son los que sobreviven en nosotros, para de ese modo encontrar métodos factibles de instalar en nuestros sistemas presentes.

En el pensamiento masculino —tanto en varones como mujeres— es imprescindible tener armas, dominar, luchar, defenderse. En el pensamiento femenino —otra vez tengo que hacer ver que hablo tanto de varones como de mujeres—, existe la tendencia a la negociación, a la posibilidad de ceder, a la cooperación, a la solución colectiva, no basada en el poder absoluto.

Llevamos miles de años demostrando que el sistema masculino no lleva al acuerdo, ni a la colaboración, sino que produce resistencia. Tratar de doblegar sólo produce reacciones negativas en el otro.

Lo que es realmente catastrófico es que tanto insistir en nuestros métodos masculinos nos está llevando incluso a la destrucción de nuestro entorno.

La excelente revista Proceso representa a mi parecer —y estoy, me doy cuenta, generalizando— la actitud de las cosas en el modo del pensamiento masculino. Me pregunto qué pasaría si buscara insistir en resaltar lo femenino en la política —cosa que aparece de alguna manera en los artículos de este número de aniversario sobre el obispo Samuel Ruiz y Marcos, portavoces de la sublevación indígena. Y qué pasaría si se considerara las actividades de figuras femeninas que hayan logrado mantener su pensamiento como tal, que no sean serviles del pensamiento masculino. De hecho, tiene que haber muchas, puesto que más de la mitad de la población del país es femenina...

No creo que se deba ni que se pueda sacrificar el pensamiento masculino que se ha conquistado con tanto esfuerzo. Creo, sí, que se debiera modificar en la medida de todo lo posible con una mezcla, e incluso exaltación de nuestro aspecto femenino que tanto tiempo se ha asfixiado. Esa sí sería novedad. Quizás estoy soñando y quizás esto no encuentre eco, pero si no lo digo, ¿para qué escribo?

MIEDO

Tener miedo en momentos de peligro es cosa sana. La valentía consiste en seguir en la tarea, a pesar del miedo.

CÓRCEGA

En el canal de televisión de la UNAM¹¹ vi un programa de una hora sobre un grupo musical de Córcega, una isla en el Mediterráneo occidental —para mí desconocida antes de que viera esta maravillosa película—, más cerca de Italia que de Francia, pero provincia de ésta última. Los corsos, siendo isleños, tienen su propia música milenaria, sus propias costumbres y su propia lengua también milenaria. Durante tiempos bastante recientes, en que dominaba en Córcega en forma más autoritaria la voluntad del gobierno central de Francia, estuvo prohibido hablar el corso, y no estaban bien vistas ni las costumbres ni la música tradicional. En las escuelas se estudiaba las materias en francés y se seguían las costumbres de Francia.

Me pareció que había parecidos entre Córcega y Oaxaca. Algo de isla tiene también el Estado de Oaxaca en el hecho de que hasta hace poco topográficamente ha estado aislado del resto de la República Mexicana. En sus escuelas se enseña (con pocas excepciones) a hablar y escribir el castellano a exclusión de las lenguas originarias de los indígenas, porque (supongo que es la excusa), es difícil garantizar la educación en las dieciséis lenguas que se hablan hace milenios en estas comarcas. Hay también en esta zona milenarias culturas con sabiduría, costumbres, tradiciones y música muy especiales.

En Córcega vi desplazarse a los músicos que eran asunto del programa televisivo, en mejores caminos, mejores vehículos que los que veo en Oaxaca y en impecables vagones de buen ferrocarril. (Del ferrocarril en Oaxaca nos tenemos que olvidar, lamentablemente.)

En Córcega, una isla montañosa donde se ve más piedras que otra cosa, la música es de gran nivel, y es cosa muy compartida por los lugareños de cada pueblo adonde fue llegando el grupo que se filmaba. Estos músicos manejan instrumentos antiguos, pero su especialidad es el canto. La tradición musical corsicana

¹¹ Universidad Nacional Autónoma de México.

es la polifonía, en que una voz canta la melodía y dos o tres otras voces la siguen, pero en notas armónicamente distanciadas o contraviniendo la melodía misma. La polifonía es una forma musical muy antigua que se anota en Europa desde el siglo XII y que tiene su florecimiento más espectacular en el siglo XVIII.

Me conmovió escuchar a estos músicos, pero quedé herida en el costado cuando la cámara enfocó a un maestro de escuela de uno de los pueblos, quien habló de la necesidad de libertad para todos los aspectos de la vida y para expresar las formas culturales. También mencionó que se precisaba de la libertad para el desarrollo completo de cada individuo, de cada persona. Una frase del hombre, al hablar de la pobreza (que, como en Oaxaca, también está presente en Córcega), me quedó sonando como campana: “Mientras hay miseria, no hay libertad.” Y sí, pienso que tiene razón y que lo que su breve frase menciona esconde una enciclopedia de problemas y de realidades sociales.

Cuando hay pobreza extrema, cuando hay miseria, las personas que las sufren deben doblegarse a la realidad que se les presenta. Una autoridad que quiere imponer una manera de llevar la educación tiene al mismo tiempo la posibilidad de dictaminar asuntos de la economía y del orden que resultan limitantes para la libertad de cada integrante de un grupo social. No sigues mis dictados, no comes. No sigues mi voluntad, no tienes casa. No obedeces a mis órdenes, serás excluido del grupo de los favorecidos. No doblas la cabeza, desaparecen tus parientes en forma misteriosa.

El autoritarismo lo ejercen los que gobiernan al manejar la población instaurando el temor, y manejando los medios de supervivencia en forma que se las pueda negar o conceder según su criterio.

Los que tienen recursos financieros suficientes pueden intentar transar con los que gobiernan o por último pueden abandonar su terruño en busca de su libertad personal. La riqueza permite el acceso a la libertad en la mayoría de los casos. Los ricos pueden huir de los conflictos, pueden amurallar sus propiedades, llevar a otros lugares sus fondos financieros. Los que están en la miseria no pueden moverse, no pueden

acceder en forma natural y fácil a la buena educación, no pueden atreverse a protestar, no pueden ejercer su arbitrio, no tienen libertad.

Es sabido desde hace mucho tiempo que, si se mantiene a la población en la pobreza y la ignorancia, si se la mantiene suficientemente asustada, se la puede gobernar sin mayores problemas. Con un mendrugo de pan y algo de circo los romanos pudieron gobernar y mantener su imperio durante siglos.

Por lo que percibo en la frase conmovedora del maestro de escuela hay habitantes en Córcega que experimentan la realidad de la miseria. Y no es el único lugar en que se la experimenta.

VER TRABAJAR

El trabajo alquímico es transformador de realidad y de percepción. Los otros trabajos más sencillos tienen también elementos que los hacen transformadores de la realidad. Creo que de ahí procede el placer especial de ver trabajar.

Cuando niña, volviendo a la casa desde la escuela me detenía junto a un taller ubicado en un sótano cuya ventana daba a la vereda para ver como allá abajo unos hombres trabajaban tubos de vidrio. Los movían sobre las llamas y veía yo maravillada que bajo el efecto del fuego se ablandaba el vidrio y parecía poder estirarse como un chicle rojizo. Luego formaban figuras con los tubos que se torcían, iban y volvían, se cerraban sobre sí y luego volvían a estirarse. Luego los hombres llenaban de gas los tubos retorcidos en figuras que iban deletreando palabras (con letras que yo entonces apenas estaba aprendiendo a leer). Enseguida los probaban: se veían palabras de colores, rosadas, azuladas, figuras de milagro de los anuncios con tubos de neón. El tiempo se detuvo. ¿Cuánto tiempo pasé ahí, mirando un día y otro la fabricación de los anuncios de neón? ¿Horas, minutos? ¿Ratos que se suman y que día tras día daban el cuadro completo? La fascinación, la delicia de mirar, de ver trabajar, lo recuerdo claramente.

En la Escuela Nacional de Cerámica en Buenos Aires, por ser alumna principiante no podía participar, pero sí ver al maestro Arranz quien se disponía a formar un mural de cerámica, con miles de baldosas que se numeraban y se agrupaban. Luego se cubrían con dibujos cuidadosamente trazados con líneas de resina mezclada con pigmentos que servían de pequeños diques de contención para los esmaltes que enseguida se aplicaban. Con el maestro Arranz la regla del juego era sencilla: se podía mirar, pero no se podía hablar ni preguntar nada. Esta no era una clase, y sin embargo lo fue, y fue otro momento para mirar como otros trabajan, mirar como se va elaborando poco a poco el revestimiento de un edificio, el muro de una sala, la bóveda de un espacio público.

También vale la pena ver como un pesadísimo motor surge del interior de un automóvil, como se lo alza poco a poco con una serie de cadenas con poleas cuya combinación permite que se pueda manejar el enorme peso con poco esfuerzo. Es como si de dentro de un monstruo destripado surgiera un bloque chorreante de aceite, sangre ennegrecida por el esfuerzo de mover un vehículo. Ver las manos de los mecánicos, siempre negras de aceites quemados, siempre en proceso de ser secados con huaipe (esa palabra que aprendí en Chile y que tanto me gusta), que se mueven entre herramientas increíblemente ingeniosas que multiplican el esfuerzo de sus músculos y les dan fuerza de titanes. Y a propósito del huaipe la palabra viene de “wipe” el verbo inglés para decir pasar un trapo. En México vi la palabra yonque. Viene de “junk yard,” nombre del patio de los desechos, donde se lleva a los autos ya inservibles, se les descuartiza para reusar lo que tienen de útil y luego el resto de sus fierros y hojalatas se los comprime para formar unos bloques, así como se deja el algodón o la paja en forma de fardos, para transportarlos.

Ver trabajar: ver cómo cinco agujas y un poco de lana producen en las manos diestras un guante o un calcetín: el hilo se va pasando entre dos agujas, una que está afuera del cuadrado formado por otras cuatro. Cuando acaban los puntos en una de las agujas, la de dentro se convierte en la de afuera y se comienza con ella tejer sobre la aguja siguiente del cuadrado cuyos puntos se van acabando; esta aguja interior es ahora la de afuera, otro movimiento para la tercera aguja interior, esta se convierte en la de afuera. Contemplo mesmerizada los movimientos, las vueltas, el ir en círculo, en espiral, el lento crecer del largo del tejido, milagrosamente concebido como una unidad sin costuras, que acaba en una forma humana: ya parece mano, ya tiene tres dedos, dos más y comenzará a moverse, a cobrar vida, como en los grabados de Max Klinger.

O cuando veo maravillada en la tele un chef, buenmozo, impecablemente trajeado, elegante como un dios, alegre y hábil. Nos demuestra mientras habla, cómo se rellena una codorniz, cómo se la pone en el horno, para ver en poco tiempo cómo surge, ya asada. El chef coloca graciosamente la diminuta forma en el medio de un bello plato de porcelana; prepara unas

verduras *en juliette*, impecablemente pasadas por vapor sin que hayan perdido su alegre colorido, pone las verduras a un lado de la codorniz, para hacer ver que tiene una suave almohada, que aún así, asada, tiene una última chance de echar un sueñito y luego con un movimiento veloz y misterioso en el aire hace que quede sobre el plato de porcelana un dibujo gracioso, un arabesco que rodea a la codorniz y las verduras. Un arabesco en alabanza a la diosa de todas las cocinas, la que vigila los misterios de la transformación de la carne muerta en alimento de los vivos *gourmands*. Es bello ver cómo trabajan los otros.

VACÍO CULTURAL

Oigo hablar de vacío cultural. Yo lo percibo no tanto como cosa de un lugar específico, sino como algo endémico del tiempo que vivimos. No sé cómo se va a desarrollar este siglo que es aún tan joven, ni en qué acabará la actividad cultural, y si tendrá una mayor influencia en la vida de todos. Es mi parecer que el mundo ha cambiado muchísimo desde que yo era niña. Es cierto que en cada generación los viejos dicen lo mismo. Pero yo me refiero a los efectos de la extraordinaria explosión demográfica que se nota mucho más en México que en Chile o Canadá. Sin embargo, en Chile y Canadá tampoco es de ignorar este hecho. La vida cultural de un grupo de, digamos, diez millones de personas se desarrolla en forma diferente de cuando el grupo es de cien millones, y no me imagino como será este efecto cuando se trata de mil millones. En el tumulto mayor las preocupaciones culturales se deslían.

Estamos además en un periodo de gran decadencia, que se hizo evidente ya en el siglo pasado cuando se terminó de demoler todo lo que se consideraba de importancia, sagrado o válido. Esta demolición tuvo lugar en dos guerras mundiales y otras guerras adicionales, que, aunque no se llamen mundiales han influido muchísimo, y mundialmente, en todo lo que atañe a la cultura.

Como ejemplo: Las religiones formales daban antaño una expresión a las manifestaciones de la psique. Esas expresiones estaban accesibles a la mayoría de los seres humanos. Tenían formas en que se podían manejar los aspectos menos racionales de la mente, formas en que se podía tratar los fenómenos con que se manifiesta nuestro ser que llamamos "interior". En esas circunstancias, entre los filósofos e intelectuales de muchas calañas, se empezó a esbozar la sensación de muerte de las religiones. De esto hace ya varios siglos, pero la conciencia de ello está llegando apenas a la generalidad de la población. La decadencia en este sentido es muy aguda, y la generalidad de la gente no sabe a qué aferrarse cuando falta este apoyo para remediar los problemas interiores.

Hay, sí, cosas que rempazan las antiguas religiones, y además de remplazarlas las analizan, amplían y profundizan, por lo que sí se puede encontrar apoyos para lo que llamamos “interioridad”. Pero estos nuevos avances están en pañales, en los niveles del desarrollo personal, y no son del dominio público, ni mucho menos puede el público general absorberlos.

La desorientación que se da por todo ello es lo que produce el vacío del que hablamos. Este vacío siempre ha existido, pero estaban esos elementos de los que hablamos que lo llenaban, por lo menos para algunos. Ya no hay consuelo y para la mayoría de la gente los conceptos que se mantenían firmes ahora tambalean.

Y para ampliar el concepto: Los que escriben poesía entienden lo que digo si parafraseo a Juan Gelman que afirma que la diferencia entre su trabajo como periodista y su trabajo como poeta es que cuando escribe periodismo sabe de qué va a hablar al iniciar su trabajo, pero cuando escribe poesía, no sabe qué va a suceder. Es decir, la poesía, y el tipo de creación que interesa a artistas y científicos por igual, proceden de estratos de la mente que contemporáneamente se pueden llamar inconscientes.

Por eso mismo la esperanza yo la veo en el avance extraordinario del conocimiento de los procesos psicológicos. Hace cuarenta años, cuando yo era joven y ya no tan verde, no se podía concebir en su plenitud el cambio que ahora estamos presenciando. Ha aumentado la información, ha crecido el contacto entre Occidente y Oriente, se están incorporando al pensamiento conquistas de las culturas precolombinas, se conoce mejor el funcionamiento del cuerpo humano y la manera en que la psique se manifiesta en el cuerpo. Hay mucho avance. También se va reconquistando el muy grande terreno de la espiritualidad femenina que hasta hace poco estaba completamente excluida de la cultura occidental general. Lo mismo sucede en la toma de conciencia de los deterioros ecológicos que nos están llevando a una crisis.

El vacío del que hablamos se está llenando de estos elementos y el proceso dará resultados, estoy segura. Vivimos

en un tiempo de derrumbe de un mundo viejo y de construcción de algo nuevo para todos, nuevo incluso para los que estamos involucrados en lo creativo. El resultado es ignoto. Eso sí el trabajo de los creadores de hoy es parte del cambio, sólo que mientras se hace estamos en la zona del silencio. Demorará el cambio, ¡pero viene!

TIEMPO Y ENERGÍA

Escuché a Carlos Montemayor,¹² un hombre cuya obra y pensamiento respeto mucho, hablar del concepto del tiempo en la filosofía de los indígenas mesoamericanos. Hace mucho medito sobre este asunto. Desde mis primeros años en el sur de México noto que el concepto del tiempo que se maneja es distinto al que traigo yo en mi cultura judeogriegocristiana.

Montemayor dice que para el indígena el tiempo es algo vasto, es algo en que no hay ayer, en que lo que se vive está presente y en que el presente no se separa del pasado. Hay en esta idea indígena también un elemento de circularidad, un concepto en todo caso mucho más vasto, en cuanto a épocas se refiere, que los conceptos que manejamos los susodichos judeogriegocristianos.

Asocio a esto algunas ideas de Heráclito y el dictum de Lavoisier de que todo cambia y nada se pierde. Se ha pensado que algo sí se pierde, que en las reacciones químicas se pierde la energía. Pero, si se considera, como yo considero, que la Energía todo lo penetra, que está en todo y en todas partes, en todas las reacciones y en toda la materia, entonces quizás la energía tampoco se pierde, sino simplemente se traslada, y por ser para nosotros incuantificable la consideramos perdida. Esto implica que todo lo que sucede tiene conexión con todo, asunto que se nos está haciendo cada vez más evidente. Esto implica la veracidad del mentado efecto del movimiento del ala de una mariposa de Brasil sobre los huracanes del Océano Índico. Implica que cada cosa viva que desaparece, cada muerte que se da, está en conexión con las muertes y las vidas de otros seres.

Psicológicamente esto también implica que todos los eventos dentro del alma de cada uno de nosotros afectan a todos los de nuestra especie, y quizás a cuántas otras especies.

12 Poeta, ensayista, lingüista, cantante de ópera, luchador incansable por salvaguardar las lenguas de los indígenas y sus derechos, fallecido recientemente, en marzo de 2010.

Si además insertamos la vastedad de estos eventos dentro de la vastedad del concepto indígena del tiempo, tenemos que considerar que la energía también es vasta, circular, siempre presente, se despliega en el tiempo que nosotros llamamos pasado, presente y futuro, el tiempo enorme del presente mesoamericano. Y cuando consideramos la realidad total que se presenta de esta forma, dentro de la que estamos viviendo, estamos viendo que puede surgir un cambio en nuestro pensamiento que, llevado a escala mundial puede promover una revolución extraordinaria, un cambio de la conducta humana respecto a los humanos mismos y respecto a todo lo que nos rodea en lo vital y material.



PREVENTIVA O REACTIVA

Tengo conciencia de que yo pertenezco a una cultura preventiva y no a una cultura reactiva. Es apasionante este asunto de lo cultural. Hay cosas que hacemos por motivaciones que no son enteramente nuestras, sino que representan algo mayor que nos trasciende y nos excede, algo que se inscribe en nuestra herencia cultural y de grupo.

Hace poco en Canadá se vivió un desastre. Fue el caso de Hydro Quebec, en tiempos en que se dieron lluvias heladas que causaron una debacle del suministro de energía. Los cables de transmisión de alto voltaje se cargaron de una cantidad tal de hielo que las torres no soportaron su peso y se desplomaron. A consecuencias del incidente, dado el clima severo, y por la falta de calefacción, fallecieron más de una docena de personas. Cuando sucede un desastre de esa índole hay primero una reacción inmediata: se trata de restablecer el equilibrio y los que trabajan en ello se dedican con mucho ímpetu a que de nuevo haya luz y la gente pueda reanudar sus actividades y subsistir con la energía necesaria.

Pero en Canadá la cosa no se detiene en ese punto. En esa cultura después de la reacción a un desastre viene el análisis al que sigue el pensamiento preventivo, es decir, la noción de que hay que estar más preparados ante otra eventualidad, no importa cuán pequeña, estar preparados para cuando algo por el estilo pueda suceder nuevamente. No sólo eso, sino regiones lejanas, dentro de Canadá, como es la Colombia Británica, viendo el desastre que había sucedido en lugares remotos a ellos, invierten enormes recursos en aplicar lo que se ha aprendido en Québec. Y en la misma Colombia Británica, conscientes de que están en una zona sísmica, cuando observan los errores que se han cometido en el auxilio de los damnificados en la región de Kobe, en Japón, que sufrió un sismo devastador, establecen un sistema propio para proteger a su población antes de que un tal sismo pudiera sacudir su territorio.

En el esquema mayor de las cosas los canadienses —lo pensemos o no—, aplicamos este modo de pensar a incluso los

pormenores más insignificantes de nuestra vida. Pensar meses antes del invierno qué ropa hará falta para sobrevivir el frío, es parte de este pensamiento preventivo; pensar en que tu hija necesita atención médica incluso antes de que los síntomas que presenta amenacen su salud es otro aspecto de lo mismo. Qué decir de cuánto importa que para que tu hija pueda ir al médico se esté luchando en el plano político para que se mantenga el sistema de salud que tenemos.

En contraste —y en escala para nosotros, canadienses, completamente inconcebible—en el Trópico donde me toca vivir ahora, el lugar en que está mi casa y están todas las cosas que son esenciales para mi trabajo, no existe prevención y sólo se actúa reactivamente. Esto no dentro de mi casa, pero en todos los niveles fuera de ella. Cuando hay un terremoto, como por ejemplo el que tanto me ha afectado el 30 de septiembre de 1999, la gente, de fondo muy generosa y cálida, reacciona positivamente: hay quien te ayuda, que te ofrece una palabra de aliento, gente que te levanta del suelo y trata de aliviarte. Pero luego, incluso viendo las razones por las cuales los muros han caído sobre todo lo que había debajo, incluso viendo la causa, no ponen esfuerzo en corregirla. Los muros de la casa que vivimos está débil, sin cimientos, sin soportes que en este tipo de terreno muy propicio a los terremotos son imprescindibles. Los dueños del edificio no los cambian, no gastan lo necesario para que esos muros no se caigan de nuevo, sino que los hacen cubrir, para que el daño no se vea, y venden la casa. Los dueños nuevos no saben exactamente qué compran, ni lo investigan mayormente, sino que componen, así como se pueda lo que ahora tienen y arriendan los espacios a nuevos ocupantes que no sospechan los peligros que pueden correr en un terremoto próximo.

En Oaxaca no hay mecanismos de índole pública para impedir esto, no hay inspectores resistentes al soborno que establezcan qué se debe hacer para garantizar la seguridad y no hay códigos de construcción adecuados. Y si los hay, no existe un sistema que garantice que se van a implementar.

Esto se extiende a todo, hasta los elementos nimios. No se planea qué se va a comer mañana; no se piensa qué ropa hará

falta. Los alumnos universitarios no tienen una idea precisa de lo que se va a estudiar en un año escolar dado. No se planea con cuidado la construcción de carreteras. No se pone avisos oportunos para que se eviten accidentes.

El esquema mental que prevalece es: ya veremos lo que hacemos cuando surja el problema. El resultado es bastante inquietante. No hay modo de saber qué va a pasar en un día dado. El tráfico es un caos sin medida. La cohesión social no es participativa y todo resulta muy difícil de sobrellevar, sobre todo si has probado antes el otro sistema, el sistema preventivo del que hablo.

Resulta obvio que considero preferible la actividad preventiva a la reactiva. La actividad reactiva es ineludible e imprescindible para lograr que una situación quede nuevamente en equilibrio. Pero la actividad preventiva es la que permite que la vida se mantenga a más largo plazo.

Cuando planto algo para producir comida estoy en una actividad reactiva, pero si amplío mi horizonte al cuidado de la Naturaleza, pongo atención en restaurar lo que se ha perdido por la depredación que hemos causado con los cultivos, hago más que reaccionar al hambre que hoy tengo. Restaurando la Naturaleza estoy previniendo la muerte de algo mucho mayor que yo misma y el grupo cuyos intereses me son caros. Si restauro la naturaleza, si logro que se repare el daño que se le ha hecho, sirvo, por un lado los intereses de la humanidad, pero por otro, y más allá de nuestra especie, sirvo los intereses de otras especies y de la vida misma que las sustenta.

Decididamente estoy por la actividad preventiva agregada a la reactiva.

LIBERTAD DE ACCIÓN

El impulso fundamental de los humanos, una vez que se logra sobrevivir, es la búsqueda de la libertad de acción. Estar libres del hambre y tener abrigo y un techo, no bastan; los humanos necesitamos más. Se nota esto en la conducta más temprana de los niños que ya tienen control de sus movimientos, que a todo intento de dominio inmediatamente manifiestan su oposición. Quieren moverse, hacer esto o aquello, quieren actuar, intervenir, manifiestan tener voluntad para la acción. Si esta voluntad choca con la de los adultos las criaturas lloran, hacen toda clase de ruidos y actúan de forma de manifestar su descontento. Si la voluntad de los niños se encauza hacia alguna acción que coincide con sus anhelos, se les ve tranquilos, activos, felices, conformes con su entorno.

En la niñez no se tiene los elementos para articular el anhelo de libertad de acción. En la edad adulta se habla poco de ello y sin embargo la libertad de actuar es la base de toda sensación de plenitud y la falta de libertad es a su vez causa de profunda insatisfacción. Esto se manifiesta en todos los aspectos de nuestras acciones, sea para tener nuestra satisfacción sexual, espiritual, física, política o de otra índole.

Lo que entiendo como acción puede manifestarse en formas muy diversas. Encuentro que es acción que György Faludy compone en su cabeza sonetos, estando en prisión, encerrado en la celda de confinamiento solitario y que luego los recita a otros presos que durante una hora pasean junto con él en el patio de ejercicio. Encuentro que es acción formular ideas sobre un papel en blanco, o en una computadora. Encuentro que es acción compartir las ideas a otros. Encuentro que es acción escribir un poema, hacer una escultura, hacer una pintura.

Hay acción física y metafísica y ambos son necesarios. Recorrer un territorio desconocido es acción, explorar una selva ignota es acción, descubrir una civilización extinta también lo es. Formular ideas que cambian la cultura a partir de los hallazgos descubiertos en yacimientos excavados es acción

tan importante como cuando se las formula en la quietud del espacio privado. Aprecio la acción de Marija Gimbutas y de Hannah Arendt por igual.

Lo imprescindible de todo ello es que los que realizan tales acciones lo puedan hacer en libertad. Esta libertad con frecuencia la tenemos que ganar, a veces con mucho esfuerzo.

Percibo con claridad que las exclusiones cuyo fin es coartar la libertad pueden tener otra cara: cuando se me excluye de un grupo y no se me permite llevar a cabo una acción que pretendo hacer en él puedo de hecho haber ganado mi libertad en cuanto a mi conexión y mi obligada lealtad con ese grupo. También percibo que la exclusión se debe al temor, el mismo tipo de temor que existe respecto a otros que son distintos, como es el caso de las persecuciones raciales. Pero la persona perseguida queda también liberada, tiene libertad de acción hacia sus propios fines, lo que, si se lleva a cabo con humanitas resulta de hecho muy positivo. El aislamiento puede así comprenderse como el camino de la libertad para la acción.

LA PERCEPCIÓN

Pedí a dos personas que la conocieron, información sobre como habían visto la relación de mi madre para conmigo. Creyeron que yo pedía información del trato que *ellos* tuvieron con ella. En sus notas, aún cuando les insistí que me relataran lo que recordaban de lo que atañía a mi persona, ambas insistieron en contarme cosas que de fondo los afectaban a ellos o de cosas que ellos concebían sobre lo que había afectado a mi madre.

Esto coincide con lo que me relataba una amiga quien, en conversaciones con sus hijos encontró que éstos recordaban cosas aterradoras de su niñez de las que ella nada sabía. Mi amiga piensa que la percepción de los niños se había dado enteramente desde su punto de vista personal. En la infancia ese es el punto de vista de quien se siente ser el centro del mundo. Mi amiga piensa que las impresiones de ella en cambio vienen más de lo que ella veía desde su propio ángulo como la vida y las necesidades de los niños cuya infancia, según ella, fue plácida, en un ambiente de abundancia económica y sin tropiezos ni carencias afectivas.

Esto da que pensar. Sabemos muy en abstracto algunas cosas y mientras ese conocimiento es abstracto no nos “entra” del todo. Por ejemplo, yo sé que la idea que yo tengo de mi madre es una imagen mía, es decir es algo que se ha formado en mi interior desde la niñez y que luego se ha reforzado con cosas que yo puedo recordar de ella en la adolescencia, la edad adulta, y al mirar fotos y objetos que me la recuerdan, en el presente. Pero, ¿cuánto de eso tendrá que ver con la persona misma o con la imagen que ella tuvo de sí? Es posible que sea muy poco. En ese caso, ¿qué esperanza podemos tener de conocernos unos a otros fuera de la idea, las imágenes que nos formamos en nuestro interior? Probablemente muy poco.

Y es así con todo lo que percibimos: las imágenes de personas, eventos, todo lo que podemos aprehender, están permeados de elementos de nuestros propios entornos mentales interiores.

SURREALISMO

Hay en el surrealismo un impulso hacia lo absoluto que a mi ver surge de un fondo interior del desarrollo humano que atravesamos por primera vez en los años de la adolescencia. También existen dentro del mismo surrealismo estratos más profundos, enteramente válidos en los años de la vejez. El surrealismo articula elementos básicos y preciosos para la humanidad entera y en eso está su fuerza y su permanencia. Si hay algo en el surrealismo que no es permanente, es lo político, cuya esencia es por definición pasajera y volátil.

El surrealismo, en su reclamo y uso constante de la libertad es elemento muy importante en la formación como persona y como artista. He notado que personas muy jóvenes, que se inician en las artes o que se interesan en ellas, se acercan a lo que para ellos es cosa natural y fácil de digerir y que para los que trabajan en el surrealismo anteriormente fue fruto de vida con muchos riesgos y penurias. Los jóvenes que hoy buscan elementos esenciales para la vida a que aferrarse descubren en el surrealismo vetas que los alimentan porque descubren los ideales que les son imprescindibles.

Las ortodoxias y fundamentalismos, sean del tipo que fueran, son ajenos al verdadero fondo del surrealismo. La libertad, dentro y fuera del surrealismo es esencial e irrenunciable.

LA VIGILIA, EL SUEÑO Y LO MARAVILLOSO

Sueño y vigilia son formas en que percibimos la realidad. En el sueño me siento tan inserta en la realidad como en la vigilia. Precisamente eso es lo que hace que el sueño sea tan interesante y que sus imágenes sean vivísimas. La realidad de la vigilia y la realidad del sueño son percepciones que captamos con los mismos elementos biológicos de los que estamos constituidos. Además, vale la pena considerar que toda realidad nos llega filtrada por las experiencias que almacena nuestra memoria, la consciente y la inconsciente también.

En la vigilia me propongo hacer esto o aquello, y siempre me resulta otra cosa. Por ejemplo, me propongo ir a un lugar, me hago a la idea, esbozo mentalmente un esquema del viaje y sus circunstancias y siempre sucede que hay algo que interviene en estos planes y lo que resulta del viaje no es del todo igual a la imagen prevista.

Durante el sueño también se dan variantes, se producen giros bruscos, se introducen elementos que varían y obstruyen la dirección en que se desarrolla algo. Sólo que en el sueño falta el elemento enjuiciador de la vigilia, se acepta que lo que viene, viene. En la vigilia no se acepta, así como así que se desvíe algo de lo preestablecido, predeseado y preimaginado. Lo que en el sueño se concibe como lo más natural, en la realidad es obstáculo y causa de frustración; ello no tendría por qué ser así, se podría aceptar lo que nos desvía de nuestro primer impulso como algo maravilloso y mágico. En ese caso la vigilia podría tener los mismos elementos de realidad, terror y gozo que tienen los sueños. Este es el concepto de “lo maravilloso” que proponen los surrealistas.

También se da que en el sueño hay un nivel de atención muy particular: todo aparece como aparecían las cosas en la primera niñez: todo es nítido, incluso la niebla, todo está aquí

y es ahora, todo es asunto de observación concentrada, de atención total, de entrega al evento, incluso cuando es obvio que de hecho se está impotente y vulnerable ante lo que pasa y se es simplemente parte, víctima o ejecutor de algo. Si se asumiera una actitud semejante en la vigilia, se estaría en un estado completo de poesía o de santidad, el estado en que se acepta la realidad como la acepta un niño que quiere ir por una vereda que no se puede y que en vez tiene que hacer algo diferente.

Para entrar en estos estados propios de los poetas, los niños y los santos hay que entrar en un estado de ánimo en que “somos llevados” al mismo tiempo que estamos atentos, alertas, concentrados en todos los detalles de lo que sucede, sea porque se va donde se quiere o porque no. Ese estado mental, en la vigilia, como en el sueño, es un estado completamente creativo, lleno de posibilidades y puede tomar visos de tragedia, terror, dicha, goce o frustración. Esas emociones son las mismas que se pueden percibir dentro de lo mágico y lo maravilloso.

Tanto en el sueño como en la vigilia se ejerce la voluntad, pero en el sueño, al “estar llevados,” este ejercicio puede tener interferencias que conducen simplemente a soluciones diferentes de lo que se buscó en primer término. En la vigilia las interferencias con el desarrollo del ejercicio de la voluntad suelen enfrentarse más frecuentemente con el empecinamiento, la insistencia, el encono, que a la postre puede que produzcan el efecto buscado, pero que no nos dan la sensación de lo maravilloso ni de lo mágico. Si en la vigilia se comporta una como en el sueño y ante la interferencia se mantiene con los ojos abiertos de la infancia que todo lo ven por primera vez, surge la sensación de maravilla, el tipo de cosquilleo y de goce que en la edad adulta rara vez recordamos.

Como ejemplo: últimamente, cuando busco algo y no lo encuentro, no insisto. De este modo cuando encuentro lo que buscaba, el hallazgo me resulta en algo mágico. También he observado que cuando *realmente* necesito algo, siempre está,

como por milagro, exactamente al alcance de mi mano. Son momentos en que experimento lo maravilloso.

En el fondo, los santos, los poetas y los surrealistas¹³ practican la apertura que tenemos todos en la infancia, ese mirar el mundo con ojos atónitos, el aguzar el oído, el olfato, el sentido del tacto, para percibir todo por primera vez. Este es un aspecto real del problema: percibimos la maravilla cuando estamos en el estado mental de quien experimenta cada minuto de la vida como un primer minuto, un primer evento; vivimos en lo maravilloso con tan sólo enfrentar cada instante como surrealistas, niños o poetas. La vigilia, como el sueño, sí se puede percibir como realidad igualmente mágica y maravillosa.

¹³ Para nada pretendo que los santos sean surrealistas, ni viceversa; pienso, eso sí, que la experiencia mística y la poesía tienen elementos en común.

LO MARAVILLOSO

Observo a Ludwig Zeller cuando está pegando un nuevo collage que tiene elementos que lo van a hacer muy parecido a otro que ha hecho antes. La idea me parece muy buena y se lo digo. Poco después llega a visitarnos Héctor Perea y nos trae tres libros, en uno de los cuales hay un texto suyo que habla de los collages que aparecen en el libro de Ludwig *Aserrar a la amada cuando es necesario* y que contiene precisamente el collage al que se parece el que Ludwig está haciendo en ese momento.

¿Coincidencia, casualidad? Esta palabra denota en su uso presente un elemento inexplicable y de fondo misterioso. No creo que se trate de algo así, busco otra palabra para hablar de esta idea y me decido por “correlación”, y puedo decir que es una correlación de eventos, correlación de comunicación entre los seres, el tipo de correlaciones que cuando se las observa hacen que la vida sea particularmente bella y gozosa, y que tenga elementos de eso que los surrealistas llaman “lo maravilloso” o que algunos comentan como el aspecto misterioso de la vida.

En mi opinión se trata simplemente de que las cosas suceden de modo muy complejo. Debido a esa complejidad no conocemos las conexiones entre los componentes de los eventos y por ello hablamos de “casualidad”.

Las correlaciones las asocio también a los eventos que se viven cuando se está más abierto a los movimientos del inconsciente, tanto colectivo como personal. En esas circunstancias las correlaciones hacen la vida muy sabrosa y satisfactoria, y observarlas y anotarlas contribuye también a lo creativo, a la liberación de estratos de donde procede nuestra creatividad. Me parece que toda nuestra creatividad es un asunto de correlaciones y que si me mantengo abierta y atenta a ellas mi creatividad fluye sin problemas.

Encuentro que es dentro de esta modalidad mental que se desarrollan los eventos que llevan a la creación artística.

Pintores y poetas mencionan frecuentemente su sensación de que algunas de sus obras “se hicieron solas”.

CONTINUO

Los surrealistas, atentos a las manifestaciones de lo maravilloso, llaman “azar objetivo” a algo que yo considero como un *continuo*: manifestaciones de la energía que conecta y anima el universo. C. G. Jung la llama “sincronicidad”. Considero los fenómenos a los que me refiero como manifestaciones de un aspecto de la materia. Los seres humanos, así como nuestras mentes, son simplemente conductos en que se manifiesta esto que —a falta de mejor entenderla—, llamo energía. La materia la anima la energía, en todas sus formas, desde el virus hasta las galaxias.

En música barroca existe el concepto del continuo. En la pieza musical barroca puede oírse un instrumento que mantiene fluyendo algunos sonidos mientras otros instrumentos desarrollan un tema, la combinan con otra, la inician, la concluyen. Y el continuo sigue oyéndose como un tejido de fondo del que no se perciben los límites.

En nuestros actos, en nuestras vidas, estamos involucrados en actividades y detrás de todo ello existe el continuo, el fluir de la energía, cuya manifestación es complejísima porque incluye nuestras actividades, sus efectos y las actividades de otros y los efectos de éstos sobre lo nuestro y sobre lo que afecta y dirige el devenir de todo, desde el gusano hasta la galaxia. Todo junto, todo a la vez, todo constante, continuo. La complejidad de todo ello, la multiplicidad de sus elementos, nos hace suponer que la realidad es sorprendente y azarosa. No se trata aquí de una idea de orden, sino de increíble caos en que todo cambia constantemente, continuamente. No hay estatismo, no hay eternidad, sólo hay constante devenir que jamás cesa y que jamás se puede detener.

En estas ideas y sensaciones yo siento un cambio grande. Cuando yo era niña me rodeaba la idea de que había un orden en nuestra casa, en el mundo, en el universo. Una guerra cruel, devastadora, expresión de una ambición masculina insensata de dominio imperial puso fin al orden en la vida de nuestra

familia. Ya no había un domicilio fijo, no había un país que nos protegiera, sólo el desorden de la emigración, la necesidad de integrarse a tipos de orden aparente diferentes a lo nuestro.

Para mi hijo científico es evidente que existe un caos, o algo que percibimos como caótico dentro del mismo espacio sideral. El anhelo de orden formulado por la cultura griega, la regularidad de los periodos temporales, la regularidad de las formas de la materia no se percibe ahora que ya tenemos un conocimiento algo más amplio, ahora que vislumbramos una realidad más vasta que antes. Las galaxias huyen al parecer a partir de una enorme explosión, en todo caso en el espacio que podemos percibir con los medios que tenemos. Y la vastedad de ese espacio excede en mucho nuestra capacidad de percepción inmediata.

El hecho de que haya algo que no se ve o que no se entiende, no significa que no exista. Las cosas, la energía, existen más allá de la percepción humana. Cuando cae un árbol en el bosque, aunque nadie lo ve, de todas formas cae. Que el hecho de que no haya quien articule, quien mencione esa caída, no significa que no exista. Y la caída de ese árbol influye sobre todo lo que lo rodea y sobre todo lo que existe como materia, influye sobre quien no lo ve; su energía, la energía misma de la caída se transmite y se entreteje con toda la energía del continuo.

En el plano consciente e inconsciente por igual fluye la energía y sus manifestaciones combinadas son cosas como los sueños premonitorios o algo que se quiebra cuando se experimenta una emoción, o la percepción de la muerte de una persona querida que está muy lejos.

Las religiones tratan de dar forma, tratan de racionalizar, explicar este tipo de fenómenos que los seres percibimos constantemente.

Entre las religiones el animismo es la que más parece asimilar la idea que vislumbro.

La energía es sagrada. El continuo en toda su complejidad es sagrado. Todo lo que se hace, todo lo que sucede, trasciende. Estas ideas se manifiestan cuando una religión dice: “Dios está en todas partes”. O cuando un leñador le pide perdón y permiso a un árbol antes de derribarlo.

Esto nada tiene de nuevo. La humanidad entera piensa estas cosas hace eones.



ANÉCDOTA SURREALISTA

Mi padre no tenía interés en el surrealismo y apenas toleraba que yo insistiera en desarrollar una carrera artística. Menos le gustaba que había aunado mi vida con la de Ludwig Zeller, poeta neto, en quien mi padre advirtió de inmediato una ausencia de habilidad comercial.

De todos modos, porque la vida misma lo da, incluso una persona poco inclinada al surrealismo como Jorge Wald tuvo en su vida un evento surreal. Le habíamos mandado a Buenos Aires, por correo certificado, un ejemplar del libro de Zeller, *Cuando el animal de fondo sube la cabeza estalla*. Era una época en que reinaba la burocracia en los correos argentinos; el sobre fue a parar al Servicio de Aduanas, y Jorge, un hombre por lo demás atareado y siempre falto de tiempo, estuvo parado en una larga cola en alguna oficina para poder retirar el paquete que había llegado y cuyo contenido desconocía.

Después de la interminable espera le tocó el turno a mi padre. El oficial de aduanas le preguntó qué contenía el paquete. Jorge se irritó, que cómo iba a saber. El señor detrás de Jorge, tan apurado como él, empezó a protestar, que hasta cuándo, mientras el aduanero abrió el sobre, y encontró el libro de poemas y collages con cubierta de vivísimo color solferino, o rosa mexicano. Lo abrió y empezó a hojearlo, mientras le preguntaba a mi padre qué tipo de libro era éste. Mi padre le informó que, a juzgar por el autor debía ser un libro surrealista. El aduanero preguntó: ¿Qué es el surrealismo? mientras estaba mirando fascinado la reproducción del collage de Zeller "El último puerto del Capitán Cook" en que aparece un círculo de cráneos cerrado por una enorme vulva. El señor detrás de Jorge le preguntó entonces al aduanero, embrujado por la imagen, ¿Acaso no sabe qué es eso?, a lo que el hombre inmediatamente protestó que por supuesto lo sabía. El señor le dijo entonces, ¡pues eso es el surrealismo! y ¡ya vamos!

SOBRE LA AUTORA



Susana Wald (Hungría, 1937). A los 12 años debe emigrar junto a su familia desde su país de origen hacia Argentina, debido al régimen de Iósif Stalin en la Unión Soviética. Ingresa en 1951 a la Escuela Nacional de Cerámica de Buenos Aires, donde además de recibir sus primeros estudios formales en historia del arte, se especializa en cerámica decorativa.

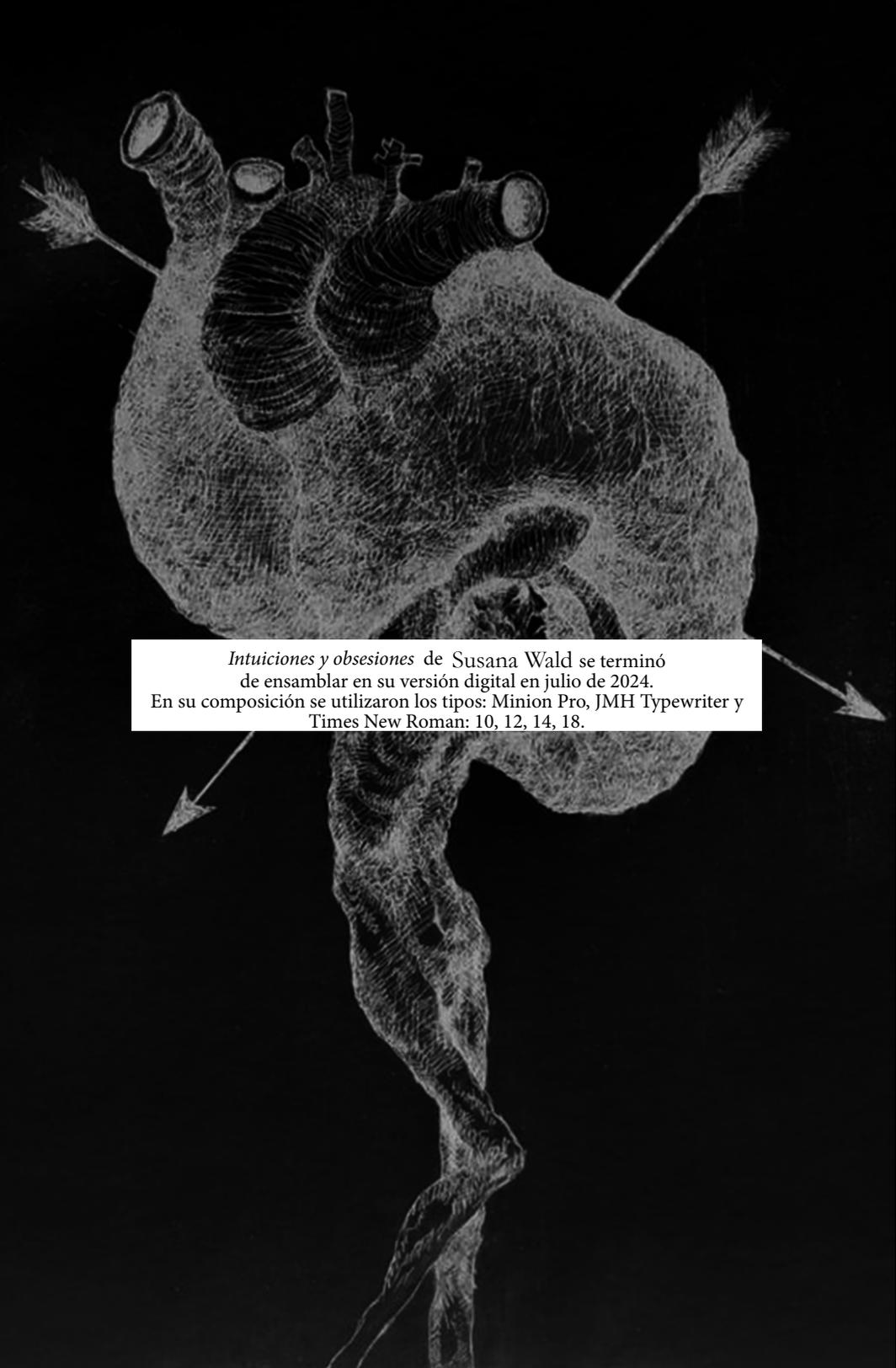
En el año 1957 llega a Chile, obteniendo años más tarde la nacionalidad, e instala un taller de cerámica en Santiago. A principios de la década de 1960 conoce al artista surrealista Ludwig Zeller, de quien será pareja y junto a quien funda tres editoriales auto-gestionadas donde diseñó, ilustró y tradujo libros, revistas y catálogos de exposiciones relacionadas a los movimientos de vanguardia internacional. Luego de 13 años de estadía, en 1970, la artista emigra hacia Toronto, Canadá, junto a Zeller y sus tres hijos. Durante su estadía en Canadá, entre 1970 y 1994, se aleja del trabajo con la cerámica, dedicándose principalmente al dibujo y a la pintura en pequeño formato. A este periodo corresponden sus primeros *mirages*, pequeñas obras donde se complementan técnicas diversas como el collage, el acrílico y el dibujo a pluma. Wald ha participado de múltiples exposiciones individuales y colectivas. En 1963 adhiere al surrealismo de manera formal, aunque previo a ello había indagado intuitivamente en los principios del movimiento. En ese sentido, Wald es un referente clave del surrealismo en Chile y su arte es heredero de la vanguardia en tanto presenta escenarios misteriosos, realizados con gran rigurosidad y gracias a herramientas como el automatismo, el humor negro o la atención a su mundo onírico, la artista confronta al espectador con imágenes en las que este reconoce sus propios deseos, miedos e inquietudes. Entre las temáticas principales encontramos una preocupación por la naturaleza, por lo metafísico, por el sexo y el erotismo y, sobre todo, por la condición de lo femenino universal presente en nuestras sociedades. Esto último representa el motor de su obra de los últimos treinta años y se evidencia en la recurrencia de figuras femeninas, míticas y reales, en sus composiciones, así como

también por temáticas que cuestionan el orden patriarcal. Susana Wald formó parte entre 1975 y principios de 1980 del movimiento artístico intelectual *Phases*, fundado en la década de 1950 por Edouard Jaguer y Anne Ethuin, que reunió a un grupo de pintores, poetas y escritores europeos y latinoamericanos en torno a los principios del surrealismo internacional. Desde 2012 forma parte del *Colectivo Guenda*, que reúne a mujeres artistas que viven y trabajan en Oaxaca, México. Desde 1994 la artista vive y trabaja en la ciudad de San Andrés Huayapam, en el estado de Oaxaca, México.

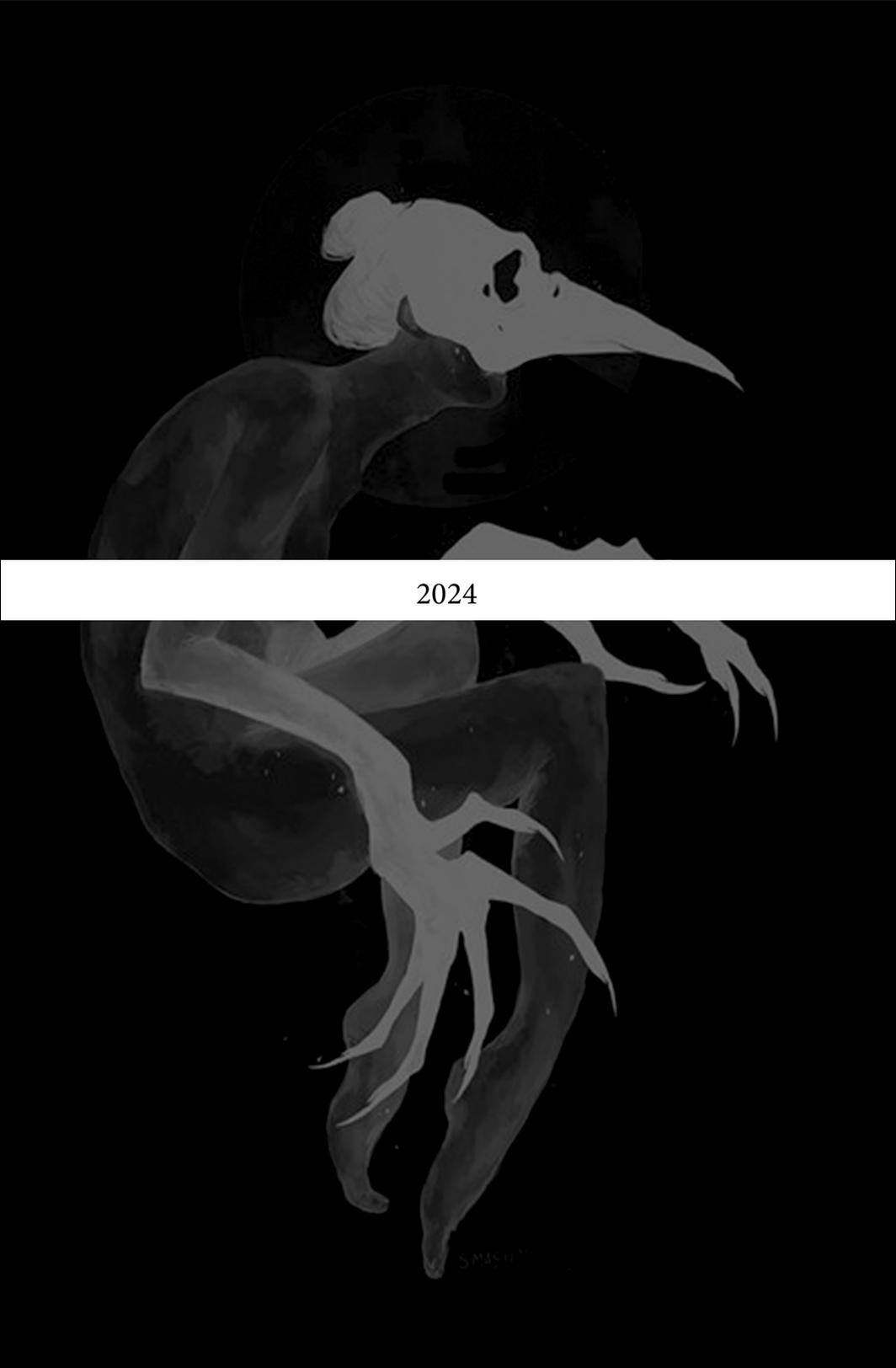
ÍNDICE

- Preámbulo/9
Yo, vieja/13
Balaton/16
Raoul Wallenberg/18
La descomposición/ 21
Artista/22
El curioso y la médium/23
Testigo /25
Acerca de los viajes/27
El agua/29
Climas, plantas y selva oscura/32
Viaje a Veracruz/38
Un lugar/43
Voladores/47
Por tierra a Oaxaca/49
Visión en las nubes/53
Educar las mujeres/55
La mujer calla/58
A enmendar/59
Psique - masculino - femenino/63
Pensamiento espermático/65
Lo heroico/69
Materia y energía/72
El cielo y la tierra/76
E panorama/79
El desequilibrio y el equilibrio/82
La veneración/93
Brujas/96
La multitarea/97
La mujer y el honor/99
Clorofila/103
Animistas/105
Magia y energía/109
La materia/111
Causa y efecto/114
El gran cambio/117
La revolución/120
A mi manera/123
Sobre la modernidad y el barroco/127
La estación de lluvias/130
Día de muertos/133
Costumbres zapotecas/138
Mujer de/144
Esculturas de Javier Marín/146
El dibujo/152
El vaso y el cuadro/158
Ensayo/160
El húngaro/164
Asunto lingüístico/165
Las palabras/166
El patrimonio/170
La mujer y el lenguaje/173
El orden y la represión/176
El poder y la impotencia/178
El riesgo/181
La conducta del tirano/183
La revista proceso/186
Miedo/192
Córcega/193
Ver trabajar/196
Vacío cultural/199
Tiempo y energía/202
Preventiva o reactiva/205
Libertad de acción/208
La percepción/210
Surrealismo/211
La vigilia, el sueño y lo maravilloso/212
Lo maravilloso/215
Continuo/217
Anécdota surrealista/221

Sobre la Autora/223



Intuiciones y obsesiones de Susana Wald se terminó de ensamblar en su versión digital en julio de 2024. En su composición se utilizaron los tipos: Minion Pro, JMH Typewriter y Times New Roman: 10, 12, 14, 18.



2024

**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024**